

BONAPARTE GAUTREAUX PIÑEYRO

# EL VIAJE DE DON ENRIQUE



Premio Pedro Henríquez Ureña de Novela 1992

UNPHU  
1993

BONAPARTE GAUTREAUX PIÑEYRO

# EL VIAJE DE DON ENRIQUE

Premio Pedro Henríquez Ureña de Novela 1992

UNPHU  
1993

Publicaciones de la  
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

© 1993 UNPHU  
Dirección de Publicaciones,  
Santo Domingo,  
República Dominicana.

## EL VIAJE DE DON ENRIQUE

El primer féretro de metal fue construido a la medida, en París y don Enrique lo llevó al pueblo después de una larga travesía en barco que incluyó el viaje a lomo de mula acompañado por las oraciones de los campesinos que se persignaban al ver pasar ese ataúd tan raro y él, jinete en brioso corcel, explicaba:

-Me lo mandé hacer a la medida porque después es muy incómodo que el día que uno se muera no hallen una caja que le acomode a su cuerpo, porque unos somos gordos y otros somos largos y entonces es una calamidad para Juan Julio Nolasco tener que hacer un ataúd en un ratico y nunca queda igual...

La gente entonces se daba cuenta de que no era que llevaban un muerto en el féretro sino que era otra de las ocurrencias de don Enrique quien seguía de lo más tranquilo encabezando el cortejo de su rica mudanza de Europa, donde había vivido:

-Con los blancos que saben y por allá nadie pudo engañarme porque culebra no cae en lazo ni puercos se rasca en jabilla.

Desde ese día que llegó al pueblo sólo Domitila, su fiel criada, y Brunequildo, sabían que él dormía la siesta todos los días, como un ritual, en el féretro de metal que ordenó hacer en París, cuando era Ministro de la Legación en Alemania...

-No quise confiar en la mano de obra alemana, porque no tienen la delicadeza de los franceses. ¿Y cómo va uno a mandar a hacer su último traje corriendo el riesgo de que le quede ajustado, incómodo, o corto?. Había que mandarlo hacer cómodo, seguro, confortable, por eso tiene este forro tan mullido y bonito, porque cuando uno tiene que hacer un viaje largo tiene que ir cómodo, eso

es lo fundamental.

Las beatas se persignaron y una que otra consultó con el cura, durante la confesión.

-Usted sabe padre que esas son cosas de mal agüero. Dicen que en el año de los tres seises, 1666, todas las plagas que azotaron a la isla se debieron a la herejía cometida por el Gobernador de la colonia a quien se le ocurrió hacer unas siembras, ignorando que los señores no nacieron para trabajar sino para mandar y hacer que los demás trabajen para servirles. Entonces fue cuando vino la peste que acabó con casi toda la población y tembló la tierra y fue el año en el que el ciclón arrasó el pueblo y como sólo quedaron en pie las iglesias sólo se salvaron los que atinaron a acogerse en la casa del Señor para escapar de la ira de Dios. En ese año, padre, fue cuando la plaga de hormigas acabó con el pueblo que entonces estaba al otro lado del río y la gente tuvo que salir huyendo porque las hormigas venían, como un ejército de ocupación, destruyendo todo lo que hallaban a su paso y cuenta mi bisabuela, quien tiene la boca llena de historias viejas, que hubo que matar las hormigas que cruzaban el río en las hojas de los árboles de la orilla.

-No hija, don Enrique no comete herejía porque don Enrique es un buen siervo del Señor. Cada vez que rezas el viacrucis lo haces ante esas hermosas estaciones de marfil que fueron traídas por don Enrique de su viaje a Italia. Es el único feligrés que se ocupa de la Iglesia y recuerda siempre que nosotros tenemos que renovar nuestra fe ayudando a la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana. Ve con Dios y saca esos pensamientos negativos de tu mente, hija, le dijo el cura a la beata quien regó en el pueblo que el cura había bendecido el féretro de don Enrique.

-Porque con él se va a conservar el cuerpo de un hijo de Dios cuando muera.

A la cabecera de la amplia cama de espaldares de bronce, don Enrique tenía su bastón y la campanita con la cual llamaba, indistintamente, a Brunequildo o a Domitila. Su mirada se perdió en el travesaño de madera del cual se sostenía el alto mosquitero y don Enrique pensó, antes de intentar levantarse, en el problema que se le presentaba todos los días cuando pedía una de sus camisas favoritas y Domitila le decía:

-Perdóneme don Enrique pero es que la lluvia no deja que la ropa se seque y tenemos ese problema, pero ya puse la plancha, si usted espera...

Y permanecía en cama a la espera de que le entregaran semihúmeda la ropa que acababan de pasar por la plancha para vestirse. Esa mañana tenía acentuado un dolor por las caderas y pensó que era la reuma, luego se lo atribuyó a las lluvias y finalmente dijo:

-Octubre. Siempre me pasa. Se combinan lluvia, frío y vejez y entonces tengo que empezar a tomar las pastillas que me prepara don Lico que son las únicas que me hacen bien. Hay que mandar hoy donde don Lico para que me prepare las pastillas.

Tomó la campana de cristal, con incrustaciones de plata, que le regaló doña Clotilde durante la luna de miel.

-Mira Enrique, la compré para que llames a los criados y aún suena en sus oídos la risa cantarina de la entonces joven y bella Clotilde, de pie al lado de la cama, mientras él veía su hermoso cuerpo silueteado por la claridad del amanecer de verano en París, en el primer viaje que hizo don Enrique a Europa. En ese viaje fue que aprendió a calcular conforme a un código que nunca le dijo ni siquiera a Clotilde porque estas mujeres no son más que unas... y nunca pensaba unas qué, pero no son más que unas... Cuando Clotilde se antojó de la gargantilla de diamantes fue cuando don Enrique calculó en vacas, por primera vez, el precio de un objeto. Y pensó que tenía suficientes vacas para comprar toda la joyería y muchas otras cosas de este París que uno quisiera llevarse en una maleta.

-Miriam pero Nueva York no cabe en una maleta. Deja eso para el próximo viaje.

En ese primer viaje fue que doña Clotilde le regaló el primer par de medias que se le rompió.

-Para que te pongas todas las noches, al acostarte, este gorro de medias que te alisarás las pasas que es lo único que denuncia tu origen racial, Enrique le dijo.

Y él se ponía el gorro de medias.

-Porque tenía el olor de tus piernas y de tu sexo, Clotilde. Yo creo que me lo diste para que te recordara siempre por tu olor más íntimo y sabroso, mi amor. Olor que siento ahora, aunque hace

más de diez años que te fuiste y me dejaste solo y viejo aquí, con los recuerdos que se agolpan y me salen en cada detalle de la casa, en tu álbum de poesías, en las fotografías, en todo, Clotilde, por lo menos tuviste la ocurrencia de regalarme este gorrito de medias que me ha servido para tanto, pero lo principal es que me sirve, aún, para recordar el olor tuyo, ese olor a fresco, esa fragancia a campo húmedo que aspiré tocando tu cuerpo con la nariz y con la boca, cuando salías del baño semivestida con una bata de seda que se pegaba a tu cuerpo recién mojado y semisecco como sabías me gustaba, Clotilde, que buena estás, ven para acá, así, ven Cloti, ve. Ven. Así. Asíiiiiii.

Don Enrique se quejaba del dolor en la cadera y sólo pensaba en que don Lico le prepararía sus píldoras o su tomo que le darían muchísimo mejor resultado que los patentizados alemanes y mire que esa gente sabe, esos alemanes, pero nunca nadie en el mundo me ha preparado un preparado mejor que el de mi compadre Lico.

Tocó la campana para que viniera Brunequildo y poderle dar la orden de que fuera a buscar el preparado para la reuma.

-Le dices a mi compadre don Lico que me mande el preparado para la reuma. Él sabe lo que es. No vayas a decirle uno de esos disparates como que le mande la reuma que usted le está preparando ¿oíste Brunequildo?.

Y el hombre asintió mientras en la habitación sólo se le vieron al criado los blancos dientes que iluminaron un trozo de tiempo cuya claridad indecisa no dejaba claro si amanecía o anochecía.

Yo sé que es de mañana porque estoy en la cama y porque en la tarde no me duele la reuma, pensó don Enrique.

Su mano acarició el gorro de medias, lo pasó por su cara, lo besó y recordó que Clotilde se lo regaló recordándole que las medias se parecían a las de las coristas del Lido de París. Continuó la caricia de la seda que cuidaba para que no se rompiera, porque éste es el que tiene historia, cualquier otro gorro no conserva el olor tuyo Clotilde, un olor que todavía me enerva y alcanzó los espejuelos para ver, a contraluz, si la seda había perdido algún hilo. Sólo cuando se percató de que aún estaba intacto, 50 años después, don Enrique se dispuso a tocar la campana para que viniera Domitila. Colocó el gorro en una de las

gavetas del mueble y miró en un pequeño joyero.

-Recuerdo de la Doña, decía siempre Domitila.

Sacó un gajo de cabellos castaños que pasó por su cara y besó antes de guardar, porque son los únicos recuerdos físicos que tengo tuyos, Clotilde, porque tus hijas sólo sirvieron para venir de la Capital y llevarse todo lo tuyo dizque de recuerdo pero lo que hicieron fue pelearse por las joyas y por lo que se pudieron llevar, pero nadie se llevará de mi lado ni el gorro de medias ni el gajo de cabellos que me regalaste cuando te antojaste de recortarte un poco el pelo.

-En este salón italiano, viejo, y así te regalo un gajo ¿qué te parece?.

Me quedé mientras el amanerado italiano te tomaba la cabellera y se maravillaba del largo y el color natural de tu pelo ¿te acuerdas, Clotilde?.

Domitila regresó de misa, el domingo temprano, y se acercó al féretro con un paño para limpiarlo, don Enrique la miró y sólo le dijo:

-Tiene que ser de gamuza para que le puedas sacar el brillo de ese metal. Los adornos de bronce que tiene y las empuñaduras hay que limpiarlos con un líquido que está en una lata verde que está en la gaveta de abajo, a la izquierda del escritorio de la biblioteca.

Domitila le preguntó dónde y por qué se le ocurrió comprar el féretro.

Le explicó:

-Estaba en Alemania, como Ministro de la Legación cuando vi el entierro de un duque, que había ganado la condición de noble matando y esclavizando a negros en el sur de Africa, cuyo cadáver fue sepultado en un féretro de metal. Era muy rústico, Domitila, y yo quería algo mejor, así que me trasladé a París y allí ordené que me hicieran este ataúd.

-¿Y cómo es París, don Enrique?

-Una ciudad en la cual de noche los hombres encienden una luz en cada esquina sin necesidad de que el farolero las atienda.

-¿Cómo?

-Sí, pero, eso te lo explico luego. Ven, ayúdame a levantarme que octubre me tiene listo.

Don Enrique dormía con la ropa interior, una unión de color blanco en la cual introducía primero los pies y luego, a veces, le daba dificultad para entrar el torso y los brazos. Además, Vestía una pijama larga y unas medias de lana que le llegaban de Alemania, desde los tiempos en que fue Ministro de la Legación en aquel país. Desde la muerte de Doña Clotilde había buscado lo que fuera el sueño de su juventud: una criada que lo atendiera a él, sólo a él, como si fuera un aya para atender a un niño. Pero esa criada tenía que tener las características de una que él había visto en el Castillo de los Bonó, en las montañas de Cambita, que atendía a don José: era rubia, alta, ojos azules.

-Con el pelo como la barba del maíz, como decía doña Nieves.

-Y además, compañero, pechito de limón, decía don José mientras sonreía con la cara pícara, una alemana, una verdadera walkiria para que me pase la mano por los cabellos y me roce con sus duros pechos y me toque con sus carnes jóvenes. Ese es un derecho que hay que ganarse para la vejez, decía don José.

Don Enrique copió la idea de él o él supo lo de don Enrique. lo cierto es que cuando murió doña Clotilde don Enrique buscó en todos los sitios y como ninguna alemana quiso venir para el trópico, porque desconocían hasta la existencia de estas islas, don Enrique se fue a Gurabo y buscó una rubia de las Hernández a quién enseñó algunas palabras en alemán para hacerse la ilusión de que tenía completo el sueño de su infancia.

Domitila escuchó cómo se rompió el silencio de la mañana con las agudas notas nerviosas de la campana de cristal de don Enrique. Limpió sus manos en el delantal y caminó hacia la habitación mientras se componía el cabello, se despojaba del delantal y se acomodaba la blusa.

Don Enrique tomó el bastón colocado en el brazo del sillón, se apoyó en él y pasó su brazo izquierdo sobre el hombro joven y

firme de Domitila quien sonrió antes de acercarse, con un movimiento felino, al pecho de don Enrique quien sintió la dureza de los pezones de Domitila, la miró a los ojos, sonrió antes de enredar sus dedos en los cabellos de la mujer y se quejó:

-Es octubre.

La lluvia continuaba. Se escuchaba su ruido, su sonido. Era como el Bolero de Ravel, primero comenzó sonando sobre los techos de zinc y asordinada sobre los techos de yaguas y de canas, luego sonó en todas partes, como si se tratara de un concierto en el cual cada instrumento se fuera incorporando al discurso musical hasta llegar al crescendo, pero la desventaja del concierto del agua era que se había quedado en un movimiento inexistente: el crescendo permanente, porque no acababa de pasar. Y la claridad indecisa del amanecer no cambiaba durante todo el día y siempre nublado, nublado y una lluvia sin brisa, estática, constante. Día y noche y día. Hacia todos los puntos cardinales el cielo tenía el mismo color blancogris y las gotas de lluvia permanentes, eternas. Al principio no se sabía si era que alguien había hecho rogativas para que lloviera y prendió dos pesos de velas para que terminara la sequía prolongada que acababa con el ganado, las cosechas y el curso de los ríos, o si era una de las plagas que la Biblia cuenta que sufrieron los egipcios por su impía manera de tratar al pueblo elegido por Dios.

-En este pueblo tiene que venir de todo, decían las beatas. Vivimos como se vivía en Sodoma y Gomorra usted sabe lo que es ese viejo de don Enrique con esa muchachita tan bonita, dizque alemana, porque no habla nada ni con nadie. Con el único que habla es con el cura porque el cura, como sabe de todo, habla con la muchacha de don Enrique yo creo que en latín. Eso debe ser. En latín.

Primero el agua reclamó los pequeños cauces que se había llevado la sequía y parecía bonita el agua corriendo como si se hubieran creado mil ríos en medio del pueblo. El agua comenzó a correr desde arriba hacia el mar y era tanta que doña Nieves y las Lemberg temían que se les llevara sus casas.

-Lo que pasa por el patio es casi un río, decían.

Era verdad, porque por todo el pueblo el agua reclamaba sus antiguos pasos, algunos tan antiguos que nadie nunca había visto

correr agua por esos lugares y el pueblo se fue llenando de agua. Las gotas golpeaban en todas partes y uno podía distinguir las diferencias de sonidos entre el zinc, las yaguas, las canas y algunos tablados, hasta que fue tanta y tan continua y tan espesa, la lluvia, que nadie podía distinguir ningún sonido, sino el concierto del agua y el frío que iba calando los huesos hasta que todo el pueblo se puso a buscar gengibre para hacer té y el único que tenía gengibre acumulado en el almacén era don Enrique y subió tanto el precio del gengibre, porque no aparecía, que sólo lo conseguían dos o tres personas en el pueblo y uno era el gobernador, otro el comandante y el maestro y el cura.

-Yo lo sé porque a veces visito a uno o al otro a la hora en que todo el mundo quiere tomarse un tecesito caliente, para ver si se me pega algo.

-A esa gente don Enrique se lo regala. Esos no lo compran, no te pierdas.

Don Enrique apoyó más su cuerpo sobre el de Domitila y recordó, en medio de un escalofrío que lo estremeció de pies a cabeza, que le habían dicho que en el Oriente los viejos duermen con los jóvenes para que los calienten y se acercó más, se apretó contra Domitila y sintió el cálido fluir de su sangre joven que le produjo una sensación similar a la que se experimenta cuando uno llega con las manos ateridas por el frío y las coloca al lado del fogón en busca de calor y de vida. Pensó que quizás podía dormir con Domitila.

-Eso habría que planearlo con mucho cuidado, no quiero que me vaya a decir que no o que duerma conmigo a disgusto, porque lo bueno sería que yo pudiera sentir el calor redondo de sus nalgas sobre mi sexo para ver si... pero mejor dejo de pensar en eso y trato de levantarme, aunque mejor sería quedarse aquí, en este semiabrazo que tanto calor y gusto me produce al sentir la dureza de sus pezones y la suave línea de su abdomen que me comprime las flacideces de mis carnes viejas y me da calor y me insufla vida y me corre la sangre como si se tratara de un potro desbocado entre las venas que me enciende desde el cerebro y termina en las puntas de los dedos. Porque primero se siente en el cerebro y se transmite la corriente de la vida tan rápido que uno no sabe de dónde parte la orden para que los sentidos se pongan alertas, como los tengo yo

ahora que Domitila me semiabraza y dejo caer el bastón y ella, con una sonrisa pícaro que llena de luz la habitación sometida a la semiclaridad de la lámpara de gas, me dice:

-Don Enrique déjeme recogerle el bastón, y colocó sus redondas nalgas cerca de mi sexo, unas nalgas como las que pintó Oviedo muchos años después, como si fueran hechas a mano, para que algún maestro explicara a sus alumnos la redondez del mundo.

Domitila recogió el bastón y don Enrique se apoyó en él mientras ella tomaba la bata colgada al lado y se la pasaba por los hombros.

-Ven, Domitila, que el primer paso es el difícil, los demás lo doy yo. Es octubre. Es la reuma que está revolteada, tienes que mandar a, y tomó la campana y llamó una, dos, tres veces, con energía y le dijo a Brunequildo:

-Vaya donde don Lico a buscar las patillas de la reuma que sólo don Lico las sabe hacer que curan los dolores y también la ciática de Julio Gautreau.

Brunequildo le dijo:

-Soñé anoche que usted me decía que le fuera a buscar una ruma de pastillas adonde don Lico pero ahora veo que son unas pastillas para la reuma, don Enrique.

Domitila sacó la ropa.

-Ten cuidado, no me vayas a traer esa ropa que tiene ese olor a mocato que tiene a uno como sarazo. Esta lluvia ya me tiene...

Y Domitila sacó primero unos pantalones negros, una camisa blanca a la que le buscó:

-Los gemelos de oro que me buscan, los que tienen el escudo nacional ¿sabes cuáles son?

-Si don Enrique, a usted no le gustan ninguno de los otros.

-¿Y está limpia la camisa?

-Es que la lluvia es terrible don Enrique, es terrible, ahora mismo le estaba planchando los cuellos de las camisas y por más almidón que les puse no vale, nada vale, ahora todo queda húmedo, con olor a mocato y sin brillo, sin consistencia. Pero esta camisa está limpia y seca y como a usted le gusta el olor de las bolitas para las cucarachas.

Después Domitila le buscó los breteles blancos, los botines de tela del mismo color, el saco negro y don Enrique, antes de

disponerse a salir de la habitación le dijo:

-Búscame a Pascual, el que peleó con Caamaño en la Guerra de Abril, y dile que prepare todo que nos vamos mañana para la capital que allá no está lloviendo.

¿Y cómo lo sabe usted don Enrique?

-Porque lo averigüé con Melchor Gautreau y Tonito Bobadilla que trabajan en el Correo, con don Paris Goico, y me dijeron que habían recibido un mensaje cifrado: Nunca Ojo Luisa Luisa Uva Eva Venus Eva Amalia Qourum Ulises Isabel.

-¿Y qué quiere decir todo eso don Enrique?

-Cójele la primera letra.

-Dile que prepare todo, que nos vamos para la capital.

-¿Y quién lo acompañará?

-Tú.

Recordó la última vez que el presidente Ulises Heureaux lo mandó a buscar en la Julia, aquel barco que durante décadas hizo el transporte de personas y de provisiones y frutos entre la Capital y el pueblo. En la Julia llegarían el maestro Totí con su hijo Julio Gautreau quienes tenían la misión de adelantar la música que aquí está muy atrasada, después que el maestro Payán, un higüeyano a quien Lilís mandó a estudiar música a Francia, le dijo a su discípulo Clodomiro Gautreau (Totí):

-Vete para Barahona que allá están montando un ingenio y a los americanos le gusta mucho bailar el charleston y el foxtrox y los valeses y hay que enseñarles el merengue y la mangulina, las danzas y los danzones.

El maestro se fue en el Romanita hasta la Capital y de allí llegó a Barahona en la Julia. Pero eso fue mucho después y don Enrique no tenía por qué recordarlo en ese momento, aunque los Gautreau fueran sus amigos y para sus correrías nocturnas utilizara a Julio, por más joven, quien se iba con él a tocarle serenatas a las Suero, unas indias de cabellera color azabache y ojos negros de dulce mirar como el de las malagueñas salerosas, hasta que buscaron la fórmula de aquietar a un viejo que salía con una escopeta de pistón y amenazas cuando daban una serenata a sus hijas.

-¿Cuál fue la fórmula, don Enrique?

-Calla Domitila, que esos son pecadillos de juventud. Una

noche fue tanta la piedra que arrojamos sobre el techo de la casa que el viejo no salió con la escopeta, pudimos dar la serenata y me levanté a una de las muchachas.

Don Enrique permitió que Domitila terminara de vestirlo y recordó que fue el día anterior cuando mandó a Pascual, el bravo combatiente que ayudó a rescatar el cadáver del coronel Rafael Tomás Fernández Domínguez, bajo una lluvia de balas de los americanos, cuando la Guerra Civil de 1965 que se convirtió en Guerra Patria, después de la invasión americana.

-Pascual, prepáralo todo que nos vamos para la Capital. Miró el reloj que caminaba hacia la izquierda y hacia la derecha con paso silencioso que marcaba el tiempo de vida de don Enrique y el tiempo de malvivir de la mayoría de los habitantes del pueblo sometidos a sus caprichos, a sus precios y a la abundancia de las cosechas y de la reproducción de sus ganados que le cuidaba el bacá que había heredado de su abuelo y éste del abuelo de su abuelo que estaba emparentado con el general Pedro Santana, pero a él no le gustaba hablar del bravo hatero de El Prado, porque el general Lilís había sido de los que hicieron la Restauración de la República, cuando el general Santana la anexó a España. Don Enrique miró el reloj y comentó:

-Es tarde Domitila. Vamos al desayuno. Pásame el saco y se acomodó la corbata de lacito antes de sentarse.

-Las vacas tienen las costillas marcadas y el lomo es una sola matadura, don Enrique, le dijo Inocencio en encargado de uno de los mayores potreros que tenía don Enrique por El Cabao, aquella loma legendaria en la que el francés le dio un balazo, a punto metió, al general Lilís cuando andaba defendiendo al gobierno ensotonado de monseñor Meriño. No hay yerba, toda la yerba está amarilla, mustia, se parece a la cara de Matildita, la sobrina de Madame Charlotte que fue la primera flor que se mustió en su casa porque don Miguel no permitía que sus hijas miraran a los hombres y por eso una se suicidó encerrada en la casa que sólo tenía una puerta.

-¿Y los potreros de Ginandiana?

-También se jodién, don Enrique.

-¿Y los de El Pasito?

-También.

-¿Y los de la Higuera?

-Igual. Es un solo amarillo de yerba y rojo de la tierra de los caminos. Ahora lo que hay son muchos guaraguaos esperando que se mueran las reses para comérselas.

-¿Y así es la cosa, Tenorio?

-Si, don Enrique, pero yo soy Inocencio.

-No importa.

-Primero se secó el arbolito, luego se secó la higuera, si usted la ve, don Enrique, tiene las raíces afuera.

-¿Y las milpas?

-Cuatro milpas tan solo han quedado, don Enrique. Cuando uno sube del río ahí, al lado, no queda ni un poco de yerba, ni arbusto, ni matica pequeña, las vacas lo arrancaron todo hace mucho tiempo y luego que uno sigue caminando sólo hay yerba quemada, pegada del suelo y caminos que se entrecruzan por esos andurriales secos y pelados, yerba seca, caminos pelados, la tierra colorá y piedras, muchas piedras que recuerdan la última lluvia que las refrescó, don Enrique. Hay que hacer algo para que llueva porque sino, entonces...

-Ya hablaré con el cura para que lance sus rogativas y también buscaré a Roselia a ver si le hace mal de ojo a las nubes para que lloren. Lo único que se ve es el nublado que se lleva el viento, o se queda parado ahí, hacia el Este, como si fuera una burla a nuestra sed y a la falta de agua para el ganado y las cosechas. Si señor. Las habichuelas no nacieron. El maíz se quemó. Es un desastre. Lo único que sigue pariendo y reproduciendo son las matas de coco que están preñada de frutos. Lo malo de esto es que los becerros no tienen qué mamar y entonces hay que sacrificarlos.

-Vamos a ver Inocencio.

-Si, don Enrique, porque parece como si febrero hubiera llegado a darle colores a las copas de los almendros antes de caigan las hojas. Ahora los árboles están secos y pelados, como si sus ramas fueran manos que imploraran a Dios, don Enrique, así es como estamos.

El cortejo lo presidía el señor Gobernador Civil y Militar de la provincia de Santa Cruz, pero lo encabezaba la Banda de Música Municipal, bajo la dirección del maestro Clodomiro Gautreau, luego iba el Benemérito Cuerpo de Bomberos dirigido

por Ciclón y Ramón Buquí, aquel célebre pelotero que levantó un brazo para picharle a un americano que vino en el Memphis y lo ponchó porque le cortó la respiración con el olor de sus sobacos, después el cura, un canadiense de Scarborough que sentía rubor cuando lo miraban las mujeres, porque se comentaba que algunas estaban enamoradas de él, pero

-¡Jesús! no dejó ningún sobrino en el pueblo, como el padre Mejía ¿te acuerdas, Alba?

El padre era la cabeza de un cortejo donde iban las Hijas de María, todas vestidas de blanco.

-Con una mantilla que tiene que ser tejida por ti para que puedas ser aceptada en el grupo, le dijeron a Luisa Nolasco antes de ingresar.

A seguidas venía la sociedad de San Tarcisio, aquel niño mártir que murió en Roma en los tiempos de la persecución a los cristianos, luego les tocaba a los caballeros de la Virgen de la Altagracia, todos vestidos de negro, con el mismo traje que usaban para las tenidas y grandes ceremonias que celebraban en la Respetable Logia Masónica 27 de Febrero o en la no menos Respetable logia de los Odd Fellows Núm. 87, de la Restauración. Todos llevaban traje negro, corbata negra, iban destocados, pero con el sombrero en la mano izquierda. Los principales llevaban el pecho cruzado por una banda cuya inscripción en latín era, además, ilegible, porque las letras la hizo Negrito Alix un día de esos en que las emes se le confunden con la b de las botellas de ron que se ha bebido. Y después desfilaban las escuelas, todos los niñitos de menor a mayor y en dos filas, uniformados de blé, una tela que luego se convertiría en la moda mundial impuesta por el estilo del imperio americano con el nombre de jean y aunque algunos no sabían hacerse el nudo de las corbatas, esa mañana sus madres y sus padres los habían hecho con esmero.

-A ver si llueve, hijo, porque no han valido los ruegos, ni los reclamamos a San Isidro, y mira que la gente le lleva muchos regalos al cura los días de San Isidro.

-Que si una vaquita para la parroquia, padre.

-Esta carga de plátanos para que usted la reparta.

-Mire que le traje sólo una docena de gallinas porque ahora

es que están sacando.

-Y aquel saquito de arroz, majado en pilón, se lo traje para que acompañe los víveres que le trajo mi compadre Ramón, padre.

-Pero no vale, nada, ni ruegos, ni procesiones, ni velas, ni velones. Yo misma tengo las rodillas peladas de rezar, de implorar, ahora nada más puedo rezar con una sola rodilla, con la izquierda, porque en la derecha me ha salido una ampolla que me duele y me molesta.

-Eso no importa vaya todo por amor a Dios y terminó de arreglarle la corbata a su hijo.

Los maestros iban al lado de los niños, algunos de los cuales llevaban rosarios con los que seguían los rezos encabezados por los mayores.

-Aplaca Señor tu ira, tu justicia y tu rigor. Virgen Dolorosa.

-Ora pro nobis.

-Madre de los desamparados

-Ora pro nobis.

-Y que querrá decir esto?

-Yo no sé Ora pro nobis.

-Sigue rezando para que

-Guardián de la puerta de San Pedro

-Ora pro nobis.

-Déjame tranquilo, no preguntes.

-Ora pro nobis.

-Virgen de la Altagracia

-Ora pro nobis.

-¿Y cuántos son los santos? Porque hoy es oído mencionar algunos que no conocía.

-Y después de la escuela iba el gremio de obreros portuarios, que tenía su sede cerca de la taberna El Tibiri Tábara, donde cuentan que el holandés se bebió con una gitana de ojos verdes todo el tesoro de Cofresí, que lo halló por el Puerto de la Plata.

-¡Mentiras! el holandés se puteó ese tesoro en el puerto de Jamaica donde llegaban, frescas, todas las putas que salían de Europa a buscar mejor vida. Pues así fue como me lo contaron y así lo cuento.

El gremio de obreros portuarios iba encabezado por Barbarín Mojica, quien con su barba rala y llena de pelos negros

entre las canas, parecía un viejo patriota defensor de la independencia. A los obreros portuarios les seguían los ex-empleados de la fábrica de rondanas situada al lado del aserradero que cerraron cuando murió José Antonio Roca, poco después que naciera Nievécita Piñeyro, su hija menor. Quien no pudo ir a la procesión en busca de agua fue aquel trabajador del aserradero a quien por un descuido la sierra partió en dos y él se limitó a mirarse, sólo tenía el torso y se desangraba rápidamente cuando pidió

-Un cigarrillo Cremas y déjenme prenderlo, que tengo brazos, mientras miraba como si fuera ajena, la parte baja de su cuerpo, de la cintura hasta los pies y comenzó a cantar:

-Adiós alma mía, hasta que murió.

Después iban los miembros del Batallón Ozama que había mandado el general Lilís.

-Para cuando haya algún conato de revolución o de levantamiento contra el gobierno, don Enrique, que entonces usted sabe lo que tiene que hacer.

Los rostros duros, con barba y bigotes, algunos, otros, lampiños, éste con la camisa del uniforme intacta, aquel sólo con una pierna del pantalón, porque la otra tenía tantos remiendos que nadie recordaba de cuál color fue, otro tenía el kepis y había uno a quien sólo le quedaba el chambrón, como recuerdo tímido de lo que había sido el uniforme del Batallón Ozama cuando desfilaba ante el presidente general Ulises Heureaux, Gran Pacificador de la Patria, Luchador por la Independencia, Héroe de la Restauración y Gran Combatiente durante la Guerra de los Seis Años. Y luego iba el pueblo, las lavanderas y las que hacían dulces de coco, las fritureras de los alrededores del mercado y las que vendían comida en cantinas, los zapateros remendones y los empleados de Perucho Viera en la tenería, los empleados de Jacobo Lama en la talabartería, los que fabricaban andullos para don Linero, los que vendían la miel de abejas que sacaba Papá Bombache de los panales que tenía por Matencio, José Blequi y Reloj, que se disputaban con Cristino a ver quién se quedaba como atrilero de la Banda de Música. Y todos bajaron hacia el Charco de las Madres al compás de Música de Bach que ensayó durante dos meses el maestro Gautreau.

-Para que halaguemos a San Isidro, al Señor y a toda su Corte Celestial a ver si llueve. Hace tres meses que nos tocamos un baile porque la gente está de un ánimo terrible con el calor, la seca y la falta de cosechas que se queman por el sol y la subida de los precios y los problemas que tenemos con esta seca que uno no puede decir maldita porque algunas beatas dicen que es un castigo de Dios pero ¿por qué nos castiga Dios si no somos ni más malos ni mejores que antes?

El experimentado oído del maestro Gautreau escuchó una nota discordante en la pieza, no podía tocarse música fúnebre, porque no iban para un entierro, por eso escogieron a Bach, un músico serio, de Iglesia, pero esa nota no iba ahí. Miró a todos los músicos y nadie tenía cara de haber fallado con un semitono. Vio que Rafael Bambana pasó un pañuelo por su rostro y pensó que estaba sudando cuando volvió a escuchar, claro, limpio, como si hubiera un calderón que suspendiera el sonido musical, el maestro escuchó, de nuevo, el sonido, pero esta vez fueron tres, seguidos, como si se tratara de notas musicales que hubiera de tocar tres en un solo tiempo, le sonaron como granizos que chocan con los techos de zinc y luego fue a él a quien una gruesa, redonda y fresca gota de agua le nubló la visión y pensó que eran visiones, cosas que uno se imagina cuando piensa que su pensamiento puede proyectar lo que uno quiere para que sea verdad. Cruzó los dedos índice y mayor y a poco el aguacero era tan grande que nadie sabe cómo ni quién gritó:

-¡Pájaro de mar en tierra, mal tiempo, señores!.

Y una nube de cucarachas sobrevoló la multitud que siguió caminando hacia el Charco de las Madres, porque eso está que cualquiera lo cruza con un brinquito, le habían dicho a doña Cristina quien cuando vio las cucarachas, volando en correcta formación, se retiró de la procesión y dijo:

-Doña Nieves, vámonos, que es seguro que va a llover.

Don Enrique era de los principales que encabezaban el cortejo. La punta de su bastón se hundía en el polvo del camino y brillaba la plata cuando levantaba el bastón. Al regreso, como todos, tenía la ropa empapada por el agua. Primero fue una lluvia de relámpagos con una música de truenos que apagó la del maestro Totí.

El cristal del cielo se fue partiendo a pedazos que no caían cuando las culebras de luz cruzaban el firmamento aquí, allí, ¡mira ése! gritaban los niños mientras iban a guarecerse bajo los brazos de sus padres cuando estallan los truenos como si fuera un conjunto de cien músicos que sólo tocaran instrumentos de percusión al unísono y en fortísimo. Las hormigas de alas salieron a volar como alocadas y huyeron ante las cucarachas, de más cuerpo y mejor formación al volar.

-De entonces datan las lluvias ¿cuántos días hace de estos, Domitila?

-Es que todo el pueblo fue a rogarle al Señor y el Señor nos está complaciendo, don Enrique.

-Sí pero que sea menos complaciente.

-Hágase Señor su voluntad, así en el cielo como en la tierra. Don Enrique, ahora crecerá la yerba y habrá mucha para las vacas.

-Sí, pero mientras tanto vino Francisco a decirme que se han ahogado algunas vacas y que hay problemas en la finca con tanta agua. Se pudrieron las habichuelas que estaban creciendo y muchos otros frutos se dañaron. Pero ¿cuántos días hace que está lloviendo? volvió a preguntar.

-Bueno, don Enrique, según yo recuerdo la lluvia comenzó para San Zenón.

¿Y qué día es ese?

El 3 de setiembre.

Un día de San Zeón habría un ciclón que devastaría la Capital y otro día de San Zenón, muchísimos años después, K comenzaría a trabajar en la Capital, pero esa es otra historia de la cual se enterarían algunos parientes y amigos de don Enrique.

Domitila llegó con el desayuno y el olor del café humeante le recordó a don Enrique que días después de llegar a París, por primera vez, percibió ese mismo olor a café recién colado, ese color a café de las lomas de Panzo y preguntó al mozo

-¿Aquí hay un dominicano?

Y le dijeron que el único extranjero que había hospedado en el hotel era aquel señor, que trajo su propio café para que se lo sirvan recién colado y así conoció a don Pablo García y a su esposa Carlota a quien por sus modales, y para halargarla, comenzó a

llamar Madame Charlotte hasta que la gente llegó a pensar que era francesa.

Aunque no preguntó pensaba lo difícil que debía ser tener leña y carbón seco para cocinar, para lavar la ropa y para combatir el frío ¿dónde la conseguirán? Caminó hacia la mesa con tope de mármol que había mandado a fabricar, doña Clotilde, para que desayunemos nosotros dos, íntimamente, viejo, sin que nadie venga a molestarnos. Era de una sola pieza de mármol que había obtenido Sterling cuando trabajaba en la mina de mármol que tenían los de la Corde por las Salinas.

Don Enrique pensó en los desayunos con doña Clotilde. Continuó caminando hacia el comedor sencillo, pequeño, íntimo, la madera del piso se sentía húmeda, fría, el comedor estaba definitivamente frío. Las casas hay que hacerlas con piso de madera por todas partes para que no se enfríen tanto, pensó al pisar el piso del comedor y ver, al fondo, un cuadro.

-¿De qué pintor es, Clotilde? preguntó.

-Ella dijo, no importa lo que importa es que te importe a tí, que te guste y sé que estas mujeres desnudas, de espaldas, mostrando todos sus encantos en medio del bosque y aquella que viene saltando con las flores en las manos y la otra a la que el pájaro parece enamorar, te van a gustar y todos los días cuando estamos en la mesa del desayuno comenzarás los días con buen ánimo.

Don Enrique pagó más de una docena de buenas vacas, de las mejores, pensó, por un cuadro con unas mujeres desnudas aunque las mujeres desnudas me gustan más cuando están conmigo. Con ese dinero yo hubiera conseguido varias mujeres allá y me hubiera sobrado, pensó mientras pagaba el cuadro comprado en una galería de arte en París.

Sus amistades, al regreso, preguntaban ¿quién pintó ese cuadro, Virgilio Giró o Carlos Lassis?

Doña Clotilde abría el abanico de su sonrisa como si fuera la cola de un pavo real para decir

-Eso fue el maestro Bidof, un ruso blanco que triunfa en París, porque así de extranjerizantes son los ricos de aquí que niegan hasta sus propios artistas.

La casa estaba llena de recuerdos de los tiempos en que don

Enrique realizó sus correrías en Europa. Cuadros de mujeres desnudas, aquella lámpara cuyo pie estaba formado

-Por dos estatuillas de cristal de Bohemia, decía siempre que le preguntaban, dos estatuillas de unos amantes, creo que son Romeo y Julieta, de Shakespeare, decía con aire de duda.

Por eso la gente del pueblo luego repetía que Romeo y Julieta eran dos figuras pornográficas que tenía don Enrique en una repisa a la entrada de su casa.

-Esa lámpara se la compré para que Clotilde recordara que en Murano hicimos el amor ¿te acuerdas, cariño?

-Sí, en la alfombra del hotel, en la cama, en un sillón, en el campo. Estabas como loco.

-Por tí, Clotilde.

-¿Y aquella italiana por la que te perdiste durante tres días con sus noches?

-No fue así, cariño, me perdí en el bosque y fui a dar a una casita de montaña en un pinar... y nunca te contaré que los brazos de la italiana consolaron la nostalgia que me producía el sonido del viento silbando entre los pinos y me dio calor y , Clotilde, lo que pasa es que uno tiene que andar con un guía en esas montañas porque hay hasta animales feroces que pueden hacerle daño a uno, fue la explicación que dio cuando llegó al hotel, ojeroso, arrugado, con barba de cuatro días y traía en sus manos la lámpara con los amantes enredados en un abrazo que podía ser calificado como el abrazo del éxtasis.

Al sentarse tomó una campanita de metal que había frente al plato y tocó una, dos, tres veces y acudió Pascual a quién le dijo:

-Ve buscando el baúl grande, el que tiene la correa de cuero marrón, desempólvalo y dáselo a Domitila que ella sabe qué ropa va a llevar.

-Será que le quite la lama, don Enrique, que ya el polvo se ha convertido en una cubierta de lama en los zapatos, en los muebles.

-Por eso me voy hasta que pase la lluvia, pero no lo digas a nadie que aquí uno no sabe como es que todo el mundo sabe todo lo que uno va a hacer, ¿oíste? -Sí, don Enrique.

Pascual caminó dos pasos y don Enrique

-Psssss

-Sí señor.

-Y no dejes de llevar tu uniforme de cuando la guerra con Caamaño porque vamos a ver el Presidente.

-Don Enrique pero cuando eso no había uniforme, no era una guerra de ejércitos y había un grupo de gente del pueblo que resolvió pelear por la libertad y para que el gobierno no abusara de la gente.

-Pues nos vamos a inventar un uniforme que el general Lilís te va a tomar en cuenta para cuando necesite un Comandante de Armas, con tu experiencia y ese uniforme lo vamos a impresionar, tu verás.

Medio pueblo había ido a despedir a don Enrique quien se iba a la Capital.

-Porque el Presidente me mandó a buscar, le había dicho al síndico.

Todo el pueblo lo sabía porque el mensaje había sido escuchado por una habladora cuando Melchorcito estaba de servicio en el correo y por ésto había medio pueblo despidiendo a don Enrique.

-Vuelva pronto, mi pai, le decía Sepúlveda, aquel bravo soldado que combatió en el puente, en la parte norte y en todos los grandes combates de la Guerra de Abril del 65. Vuelva pronto.

Y también fueron a despedirlo los beneficiarios de la leche que repartía para el día de la Altagracia y para conmemorar la Restauración.

-Esas fechas hay que celebrarlas y regalarles la carne y la leche, el pan y los víveres, a quienes te los compran todos los días.

Y así don Enrique se cogió el comercio del pueblo y no hubo banilejo que pudiera ponerle un colmado, ni siquiera una pulpería, en el pueblo. Y también estaba el cura, quien bendijo el barco y echó agua bendita en el mar.

-Para que ninguna tempestad alcance el barco, don Enrique.

-Padre, cuando regrese le traeré su San Isidro el Labrador que pone el agua y quita el sol.

-Sí, don Enrique, pero a veces hay que rogarle al revés.

-¿Cómo así?

Para que quite el agua y ponga el sol usted no sabe cómo son los designios de Dios.

-Pero hace mucho, padre, que aquí no llueve así, la última vez fue cuando la sequía que mató las vacas de don Pablo García y Madame Charlotte llamó a las hormigas de alas para que se produjeran las lluvias y Eduviges ordenó a Leonel Concha que observara con su telescopio el momento en que saliera o fuera a

salir el arcoiris para ir a buscar el tesoro que haría feliz al pueblo que lo halle al final de la raya que parte en dos el cielo con su fiesta de luces.

-Sí, don Enrique, he oído hablar de esa lluvia y de sus arcoiris y de aquella mujer que se llevó al pueblo, a chicos y a grandes.

-Sí, padre, porque ese día los ciegos vieron, los tullidos pudieron caminar, las viejas tuvieron fuerzas y hubo una vieja que pidió que le tocaran la Bella Cubana que ella iba a pagar la pieza cuando volviera. Y viejos lobos de mar como don Charles, Buscavida, Melquiades y otros se fueron por el agua hacia el lugar donde se veía que terminaba el arcoiris y nunca nadie más sabe lo que ocurrió con ellos aunque algunas malas lenguas cuentan que se juntaron con Milcíades, aquel pescador a quien le faltaba una pierna quien se perdió por la vuelta de Puerto Alejandro, más allá de El Curro, anotando observaciones sobre el final del arcoiris.

-Se juntaron con él, es seguro, decía Ana Rosa, porque Milcíades estaba solo con las muchachas del coro de la iglesia que se convirtieron en sirenas por bañarse un Viernes Santo y Matildita la sobrina de Madame Charlotte, no pudo verlas cuando pidió que la amarraran del palo mayor de la Julia al pasar frente a Puerto Alejandro.

Medio pueblo estaba en el muelle cuando don Enrique subió a la yola que lo llevó, junto a su fiel Pascual, a la borda de la Julia, en la cual embarcó para irse a ver al Señor Presidente, el Muy Magnífico Pacificador, Héroe de todas las grandes batallas por la Patria.

-El maestro le pidió

-Lápices don Enrique que no hay en el pueblo y cuadernos.

-Anótalo Pascual.

-Pero no sé leer.

-Pues aprende.

-Maestro ¿para qué quiere lápices si Pascual no sabe leer?

-Pero él no es el único.

Juan Antonio le pidió harina de la que tiene tan buenos sacos que luego de quitarle el sello se pueden hacer camisitas para los muchachos. Y sábanas, también, don Enrique.

-¿Sábanas?

-Sí, la vela que le cosió Andrea a Milcíades fue una unión de fundas de harina de trigo.

El comandante le susurró

-Para que me le pida al Presidente que me mande una poquita de pólvora y municiones para hacerle frente a cualquier pronunciamiento que se produzca, porque en lo que llega el Batallón Ozama de la Capital nos toman el pueblo.

Y el maestro Clodomiro Gautreau le pidió

-Pídale al Presidente, don Enrique, que nos mande los instrumentos que él quedó en mandarnos cuando vino a visitar a su compadre el general Miches, porque mientras tanto tenemos que estar tapando con cera los hoyos que tienen algunos y las llaves de los clarinetes y los saxofones las estamos sosteniendo con banditas de goma.

Medio pueblo acudió a despedir a don Enrique y la gente pedía, solicitaba, reclamaba, hasta que llegó a su lado un niño, que tendría seis, siete, cinco años, le haló el pantalón por la pierna derecha y con una vocesita débil, aguda le llamó la atención.

-Padrino

-Gilberto, ¡Dios te bendiga!

-Padrino tráeme un pito, el niño le extendió dos centavos y se escuchó cuando don Enrique le dijo.

-Tú pitarás, mientras introducía la moneda reluciente, plateada, redonda, en el bolsillo delantero dedicado a las monedas.

También fue doña Nena, la señora que lavaba las camisas blancas más blancas del mundo y le llevó una camisa a don Enrique.

-Planchaba con un almidón especial, preparado para que usted se la ponga el día que tenga audiencia con el Presidente, para que lo impresione.

Y doña Lala le mandó al general Lilís unos dulces de arroz, suaves y deliciosos, y una docena de roquetes.

-Que a él le gustan porque cuando vino a visitar al general Miches pidió repetir y se llevó algunos para la Capital.

El maestro Juan Antonio mandó a Nene con unos panes de

huevo.

-De los que le gustan a Doña Rosario, K. Bitó, pero esos panes son para el general Lilís.

-Pues entrégueselos a don Enrique que ya está camino de La Julia.

Y también llegó Leonidas Abreu a quien le habían lisiado una pierna peleando con Lilís en las más célebres batallas celebradas en el Este después de la Batalla de Palo Hincado y le pidió a don Enrique.

-Que me le pida una pensión a mi compadre el general, que él me bautizó a Fefelo, don Enrique, hace ya muchos años.

Y en la orilla del mar se armó un burbaque grandísimo cuando.

-¡Ahí le va! gritó don Enrique y tiró.

-¡Morocotas, señores, morocotas, ese don Enrique si es grande! Puñetazos, maldiciones, rogativas, golpes, gente que rodaba por el suelo y otros que arañaban a quienes buscaban las monedas que se perdieron entre la arena. Un cojo perdió la muleta y años después se acercaría a don Enrique a pedirle.

-Que me regale un par de muletas porque las perdí en aquella repartición de dinero que usted hizo cuando se fue a visitar el Presidente.

-Lo que no le reclamaron a don Enrique fue tu honra, mami, ¿te acuerdas?

-Tenchi se fue con Gustavo por la playa, corriendo.

-Huyamos, le dijo el novio, que aquí puede haber muertos en este burbaque.

Y se fueron caminando, corriendo, huyendo, caminando, hasta que llegaron a un sitio donde la playa estaba llena de matas de hicacos y Gustavo se detuvo, cansado, a mirar a Tenchi cuyas trenzas se habían desbaratado y tenía todo el negro pelo sobre la cara, pegado con sudor, la boca abierta, la respiración entrecortada, la ropa pegada al cuerpo, la curva de los senos esculpida pugnando por romper el vestido y la mirada lujuriosa de Gustavo se posó sobre el contorno del cuerpo de Tenchi, delgada, blanca. A poco un montón de ropa tirado al azar, manchaba la blanca arena, mientras dos cuerpos entrelazados recibían la caricia de las aguas que subían por los pies hasta

llegar al sitio que hizo a Gustavo decir

-Vamos, que nos estamos mojando. Al regreso Gustavo se alegró del viaje de don Enrique porque sino hubiera tenido que ocultar que venía un nieto, a destiempo, casando a Tenchi con él, a quien no querían en la casa porque era pobre e hijo de un agricultor.

Todavía años después la gente contaba los cuentos que hizo don Enrique, a determinadas personas de su confianza, sobre las entrevistas que sostuvo con el general Lilís y las cosas que vio y las cosas que oyó decir el célebre presidente que resistió las presiones de todos los cobradores extranjeros que le enviaban las potencias a quienes la República les debía.

Fue don Telo Cordero quien introdujo a don Enrique ante el General Lilís la mañana en que lo recibió por primera vez y el general leía un telegrama que sostenía con la mano izquierda, se quitó los espejuelos parsimoniosamente, se levantó, extendió la mano derecha y le mostró el telegrama después de preguntarle:

-¿Usted cree que un gobierno que tiene gente así puede ser derrocado?

El texto decía:

-Ahí le mando los voluntarios, devuélvame la soga.

Don Enrique no entendió y luego de sentarse el Presidente le dijo:

-Yo necesito hombres para el ejército, hombres que defiendan la situación. Aquí nadie quiere ser guardia, aquí todos queremos ser generales sin saber que para llegar a general hay que tener el valor en la punta del fusil, la moral en las manos y la inteligencia en el sable. Aquí hay quienes se improvisan generales, pero ya estos tiempos se acabaron porque ahora vamos a tener un ejército que comenzamos a formar con los voluntarios y después los oficiales serán los hombres probados, los que se fajen, y les pedí a los gobernadores que me envíen hombres para formar el nuevo ejército y el general Anderson, de Samaná, me envió 50 hombres, en el crucero Independencia, acompañados de este telegrama: Ahí le mando los voluntarios, devuélvame la soga. La risa invadió todas las habitaciones del antiguo Palacio de Borgellá, sede del gobierno del general Lilís, cuyos dientes de oro refulgieron mientras permanecía riendo de las ocurrencias de su

amigo el general Anderson, quien decía en Samaná que él era Ley, Batuta y Constitución. En estos días supe que pronunció un discurso muy interesante, porque usted sabe don Enrique, que lo estoy llamando para pedirle, en nombre de la hermandad que me unió con su padrino, el muy valiente, probo y excelente amigo, el general Miches, que apoye mis aspiraciones a continuar sacrificándome por la Patria desde este sillón presidencial que un pariente lejano mio llamará algún día silla de alfileres, del cual pariente se podrá decir como de mi aunque la silla tenga alfileres nosotros aprendimos de los fakires a estar sentados sobre las puyas sin que nos puyen:

-¿Y cómo fue el discurso, Excelencia?

Comenzó el general Anderson, ante todo el pueblo de Samaná reunido para escuchar al Señor Gobernador, con su habla difícil y pronunciación ainglesada a decir

-El general Lilíe e un deglaciae

Todos se miraron, unos a otros, a los ojos, con una mirada de sorpresa retratada en los rostros. A todos los lados de la manifestación malencarados guardias de los del general vigilaban para cuidar.

-A mis pollitos, decía el general quien luego de un silencio en el cual pasó su vista sobre la multitud, dijo:

-El general Lilíe e un maldite

Y la gente volvió a mirarse, a mirar al general Anderson y a mirar a los guardias que rodeaban la manifestación para escuchar a seguidas otro insulto al presidente, dicho por su muy fiel amigo el general Anderson de quien todo el pueblo esperaba que apoyaría la aspiración del general de quedarse con el poder hasta la muerte.

-Porque todos sabíamos que Lilís no se iba a quitar del poder para dárselo a nadie si disfrutaba tanto de la adulación de la gente, de los frutos que obtenía desde el mando supremo de la Nación y ahora como que se le viró, el negro este, dijo uno de los De Wint en voz baja.

De inmediato Federico Lalane le dijo:

-¡Cállate que aquí hasta las paredes oyen!.

Y no fueron las paredes sino los participantes en la manifestación quienes oyeron al general Anderson decir esta

verdad de a puño:

-El general Lilíe e un asesine.

Ya comenzaban algunos a moverse en dirección a una de las calles que permitirían su salida del lugar donde se celebraba la manifestación cuando los soldados, como si hubieran recibido una orden, levantaron los fusiles que tenían en posición de descanso y los colocaron frente a ellos, en las dos manos, en posición de alertas e inmediatamente después del bien coordinado movimiento se escuchó la voz del general Anderson decir:

-Digamo, eso dice el gento enemigo del, y se deshizo en elogios al general Lilís, a su obra de gobierno, a la paz de que disfrutaba la República desde que él tomó el poder y Federico Lalane le dijo a De Wint, en voz baja.

-La paz que disfruta la República es la paz de los cementerios, esta paz no es paz, sino opresión.

Y los comentarios de Lalane y De Wint se confundieron con los aplausos que la gente tributó al discurso del general Anderson.

Don Telo no había terminado de reír de la ocurrencia del general Anderson cuando un oficial se dejó ver de él, a través del biombo que separaba la oficina del general Cordero y las del presidente y a su regreso al lado del general Lilís le entregó el parte diario de la Fortaleza Ozama.

-Señor, que acaba de llegar.

El general Lilís tomó sus espejuelos con montura de oro, miró a don Enrique y comenzó a leer primero para sí y luego en alta voz.

-Fue hallado muerto en su casa de la calle de Plateros, en circunstancias muy extrañas ya que tiene un balazo que le penetró por la sien izquierda y hay un revólver tirado a su lado. Dado que el occiso, es de todos conocido, es derecho, no entendemos lo que pasó y como se trata de una persona conocida como enemiga de la Superioridad, sería bueno investigar lo que ocurrió para que este crimen no se le pegue al gobierno. Y firmaba el general Zenón de Obando.

Don Enrique aprendió con su padrino el general Miches

-Los civiles no se meten en asuntos de guardia, mi hijo. Si tu no entiendes es mejor, así no sabes y no podrás contar. Lo malo de la mayoría de la gente es que no sabe callar, o que no le enseñaron

o que no aprendió y entonces se pone a estar contando lo que es y lo que no es, lo que vio y lo que no vio, lo que le dijeron y le pone algo más, como pasó con el maestro Pereyra que se apareció temprano, a la hora del café, a la casa de Julio Gautreau y doña Nievécita y dijo que a Massena lo habían muerto a puñaladas en el café de Daniel, en el Rivadavia y cuando K. fue enviado a averiguar halló a El Vargas durmiendo un jumo que le duró tres días, pero al regresar a su casa ya el maestro Pereyra se había marchado con su boca llena de la mentira:

-Yo lo vi, doña Nieves, tenía un puñal atravesado aquí, medio a medio del pecho.

Y don Enrique recuerda que en ese mismo momento, mientras pensaba en el maestro Pereyra quien le enseñó música a Cheo Zorrilla en Vicente Noble, escuchó al general Lilís cuando decía,

-Oye eso, Telo, dígame al general Obando que la gente se mata con la mano que le da la gana y que se deje de estar haciéndole el juego al enemigo. Que escriba ese informe diciendo que el muerto se suicidó. Que si él no sabe que el presidente Guzmán se suicidó con la mano izquierda porque le dio la gana, porque no soportaba, según dirán, la avalancha que le iba a salir de cosas que hicieron durante su gobierno, y todo el mundo sabía que Antonio Guzmán era derecho, pero se había dañado la mano, no como yo, en un combate, sino camino a Barahona en un barco.

Don Enrique también escuchó un como murmullo, un abejeo que subía como del parque, de la plaza, era como cuando lo querebebés se acercaban a la torre de la iglesia, al atardecer, en busca de un sitio donde dormir, y la bandada gritaba

-¡Querebebé! ¡Querebebé! y como no lo hacían en forma acompasada algunos iban por que, cuando otros gritaban be y se escuchaba en vez de querebebé, a veces, que-be-re-be o que-re-que-be y don Telo llegó a interrumpir y le dijo

-Respetuosamente señor que ahí abajo, frente al balcón, hay un grupo de panaderos, encabezados por un tal Quico, que está en huelga.

-¿Huelga? ¿Y qué quiere decir eso? Búsqueme a don José Gabriel que ese hombre es un sabio.

-¿A quién, general? pero ese hombre es enemigo de la situación, le dijo don Telo a Lilís.

-Búsquemelo, que ese es un sabio y yo no necesito ahora un amigo, que los tengo.

A poco llegó don José Gabriel García al despacho del presidente. había partido por el medio la multitud de panaderos que pedía.

-Que aumenten el precio del pan que no ganamos nada y nos morimos del hambre o que bajen el precio de la harina.

-¿Y el tamaño de los panes? preguntó una beata que salía de la Catedral.

Todo el mundo sabía que José Gabriel García era enemigo del gobierno de Ulises Heureaux. García no había salido hacia el exilio y Lilís no se atrevía a encarcelarlo o a deportarlo o mandarlo a quitar de en medio.

-Como hice don Enrique con el que se suicidó con la mano que no era, don Telo, métamete 10 días de arresto al sargento que suicidó a nuestro enemigo, para que aprenda que es mejor suicidar a los derechos por el lado derecho y a los izquierdos por el lado izquierdo, para que no queden sospechas. Y es que don José Gabriel, don Enrique, es un hombre de letras, respetado en la República, un hombre que sólo habla su pendejaíta, a veces, con alguno de los agentes que envió a comprar algún librito en su imprenta y entonces habla su caballá, por eso no me voy a echar un muerto tan pesado. Además, cuando lo necesito lo mando a buscar y viene a conversar conmigo porque él sabe dónde está el poder y quién tiene el sable bien empuñado.

-Y dígame don José Gabriel, ¿qué es una huelga?

Y el sabio historiador y escritor, librero e impresor, firmante de la petición de que la República fuera anexada a España, junto con Pedro Santana y otros, explicó:

-La huelga es el último recurso que tienen los obreros.

-¿Obreros?

-Sí, presidente, los trabajadores asalariados, que cobran un sueldo por su trabajo, cuando no tienen otra forma de exigir una mejoría de sueldo o de condiciones de trabajo, entonces los obreros se ponen de acuerdo en sus gremios y acuden a ese último y supremo recurso de parar el trabajo. En algunos casos el trabajo se para por una parte del tiempo y, en otras, los trabajadores recurren a la huelga total, a la no producción, como pasó en la novela de Emile

Zola que los mineros dejaron de producir.

Cuando don José Gabriel doblaba la esquina de Plateros hacia su imprenta-librería, el general Lilís estaba con Teófilo Cordero, su gran amigo y colaborador, parado en el balcón del Palacio de Gobierno desde donde gobernaba también el Gobernador haitiano Borgellá, durante la dominación haitiana cuando el grito de independencia en 1844 y dijo el general Lilís en alta voz:

-Don Telo, averigüeme cuáles son los solteros, apártelos y tráigame una lista.

La voz del presidente había acabado el murmullo de los panaderos que creció hasta parecer un tropel de caballos en un camino real y la orden dada a don Telo no sólo la oyeron él y don Enrique, sino también los panaderos. Los más viejos se miraron, como si no entendieran.

-¿Y qué va a pasar con los casados y los que tenemos mujer?

-Yo no soy casado pero tengo mi mujer y mis hijos, cuidado si piensan darle algo a los solteros porque entonces yo me divorcio ahora, sin que mi mujer lo sepa.

-Entonces, dijo Quico, a mi me parece que el general pide los solteros para enviarlos al batallón El Fijo, que tiene pocos hombres y en estos días le enviaron unos hombres de Samaná, amarrados con una gruesa sogá de pita que él devolvió al general Anderson.

La multitud comenzó a dispersarse. Antes de que don Telo bajara al parque, ya sólo quedaba un panadero tullido, que atendía a los clientes que iban a comprar a la misma panadería y cuando don Telo iba a subir la acera del parque

-Se lo llevaron como por arte de magia, general.

El general Lilís comentó con don Telo y don Enrique, mientras don José Gabriel García daba la vuelta por la calle de Plateros y se desbatía la primera huelga que se hizo en la República.

-Me dijo que había que hacerle la concesión a los panaderos, porque la huelga es el último recurso de los trabajadores y a quien trabaja hay que pagarle para que viva, y mira lo fácil que se acabó la tal huelga esa, dijo el general...

Don Telo le contestó

-General, pero don José Gabriel es un sabio.

-Sí, don Telo, pero no entiende.

Y fue entonces, mirando la plaza frente al palacio de Borgellá, cuando el presidente le dijo a don Enrique.

-Ahora que murió mi compadre el general Miches usted tiene que aceptarme el cargo de gobernador.

-Pero yo, general. Nunca. No sé. Yo sólo sé bregar con vacas.

-¿Y cuándo estuvo en Europa de Ministro, don Enrique?

-Pero era cumpliendo sus instrucciones, mi general.

-Sí, pero yo necesito una gente como usted en la Gobernación para suceder al general Miches, su padrino y mi compadre, don Enrique. Y ya don Telo hablará con usted como es que se manejan los asuntos de estado ¿usted sabe lo que me pasó en el pleito del Cabao?

-Si señor, lo del francés y el balazo, si.

-Pues desde ese día aprendí que el hombre de estado tiene que tener la muñeca vendada y la mano derecha con un guante.

-¿Y para qué general?

-Para que se equivoquen. Para que piensen que el hombre que tiene la muñeca vendada la tiene floja.

-¿Y el guante?

-Para esconder la garra. Usted escoge si quiere la muñeca dura y la garra, o la muñeca floja y el guante, pero don Telo se lo explica después, ahora quiero que usted sepa que voy al entierro del general Miches, el único soldado a quien el general Santana le daba la espalda y luego hacía lo mismo el general Luperón.

Después el único que recordaba en el pueblo cómo fue el entierro del general Miches era Alejandro, el de tía Antelia y miniminiúm decía mientras chocaba las puntas de los dedos de las manos antes de tocarse el ala del viejo sombrero de color indefinido.

Primero iba la banda de música de la capital, dirigida por el maestro Ravelo, con un uniforme blanco, cuyo pantalón tenía una raya negra al costado y la chaqueta, semimilitar, tenía una reluciente botonadura de oro. La marcha lenta presidió el cortejo haciendo que el aire sonara más triste que el graznido de un aura en un campo de batalla lleno de moribundos. Después desfilaron los Lanceros del Este, luchadores en El Número, Las Carreras y otras grandes batallas de la Independencia. Iban con su uniforme nocturno y caballos, hombres y armas estaban todos tiznados como si fueran a realizar uno de sus famosos ataques, acompañados de la oscuridad, donde se distinguían sólo porque estaban desnudos. Desfilaron también las mujeres que proveían de agua a los cañones y a los soldados y las otras, las que buscaban la comida donde hubiera.

-Porque después de dos días de cruenta batalla los hombres llegaban al rancho y había que guardarles aunque fuera un chaíto, doña Nenena, que no hay quien aguante.

El Batallón Duarte, formado por hombres que sólo peleaban a cuchillo, dio una demostración de su destreza descuartizando un becerro antes de que la gente se diera cuenta de qué estaba pasando.

-¿Cómo es que? ¡Jesús en medio de un entierro! Perdónalos, se ponen a hacer, porque, cosas como éstas, no saben lo que hacen, pero ¡son guardias! ¿Qué se puede esperar? y se persignó la beata, aseguró mejor su mantilla y continuó desgranando el rosario porque el general Miches era un hombre muy bueno y muy justo. Vino también el Arzobispo, de la capital.

-Doña Clotilde, el mismo Arzobispo que nunca habíamos tenido la gloria y el honor de verlo aquí en nuestra centenaria iglesia vino a cantar una misa de cuerpo presente ante el cadáver del viejo guerrero que no pudo echar la batalla contra los americanos, en 1916, porque ya estaba muerto, pero si él hubiera

estado, Francisco Elpidio, esa es otra historia.

-Si mi abuelo no hubiera muerto estuviera vivo, si el general Miches hubiera estado cuando los americanos... pero ya estaba muerto.

Pasaron luego los veteranos de la Guerra de la Independencia, unos cuantos viejitos a quienes les quedaban gratos recuerdos, mucha dignidad y el irrespeto de los muchachos que no le creían creer la historias que contaban de sus luchas contra los haitianos y luego cuando vinieron los españoles que el general Miches se quedó con el general Santana.

-Pero muchos de nosotros nos fuimos a pelear contra los españoles, porque esta tierra nuestra tiene que ser de nosotros para que la mandemos nosotros y para que la salvemos o la jodamos pero no podemos permitir...

-¿Y dónde estaban todos esos valientes cuando llegaron los americanos en el 16?

-Muertos, K. pero surgieron otros, diría don Enrique, quien, como siempre, se entendió con los haitianos, con los españoles, con la Restauración, durante la lucha de los colores, una vez apoyaba a los rojos y otra a los azules, hasta los verdes de González recibieron mi apoyo, decía, porque la riqueza no tiene color, ni partido, es más, llévale esa vaca al Comandante, porque si no le regalas una, va y coge dos, y él tiene la fuerza y es mejor estar con la fuerza, dominarla con poca cosa, para que no se desate y se dé cuenta de que la fuerza es una razón aunque no siempre la razón tiene la fuerza y por eso deja de imponerse.

También desfilaban los caballeros de Higüey, jinetes acostumbrados a la lucha a campo abierto, cuyos caballos estaban enjaezados con los mismos lujos y colores y colorines que les colocaban para lucírsela el Día de la Altagracia. De San Pedro mandaron algunos obreros de los ingenios para que participaran en el desfile y nadie sabe si ahí fue cuando surgió la palabra porque cuando una mujer le preguntó al moreno que la tumbó detrás de una pomarrosa por Matencio.

-¿De dónde tu vienes?

El hombre, con lengua estropajosa y habla difícil le dijo:

-De un islo que llamo Tortolo y la mujer luego le dijo a Colasa y a Mi Turquilla que el hombre le dijo que era cocolo.

-¿Y dónde es éso? Insistió, eso es por Turquilán, le dijo Mi Turquilla y la mujer quedó satisfecha.

Luego desfilaron los soldados que pelearon contra la Restauración hasta la muerte del general Santana, aquel bravo soldado que se equivocó y embarró de mierda su nombre en la historia cuando entregó la Patria a España.

-¿Qué le parece, don Enrique, aquí en confianza? le dijo el general Lilís.

Había un grupo que desfiló con la cara cubierta, la gente susurraba

-Recuerden que se trata de un entierro, y la pregunta corría por el aire junto al olor de las azucenas, adornadas con espárragos y los claveles rojos y las cayenas y las flores de mantequilla y los tuyoy y los todoelaño que eran portados por niñas y niños que caminaban a paso lento, mientras la marcha fúnebre se renovaba en un interminable lamento.

-Por la muerte de uno de los hombres más serios de la República, como dijo el presidente en su oración fúnebre.

-Esa gente ¿quién es, por qué lleva la cara cubierta?

Y entonces fue cuando Rolando dijo:

-Los espías que tiene la fuerza para cuando tiene que averiguar cosas del enemigo.

-¿Y por eso llevan la cara tapada?

-Sí, para que nadie los conozca.

-¿Y para qué desfilan entonces?

-Porque el general Miches era un bravo soldado y un hombre justo, continuó el presidente.

Llegaron entonces los Caballeros de la Altagracia, con un mantón negro que le pasaba de las rodillas, a su borde una cinta plateada y a la altura del pecho una imagen de la Virgen bordada por las manos milagrosas de Miriam.

-¿Pero también sabe de eso?

-Sí, dijo Julio Gautreau, esa muchacha tiene unas manos que son un prodigio.

-Nunca abusó de nadie aunque siempre tuvo la fuerza, aseguró el presidente en su discurso.

El cadáver fue transportado en un armón de artillería, tirado por soldados acostumbrados a subir lomas y a bajar cerros,

a buscar caminos o hacerlos para continuar arriba, abajo, arriba, abajo, detrás de su ejército para apoyarlo cuando fuera preciso. Todos los fusileros llevaban los cañones de sus armas hacia abajo, hasta que llegó el momento de realizar las salvas en honor al bravo, justo y leal general Eugenio Miches, quien hubiera preferido morir en combate.

-Y no como un pendejo, aquí, en la cama, últimas palabras que pronunció antes del ¡Oh Dios mío! que permitió al arzobispo celebrar la misa de cuerpo presente en la multicentenaria iglesia del pueblo.

Y mientras explicaba a don Enrique cómo quería el entierro de mi compadre el general Miches, el general Lilís pensaba en un ensalmo que le habían hecho en aquel viaje secreto que realizó a Haití, antes que un verdadero brujo de San Juan de la Maguana le entregara el resguardo que le salvó de que la bala del francés lo matara en la muy mencionada y requetesazonada batalla de El Cabao y, también, le advirtió que no fuera a la visita que tenía prevista en Azua porque Eduardo Generoso de Marchena le tenía allí una camarona de la que no se salvaba nadie, porque esos azuanos estaban acostumbrados a pelear desde los tiempos en que los haitianos, allá por 1844, le quemaron el pueblo en represalia por la resistencia que opusieron a su avance.

-Y como yo sé, don Enrique, que quien a hierro mata no muere a sombrerozas, quiero hacerle un entierro digno, pomposo, si se quiere, al general Eugenio Miches, para que cuando yo desfile, al final, junto a usted, a don Antonio Ramírez y a todos los valientes y leales generales de la región, hacerme la ilusión de que es el mío el cuerpo cubierto de flores, de llantos, de suspiros y pena que desfila en medio del cortejo fúnebre. Porque cuando yo muera nadie va a querer ir a mi entierro y todos saldrán por ahí diciendo que no tenían que ver conmigo y que yo los obligaba y que me tenían miedo, como ocurrió cuando mataron a Trujillo. ¿Usted no supo, don Enrique? los mandatarios somos marionetas del destino. Marco Antonio mató a César y toda Roma se sintió contenta, porque a la gente le gusta lo desconocido, hay una mezcla de curiosidad y temor y al final se impone la curiosidad popular y todos respaldan al nuevo, al que llegó, al que tomó el poder, porque también hay mucho de estar en buena con el que

vino.

-¿De quién es amigo Horacio? es un hombre del campo, pues ¡deslumbrémoslo, que ésta es la Capital!

-Y así como a César lo mató Marco Antonio a todos los grandes mandatarios los cazan en emboscadas pendejas, que ningún macho de general debía caer en ellas y no importa que usted tenga una gran escolta, es más, don Enrique y lo tomó por el hombro para acercárselo, déjame decirle que yo sé quienes me van a matar.

-¡General!

-Van a ser amigos, gente que yo conozco, porque siempre es igual, imagínese, los enemigos están fuera o están en la cárcel o no se atreven a acercársele a uno, ni siquiera para pedirle cacao, perdón, o un puesto para demostrar su lealtad recién estrenada. No, don Enrique, son los amigos, los que tienen fácil acceso a uno quienes pueden joderlo en cualquier momento y yo sé ya quién o quiénes son los que me van a matar, como mataron a Trujillo, porque uno llega a tener tanto poder que piensa que todos los hombres son iguales y le quita la mujer a uno, le desconsidera la hermana a otro, manda a matar el hermano a gente brava, valiente, y ocurren cosas, incidentes, sucedidos que están por encima de la voluntad del guante de seda y sale la garra y se llena una familia de luto, dolor, odio, rencor y recuerdos ingratos y comienza a maquinarse, como siempre en la historia, hasta que un día se riega la noticia antes que el Gobierno lo admita, pero ya uno está muerto y todo termina, por eso es que no privo de nada y haga lo que me sale de los forros porque el día que me den un balazo donde tienen que dármele nadie saldrá a defenderme ni a llorarme, ninguno de mis amigos, ya le digo que a Trujillo ya le pasó, que lo mataron los que estaban a su lado, porque él le había hecho diabluras y los había querido ridiculizar y abusar de ellos y de los hombres no se abusa, don Enrique. A los hombres se les impone la ley o se les fusila, no se les desconsidera, porque una desconsideración en una mancha al honor y al valor de los hombres y todos los hombres son valientes cuando están acorralados, porque no tienen alternativa y no hay golpe que duela más que el golpe del pendejo, porque da con miedo y da con tanta fuerza para ver si sale del problema de tener que pelear.

-¿Y que pasó con Trujillo?

-Pues, don Enrique, después de su muerte sólo fue el pueblo a llorarlo, hubo escenas llenas de patético dolor y de lágrimas sinceras, pero a aquellos a quienes había favorecido con bienes y fortuna, con canonjías o amistad, esos comenzaron a virarse tan pronto como supieron de su muerte. Por eso es que quiero hacerle el funeral a mi compadre el general Miches, porque luego nadie me va a hacer un funeral digno de mi título de Pacificador, de Luchador por la Independencia y por la Restauración y me aprovecho ahora, que puedo, para que luego nadie me diga, o pueda decir, que el general Lilís no era un hombre amigo de sus amigos, porque sé que todos van a decir que yo soy implacable con mis enemigos. ¿Seré yo pendejo para darle al enemigo que huye puente de plata? ¡No señor! Al enemigo plomo, aunque sea por el culo ¿Quién los manda a dar las espaldas? ¿Usted se imagina que a Trujillo lo dejaron tan sólo que después andaba de boca en boca, como si fuera un relajo, un aire ligero, un merengue que cantaba preguntando

¿Adónde están los compadres del compadre que matán, adonde estarán, si señor, adónde se fuén? No, don Enrique, aprovechemos ahora y hagámosle unos funerales al general Miches como me los merezco yo, porque nadie se va a ocupar de mi, don Enrique.

-Pero usted dijo que sabía quién, o quiénes lo iban a matar ¿y cómo es posible?

-Es que yo tengo gente que me lee la mano, las barajas, la vela, el paso de los pájaros, el canto de los querebebés. Gente que escucha cómo crece la grama y sabe de qué pata cojea un caballo con oír el trote a la distancia y esa gente me dijo que hay que tener cuidado con las provincias del Cibao porque como usted queda nombrado Gobernador Civil y Militar de la Banda Sur de la República, aquí abajo no pasará nada pero puede ser que en el Cibao...

El entierro seguía, Julio Heberto comandaba el batallón de la Marina que desfiló con uniforme azul marino, botas blancas, fusiles con el cañón apuntando hacia abajo y un paso nuevo.

-¿De ganso? preguntaba la gente ¿y qué es eso?

-Es como un pato de por allá, dijo una que vivía curcuteando

en un viejo ejemplar de El Tesoro de la Juventud que había en la biblioteca municipal cuando estaba en el segundo piso de Jaime el Chino.

Todo el mundo vestía una venda oscura en el brazo izquierdo en señal de duelo. Algunas damas habían ordenado mantillas negras.

-Nancy, fabricamela que viene el Presidente al entierro del general Miches.

Y también algunos señores fueron al banco a pedir prestado para ver si el Presidente acepta la invitación que le voy a hacer para que coma en mi casa.

Doña Ilse les dijo que no, que el banco nada más prestaba para el fomento de nuevos predios azucareros, porque entonces comenzaba la expansión de la industria y el Banco Azucarero Dominicano no sólo tenía el nombre, sino también la misión. Y hubo uno que le ofreció

-Que el ingeniero Rodríguez me mida las tierras para que usted me haga el préstamo y doña Ilse le cortó los ojos con fuerza una tal que rechinaron antes de decirle:

-¡Fresco! ¿Usted cree que mi marido es hombre de esas vagabunderías?

El cuerpo de general no llevaba ataúd.

-Cuando yo muera, decía, mi sable me lo guaidan.

-No eso no lo decía el general Miches sino Secundino de la Cruz, el abuelo de Julio Gautreau, quien murió combatiendo en la loma, al subir la fortaleza, en las guerras de Concho Primo.

-Cuando yo muera, decía el general Miches, no quiero que me entierren en una caja, con gente llorando y alguna que otra plañidera gritando por paga, mesándose los cabellos, con alaridos que se escuchan más que el eco de los relámpagos. No. Yo quiero cuando me muera con Patria, pero sin amo, que pongan en mi tumba un ramo de flores y una bandera, porque si mi amigo José Martí no lo pudo ver yo si lo veo y por eso quiero que no me pongan a lo oscuro en una caja quiero que me lleven al cementerio rodeado de flores, sin caja, que me entierren en la tierra al pie de los maguellales, que me entierren en esta tierra que es tierra de hombres cabales, porque yo soy un hombre sincero de donde crece la palma y los hombres valientes no mueren, ¡carajo! Los

valientes no dicen adiós, dicen hasta siempre y recordaba en sus conversaciones sobre la muerte, cómo intervino con el general Santana para que permitiera que el poeta Eugenio Perdomo,

-Poeta vaya, pero vamos a dejar un oficial encarcelado por usted, si en 24 horas no regresa...

La corneta rompió el silencio de la tarde y un rayo de sol se retrató en un charco de agua frente a la fortaleza cuando se escucharon los pasos del poeta Perdomo quien regresaba de decirle adiós a su novia y también

-Vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me voy... a otros les dijo adiós muchachos, compañeros de mi vida, me toca a mí hoy emprender la retirada, debo alejarme de mi alegre muchachada, adiós muchachos ya me voy y me resigno, contra el destino nadie batalla.

Y el general Miches fue complacido, aunque no pudo decirle adiós a los muchachos porque ya no quedaba ninguno de los amigos de su generación.

-De los que aprendimos a usar la navaja de afeitar cuando ya teníamos un fusil en el hombro y habíamos perdido la cuenta de los muertos a tiros, bayonetazos o transfijos por espada.

-El general murió serenito, como una palomita lo encontré esta mañana cuando fui a darle su te de gengibre.

-Que me gusta mucho, Regina para calentarme los huesos.

-Lo llamé ¡padrino! y papá Bombache no reaccionó y cuando le toqué la cabeza se le desgonzó para el lado izquierdo y vi un pequeño hilo de baba congelada que caminaba hacia la barbilla.

Al grito acudieron Cocó, Martina, doña Chita.

-Mercedita quédate aquí que los muchachos no van a eso, le dijo su mamá y la niña se quedó muerta de curiosidad por ver al general Miches muerto, ya que lo conocía desde que nació.

-Los grandes son así, antes querían que yo fuera todos los días a decirle ción a papá Bombache y ahora no quieren que vaya a verlo porque dizque se murió ¿Y qué será eso?

El armón era arrastrado por cadetes de la Escuela Naval en uniforme de gala. El cuerpo del general había sido colocado sobre una gruesa madera de caoba preparada por Juan Julio Nolasco y Paíno Perdomo, dos grandes maestros que,

-Hubiéramos querido hacerle al general, don Enrique, el féretro más hermoso del mundo.

-Pues no, le dijo don Enrique, limítense a las instrucciones.

A los lados de la madera, había una madera colocada lateralmente, hacía arriba, de unas seis pulgadas, para si el cuerpo se rueda camino al cementerio. cuando el féretro llegó al atrio de la iglesia Alito, el Secretario Perpetuo del Ayuntamiento dijo que iba a dar lectura a la resolución del Cabildo que declaraba duelo de nueve días por la muerte del general y no sacó ningún papel sino que comenzó a cantaletear de memoria.

-Ayuntamiento del Municipio de Barahona: Considerando, como haría muchos años después ante el presidente Salvador Jorge Blanco y su esposa doña Asela, cuando fueran a dar el primer picazo para la construcción del aeropuerto internacional que traería bellas turistas rubias de ojos azules y apuestos mancebos que disfrutarían, para nunca olvidarlo, del placer de la navegación a vela, iniciada por Milcíades cuando Andrea inventó la vela, una madrugada, para ayudar a su hermano a navegar más rápido que lo que bogaba con los remos, en su afán por hallar el final de alcoiris donde hay un tesoro que hará feliz al pueblo que halle el tesoro lleno de oro, prendas preciosas, c'ijos, zarcillos y fabulosas riquezas como las que encontró Alí Babá, o más, siempre decía Eduviges y cuando Alito leyó, o mejor dicho, pronunció, de memoria, sin fallar ni siquiera en el momento de hacer las pausas para las comas, los puntos y comas y los puntos y aparte, el presidente Jorge Blanco sonrió y dijo:

-Ese es un secretario.

Luego el cuerpo del general Miches fue introducido a la iglesia en la cual había un seminarista recién llegado de Roma a quien Monseñor Arturo de Meriño iba a consagrar como cura.

-Pero no puede ser hoy, Octavio Antonio, porque hoy es el día de la muerte del general Miches y vienen el presidente y no sé cuántas personas más y hay que hacer una misa de cuerpo presente.

-Padre, pero yo soy de aquí y vine para que me consagren hoy y al entrar el cuerpo, Octavio Antonio, recién graduado de la escuela de Roma, participó en su primera misa ante un presidente, ahí comenzó su carrera en la cual después haría una gran labor sacerdotal y de cuidado de almas y vidas durante los tiempos en que Trujillo creía que era señor de vida y haciendas ¿Creía?

Las voces del coro de la catedral estuvieron magníficas. Nunca la exquisita voz de Casandra había cantado a capella sacando esas tonalidades graves, rotundas, delicadas como al responder a la delicada alondra que gorjeaba dentro de Ivonne Haza o a la fuerte y varonil voz de Arístides Incháustegui, mientras el coro de la iglesia llenaba su cometido acompañando a esas tres estrellas de la voz. Para ese día la Iglesia tenía las Mariquitas en primer plano, porque de acuerdo con la tradición, en medio de la misa un grupo de hijas de María, entre las que estaban Luisa Nolasco y Alba Gautreau, salió con las pequeñas estatuillas de vestidos multicolores y alegres, buscando a Jesús Resucitado, como los domingos de Resurrección, pero terminar al lado del cuerpo sin vida del general mientras las Hijas de María estallaban en llanto.

-Y se le coloca al lado del cadáver, óigalo bien, Segundo, decía el padre al sacristán, se le coloca la Madre Dolorosa.

-Sí padre Concha, le contestó Segundo.

El sonido nervioso de la campana de cristal trajo a Domitila presurosa y salió más rápido a buscar a Pascual.

-Para que le digas cómo van los preparativos que don Enrique se quiere ir para la Capital mañana temprano. ¡Ah! y no deje de ir adonde Ramoncito García para que me preste su plancha de sastre porque éstas de aquí están mocatas y no me dejan plancharle las camisas a don Enrique como para que pueda presentarse ante el presidente con ellas.

-¿Y las pastillas, Pascual?

-Es que don Lico todavía no ha abierto la farmacia.

-Pues tóquele por la casa que estos dolores me tienen... Es octubre. Se me revoltea la reuma ¡Búsqueme al doctor García Fajardo! pidió a Domitila quien primero no comprendía y luego pidió.

-Que me repita, porque no entendí ¿al doctor quién?

-Al doctor García Fajardo.

-Pero aquí nunca ha venido. Es más, yo creo que ese señor no ha nacido y ya usted lo está llamando. A quién podemos llamar es al doctor Veloz.

-¿Y a quién fue que yo pedí?

Al doctor García Fajardo, don Enrique.

-Es que sé que el hijo de mi amigo García de la Concha va a estudiar medicina y va a venir a curar a todos los enfermos de este pueblo y siempre va a ser un hombre valiente y de bien, pero a quien quiero que llamen es al doctor Veloz, que llegó el otro día de la Capital y ya tiene fama de médico sabio, porque fue él quien le pegó el brazo a Juan María cuando lo perdió en un pleito a machete por la vuelta de Peti Trou y le puso un ojo de vidrio a Luis porque dice que con ese ve mejor cuando le vayan a vender oro de la mina de Miches y tengas que examinarlo con un ojo de vidrio que tiene aumento.

-Entonces, don Enrique, mejor era cambiarle uno de sus ojos y ponerle uno de vidrio, con mucho aumento y el doctor también le dió una muleta al cojo Pérez, para que pueda caminar derecho y desdobló a la vieja Eladia condenada a barrer al frente de su casa durante el resto de su vida desde que se hizo un aborto.

-Porque ya no le voy a partir más hijos a este bandido de Negrito y el doctor le dió una escoba con el palo más largo y la vieja Eladia comenzó a caminar erecta.

-¡Ese doctor Veloz sí sabe! decía todo el pueblo y cuando don Enrique lo mandó a buscar quien vino fue Ramón Cordero Regalado quien le preguntó con su hablar medialengua.

-On Enhique e lo e ue iene?

-Las reumas, Momón, que me están acabando y don Lico no ha abierto la farmacia y el doctor Veloz no aparece. ¿En qué andas hijo?

-Aual e ijo e ue eaba malo, e enía unos olores uy randes en las oyunturas y yo ensé en arle un remedio e aprendí en Evicos, uy ueno.

-¿En qué consiste?

-Ue ae un e de ala adre, on os hojas, le one aja de ajo y res hojitas de limón, se toma ese é y se va acordar de mi.

-Don Enrique llamó a Domitila para que le tradujera la receta que había sanado a Guillermo Pérez, quien trabajaba con Cordero en el periódico El Momento que se editaba en la imprenta de Adrián Bidó y que esos tiempos dirigía el periodista e historiador J. Agustín Concepción, el hombre que elogió las sabias observaciones astronómicas y humanas de Milcíades en la búsqueda del camino más corto para llegar al final del arcoiris.

-Es un poquito de mala madre paja de ajo y dos hojitas de limón, don Enrique.

-Pues hazme el te en lo que llegan las pastillas, que uno se cura con cualquier cosa.

Los dieciocho alumnos de la escuela de Eloína Constanzo llevaban una tira de crespón negro sobre el bolsillo izquierdo de la camisa. Allí iban, con cara de que nunca romperían un plato, Felo Flores, quien luego sería famoso como experto en caballos de carrera y como abogado, Memei Mota Henríquez, quien comandaría brigadas del Ejército en los tiempos de la democracia, muchos años después de que desapareciera el general Lilís, José Antonio Constanzo, guerrillero, médico y luego Senador de la República, Neri Rodríguez que llegaría a ser controlador de la moneda en el Banco Central. Y Tommy, aquel largirucho desgarbado que hacía como nadie el papel de payaso en todas las fiestas patronales y ahora llevaba dos lagrimones cayendo incesantes durante el cortejo que conducía los restos mortales del último héroe del pueblo, antes de que llegaran los americanos en 1916. El cortejo dobló por la casa de los Bobadilla y a César le tocaría hablar ante el cadáver, en el cementerio, antes que el presidente pronunciara el discurso final, pasó, lentamente, frente a la casa de Alfredito Aybar quien junto al doctor Narciso Suberví eran

-Los únicos a quienes le permito que me curcuteen la boca con sus aparatos, decía el general Miches.

Don Joaquín salió con sus pequeños hijos a ver pasar el cortejo antes de unírsele.

-Diganmele a Beatricita que no se vaya detrás del entierro, que eso es para gente mayor y luego doña Beatriz contaría a sus amigas de la Mesa Redonda Panamericana, sus recuerdos del cortejo y del entierro del general Miches, cuya cabeza procerca iría al descubierto, cara al sol, como decía Martí.

-La mañana en que pasó frente a mi casa hacia el cementerio, en su último viaje, acompañado por todo el pueblo, delegaciones de todos los pueblos vecinos, algunos del Cibao, del Este, del profundo Suroeste, en un armón de caballería tirado por cadetes de la Escuela Naval, eso lo contaba doña Beatriz cuando su esposo, Carlos Goico Morales, era vicepresidente de la República y como la gente no tenía noticia de que se hubiera dado un entierro como ese no le querían creer.

-Pero fue cierto, si no lo creen pregúntenle a los Aquino y a los Nolasco, que vivían más abajo de mi casa y lo vieron todo y algunos hasta tuvieron la suerte de ver el entierro porque mi papá no me dejó verlo pues decía que yo era muy pequeña.

Los pajaritos de alas multicolores volaron raudos al escuchar las descargas de fusilería y los cañonazos cuyo eco se escuchó más allá de la loma del Cabao, donde había sido herido el general Lilís, ahora Presidente Heureaux, cuando un francés tirador le tiró a punto metió con el fusil americano calibre 73, de esos Winchester que luego se verían en las películas y fueron los primeros fusiles de repetición que llegaron al país. Hubo gente que se metió en el sótano.

-Vámonos ahora, que están tirando y no es de los molinos.

-Pero no puede ser el sargento Lucas, comentó Tatica, la que vive en Las Mercedes, ese asesino que acecha la gente que cruza por la Luperón y le dispara, de noche, con un fusil que nunca falla.

Los disparos rompieron el silencio y la solemnidad de la ceremonia que fue seguida por un toque de silencio que se escuchó en todo el pueblo.

-Queridos hermanos, comenzó el Presidente, estamos aquí para despedir los restos mortales de un hombre que sólo usó el valor para luchar por la Patria y para ayudar a los demás. Los hombres como él contribuyen a que la vida sea un tránsito menos duro y más llevadero, porque sirven de ejemplo a la gente de su generación, a quienes conviven con él y a las generaciones del futuro. Jamás se podrá decir de él que no acudió al llamado de la Patria. Siempre supo usar el poder que tenía y las tropas bajo su mando, para hacer justicia, nunca para atropellar. En una época en que cualquiera se convertía en general, el general Miches ganó sus galones dorados en los campos de batalla y siempre fue el oficial que hizo más prisioneros pues no acostumbraba a fusilar a los prisioneros de guerra, porque sostenía que a los presos no se les atropella y a los hombres agarrados no se le dan golpes.

Fue respetado por amigos y enemigos, querido por muchos y no se tiene noticia de que fuera odiado por nadie. Hizo más favores de los que cualquiera de nosotros puede hacer, porque siempre me decía que había aprendido en la Biblia que lo que hace la mano derecha no debe saberlo la izquierda. En cualquier pueblo, en cualquier batallón, en cualquier campo, uno puede hallar gente que llorará la muerte del general Miches tan pronto como se entere de que el equilibrio entre la fuerza y la razón, la batalla y la negociación, el valor y la cobardía, ha muerto.

Nadie como él tuvo méritos para aspirar al mando supremo de la Nación y nadie le conoce que haya tenido esa aspiración a la que tenía legítimo derecho por sus luchas en favor de la Patria.

La única vez que no estuvo del lado de la República, durante la Guerra de Restauración, tampoco luchó contra los patriotas que arriesgamos nuestras vidas porque la Bandera Nacional volviera a ser izada hasta el tope en todas las astas del país.

En esa oportunidad el general Miches se limitó a gobernar su provincia, sin hacer uso de los profundos conocimientos de los

hombres para denunciar a ninguno de los que se fueron a luchar al lado de la Restauración. A más de uno de sus compadres, y aquí hay muchos acompañándolo en su último viaje, les dijo:

-Sé que usted se va para la guerra. Me dijeron que se va para donde el general Luperón, que tenga éxito, y no olvide que aquí está su amigo y compadre que nunca alzaré las armas contra la República, pero siempre será leal a sus amigos y mi amigo es el general Pedro Santana.

-Ese era un hombre. Ese es el hombre a quien hoy entregamos a la madre tierra: serio, buen amigo, leal y valiente.

Pelotóóóóón, preparen, armas, apunteeeen fuego...

Y las últimas descargas de la tarde se confundieron con el vuelo de los querebebés que se volvieron locos por el ruido y golpeaban las campanas de la iglesia que parecían tocar a rebato.

-Así, don Enrique, quiero yo que enterremos al general Miches porque luego nadie se va a ocupar de mi entierro y yo quiero, también, que le toquen la Bella Cubana, porque a él le gusta mucho y recordó una vez que el general Miches me visitó en la Capital y lo llevé a un concierto donde tocaron la Bella Cubana y Pepé Echavarría tocó la flauta, Morito Sánchez el violín y hubo un Concierto de Aranjuez en donde Chichí Damirón se la lució tocando la guitarra.

-Siempre me hablaba de ese concierto, presidente, y me dijo que también tocaron la Seibanita de Julio Gautreau.

-No, don Enrique, eso fue en otra ocasión. Pero tóquemele la Bella Cubana en el momento del entierro.

-Ocurre, presidente que tuve amores, tuve amores con Loreta, mi corazón mi corazón yo lo dí.

¿Y quién era, general Miches?

-Una cubana que vino con sus padres a San Pedro, a fundar un ingenio.

-Y yo quiero que usted se me vaya ocupando de los arreglos para el entierro porque sé que el general Miches no va a durar mucho, don Enrique y para que no haya dudas de su autoridad en la provincia usted queda nombrado, ahora mismo. Don Telo tráigame el libro de los decretos y escriba ahí, Gobernador Civil y Militar de la Banda Sur, que comprende toda la zona que va desde la punta del Macao hasta la frontera con Haití, por debajo

de la cordillera Central, sin incluir la Capital, para que no hayas dudas, don Enrique, porque la Banda Sur es una cosa y el Cibao es otra, totalmente diferente don Enrique.

El presidente recibió la noticia de que el general está en la últimas

-General, eso fue lo que me dijo don Enrique, dijo el mensajero. Ya él ordenó que acuartelaran las tropas, apresaron a todos los pájaros y los metieron en jaulas.

-¿Para qué?

-Para que su canto no inquiete los últimos días del bravo soldado. Les pusieron bozales y los caballos y la gente no puede cruzar por el lado de la casa del general, para que sus pisadas no perturben su sueño de anciano patriota cuyo pecho lleno de medallas merece respeto y la admiración hasta de los que piensan con la cabeza en extranjero.

Don Enrique mando a preparar

-Cien becerros de los más rendidos, que los vayan matando para que unos los tasajeen y los pongan a secar para que luego sirvan como cecina y la otra carne la conservan fresca, comprando hielo donde los Mota o donde Tomasito Otto, para cuando vengan el general y sus tropas.

-¿A qué vienen? preguntó Domitila.

-Al entierro del general.

-Y comenzaron a preparar doce docenas de puercos para asar en puya, porque uno no sabe cuántos días va a estar el presidente pasando inspección a la provincia y entonces sería un ridículo que a la hora de comer uno le salga diciendo que no está preparado.

Cortaron un conuco de plátanos y levantaron otro de yuca. Las mujeres pasaron una semana pilando el arroz en la parte baja de la casa.

-Uno no está seguro pero dicen que de esas piladas de arroz fue que Cristobalina quedó preñada de Cristino, el atrilero de la Banda de Música.

-Pero si ahí nada más iban mujeres.

-Sí, pero ¿usted no ha oído? a loco me metí la mano a loco volví saqué.

Los grandes calderos fueron pedidos a doña Isolina, la mujer de Pabón y fueron al cruce de El Pintado un grupo de jinetes a

buscar los relucientes envases en los cuales borboteó la carne durante los nueve días que pasó el presidente asistiendo devotamente a cada una de las misas y rezos que le hicieron como rogativas a Dios para que recibiera el alma del general Miches.

En esos tiempos fue que salió el famoso mabí-champagne de El Seibo, porque los soldados del general tenían sed y no había qué darles y entonces los Gerónimo se inventaron esa bebida que rivaliza con el espumoso vino francés.

Nueve días en los que los pájaros trinaban quedo, los mosquitos dejaron de volar y el pueblo entró en una Semana Santa que duró más de una semana, porque el general, digo el Presidente, ni siquiera se pone las espuelas de plata para que no suenen cuando camina.

-¿Y la espada?

-La espada no suena, no seas bruta, mujer.

Los soldados no disparaban los fusiles vacíos al terminar de limpiarlos.

Como la carne estaba cortada en trozos no había necesidad de hacer bulla al cortar los huesos, todo había sido fielmente llevado a cabo como quería el Presidente cuando instruyó a don Enrique sobre las ceremonias que habían de efectuarse a la muerte del general Miches.

-Porque quiero que tenga el entierro que yo no voy a tener, ni tampoco Trujillo, don Enrique, porque a los presidentes como yo la gente los aplaude y dice que los quiere mientras están vivos, mientras están en el poder, pero luego comienzan

-Yo estaba obligado y no me atrevía, lo que pasa es que ese hombre era muy malo

-Y dizque nadie estaba con uno y uno se pregunta ¿cómo es posible que estuviera tanto tiempo en el mando si nadie lo respaldaba? Y ahora yo, que estoy aquí, vivo, hablando con usted, pensando en lo que pasará cuando me muera le diré que a mí sólo me interesa el bien de la República como yo lo entiendo y como yo soy quien tengo el mando las cosas se harán y se hacen como yo diga, porque yo no voy a escribir la historia y la historia no se escribe con palabritas bonitas y pendejadas sino que la gente va a decir que Lilís fue quien hizo el ferrocarril y la avenida 27 de Febrero, sin importar las quejas de la gente que tiene que ser

desalojada para que pase por ahí la avenida y los coches puedan desplazarse con mayor facilidad y rapidez. Lo que importa para la historia son los hechos, no las palabritas bonitas.

-Pero hay otra gente que dice que la mejor obra que se puede hacer es respetar la opinión ajena, reparó don Enrique.

-Esas son pendejadas de europeos y americanos, don Enrique, aquí no estamos preparados para esos, aquí hay que gobernar como le he dicho, con un guante de seda para los amigos y para quienes se porten bien y a veces uno se quita el guante y le enseña a los enemigos que debajo del guante hay una garra de hierro que se cierra implacable sobre la garganta, porque al Presidente hay que respetarlo, don Enrique, y si usted no se hace respetar lo tumban y ponen otro que le da a uno muchísimas patadas en un sitio que se hizo para sentarse, no para recibir golpes.

Por eso es que quiero ver, ahora, el entierro que yo quisiera para mí, don Enrique, prepáremelo bien, que voy a pasar los nueve días con sus noches rezando por el general, para que el país sepa que ha perdido un hombre bueno y valiente, serio y leal, como quedan pocos. Y si le hacemos todos los honores el pueblo comprenderá, sobre todo los jóvenes, que hay que vivir con rectitud para poder tener un entierro al que asista todo el pueblo compungido.

-General ¿y qué hacemos con los que no quieran ir?

-Aquí hay que hacer lo que el presidente hace y si a la muerte del general Miches algunos no quieren ir tienen que sentirlo aunque sea por orden superior, ¿me entiende?

-Sí señor, dijo don Enrique.

Birán volvió a correr, le dijeron a don Enrique.

Primero los muchachitos se fueron a jugar a los barquitos echando pequeños trozos de madera al agua para ver cuál llegaba primero a la meta. Jugaban mangos, pomarrosas, cajuiles, hicacos...

-O mejor vamos a jugar ese anón contra este guineo.

-Néquete, dijo el otro mientras golpeaba la palma de la mano izquierda con el puño derecho cerrado y el dedo mayor erecto, señalando el cielo.

El agua seguía bajando por el cauce del río Birán, por el cementerio, por los patios de las Lember y por el de doña Nieves, por debajo de la casa de doña Ninina, por delante de la casa de Emilio Feliz y se iba hacia el mar, que parecía crecer con el agua que ensuciaba el azul de tonos suaves de la orilla. Luego Birán trajo ramas de árboles y pencas de cocoteros y todo el pueblo escuchó cuando la casa de putas de Colasa se resquebrajó, como si le sacaran los clavos.

-Se desbarató entera, decía la maipiola.

Y bajó, la casa, por el río cuyas aguas crecidas ya habían dejado de ser lugar de juego para los niños.

-Mira allá, cógeme esa coqueta, gritaba la mamá de Chamberlán y algunos muchachos que nadaban como peces se arrojaron a las aguas turbulentas del río Soco, que tenía una crecida mayor que la que produjo después que el presidente se marchó, cuando el entierro del general Miches, y ahí fue donde se ahogó Sucre Féliz, no Sucre se ahogó en Pescadería, y fue en el río Yaque, esa es otra historia.

Las camas de hierro de las mujeres bailaban al compás de la fuerte corriente que bramaba como un animal amarrado. Sólo algunos valientes nadadores expertos probaron a tirarse a las turbulentas aguas por las cuales bajaron todos los muebles que servían para decorar las noches de amor pagado que se vivía en

la casa de putas de Colasa.

-Ahí sí que había cosas finas, contaba Emeteria muchos años después comentando que hasta nombres de países extraños aprendí cuando me dijeron que si aquello era de cristal de Murano y lo otro porcelana de Sevres.

A lo que atinó Melquiades fue a tirarse al agua para coger tantas botellas de romo y de whisky y de cognac que pasaban por el agua.

-Pero no pude coger ninguna porque tenía un preñi que pa que te cuento.

Después comenzaron a cruzar muebles y trastos viejos de las casas que habían construido en el cauce seco del río Birán que reclamó su camino para llegar al mar durante las grandes lluvias antes de cuyo final don Enrique se convenció de que debía irse a la Capital.

-Allá no está lloviendo Domitila y me voy a curar de la reuma esta, a menos que no lleguen las pastillas de don Lico y el te con el remedio que me dio Cordero Regalado.

Cuando el grueso tronco se atacó en la cañada que pasa por el patio de doña Nieves, don Enrique mandó a buscar al maestro Pedro Vargas

-Qué es lo que pasa, maestro. Ya hace diez días que está lloviendo y no para de llover.

-Sí, don Enrique llueve y no para de llover y recordó el maestro los versos de Luichi Torres que decían esta tarde ví llover, vi gente correr y no estaba tu.

-Esos versos son de Manzanero, dijo Domitila.

-Y el maestro dijo que le habían dicho que eran del poeta Torres.

Don Enrique recordó que el poeta Torres se había ido para la Capital justo el día antes de que comenzara la lluvia.

-¿Qué desea, don Enrique?

-Pedro, que me investigues si esta lluvia va a continuar y hasta cuándo.

El maestro lo primero que hizo fue ir donde el coronel Garnes a ver el barómetro que había en la estación situada en casa del coronel.

-Don Enrique, la lluvia sigue.

El gran tronco fue la primera señal de que la parte baja del pueblo se iba a llenar de agua. Se trabó en la cañada no se sabe si debajo de la casa de doña Nieves o antes, pero las casas comenzaron a verse menos. Primero dejaron de verse los pilotillos sobre los cuales estaban montadas. Barón Canario comenzó a llegar al pueblo en su yola y a entrar a su casa por la ventana, luego tuvo que mudarse porque se le habían perdido los instrumentos de navegación cuando el agua cubrió la casa por completo y entonces dejó de ir porque no podía ubicarla. El agua continuó subiendo hasta que llegó a los alrededores de la plaza donde estaban el Ayuntamiento, la Oficina de Correos y la Sala de Socorros donde el doctor Veloz ordenó que alojaran a toda la gente que había perdido su casa. Birán arrastró todas las casas que habían sido construídas en su antiguo cauce porque hace años que este río no corre.

-Como esta tierra no es de nadie vamos a construir aquí el mejor café de putas que haya en todo el pedazo para que hagamos el gran negocio, Colasa, le propuso Boca de Jarro.

Y alrededor del café fueron creciendo casas que aparecían como yerba mala, y los negocios de frituras y lavanderas, colmaditos y kioskos para vender verduras, rodearon el café hasta el día en que Birán regresó a buscar su cauce y se llevó todo el nuevo pedazo de pueblo que se había levantado en torno al negocio de la prostitución instalado, por primera vez en el pueblo, cuando llegó la mulata Colasa que encadilaba los ojos de los hombres más serios con el suave vaivén de su caminar y con el movimiento de sus abultadas nalgas que parecían una invitación al amor.

Lo que más molestó a don Enrique

-Fue cuando Domitila me subió los zapatos a la parte alta del armario.

-Para que no se mojen, don Enrique, porque ahora todo tiene una lama verde pálida y maloliente que no quiero que se le dañe la ropa.

-Entonces sacaste toda la ropa del armario y la apilaste ahí y eso se muy feo.

-Don Enrique aquí nada más entramos usted y yo.

-Como quiera. No me gusta. Me gusta que todo esté en su

sitio. Por cierto que no me has dicho, pásame la campana, ¿dónde está Pascual? Nos vamos mañana para la Capital y todavía no están arreglados los baúles.

-Es que están buscando carbón seco en el almacén a ver si terminamos de planchar la ropa, don Enrique, esto no está fácil. Todo está húmedo y rebaloso.

-Hasta el piso, pensó don Enrique, hasta el piso.

Cuando las aguas pasaron la casa de Carlos Lassis, don Enrique resolvió que ya era demasiado.

-Esto se parece al diluvio, Domitila y yo quiero que tu y yo nos salvemos. Vámonos de aquí repitió.

Barón Canario fue el primero que usó una yola para trasladarse en el pueblo. Después que el río se botó de madre, traspasó los límites de la última gran creciente de la que se tuvo noticias que sólo aparecían en la historia de Matías Ramírez Suero, se juntaron todas las aguas del pueblo de modo que no había manera de distinguir cuáles eran de qué río y cuáles eran de qué cañada o cuáles eran del mar, porque todas las aguas se habían juntado y eran una sola agua sucia, amarilla, llena de reses muertas y grandes troncos cuyo paso por las calles y callejones del pueblo derrumbó casas y se llevó gente que nunca más apareció. En uno de esos troncos fue que se montó Cara de Cachimbo, con su guitarra y su canto, con su botella y su alegría y nunca más lo volvimos a ver.

La lluvia primero comenzó a correr a pequeños chorros que los muchachos cruzaban de un salto mientras apostaban a cuál pedacito de madera o barco hecho con un cuesco de coco iba a llegar primero a la meta.

Después, los muchachos no podían cruzar las pequeñas venas de agua de un solo salto y tenían que cruzarlas con el agua a las rodillas, luego nos llegaba a la cintura, más tarde hubo que cruzar con los brazos alzados.

Cuando hubo que nadar para cruzar los pequeños hilos de agua que se formaron con las primeras lluvias, los mayores decidimos que era el momento de usar las yolas. Entonces fue cuando empezó el problema de Domitila que no hallaba

-Una sola camisa don Enrique que no tenga esta humedad y esas manchas verdosas que se van poniendo negras.

-Domitila, lo peor es el vaho a húmedo, a libro viejo guardado en una biblioteca que no se usa, a gaveta no abierta, qué sé yo a qué es que huele la ropa.

-Eso mismo pasa con la comida, todo se está dañando con la humedad. La sal se empegota. No hay nada seco en la cocina. Los pisos están rebalosos, cuidado don Enrique.

-Recuerda que tengo mi bastón.

-Sí, pero de todos modos es peligroso. Yo no sé para qué usted puso ese piso de piedra.

-Concreto, Domitila.

-Concreto. Bueno, don Enrique, pero es duro como la piedra y resbaloso como nada. Si fuera de madera, como los otros.

Cerraron la escuela. Los músicos dejaron de ensayar. El cura no pudo dar más misas porque la iglesia se llenó de agua hasta la altura de la parte baja del altar.

-Debemos decir una misa de campaña en la explanada de frente al cementerio, dijo el cura y todo el pueblo acudió al lugar el día fijado y a la hora predeterminada.

Don Enrique tenía una capa de agua que nunca nadie en el pueblo había visto una ropa igual, que impedía que el agua lo mojara. Muchos tenían sombrillas y otros contaban sólo con la gracia de Dios, porque carecían de algo

-Con qué protegerme de la lluvia que continuaba cayendo como si lo natural fuera que el cielo siempre estuviera sudando o llorando o escupiendo líquido.

No pudo usarse el incienso en la misa de campaña porque el agua apagó el incensario. La lluvia no aminoraba ni arreciaba, caía con una velocidad constante, única, ni más ni menos, igual. Cuando a una beata le dio un mareo porque no había desayunado para comulgar en la misa del cementerio.

-Mis hijos, a ver si Dios nos oye y nos ayuda y ordena a San Isidro que quite el agua y ponga el sol, cuando la mujer cayó en brazos del sacristán, un hombre dijo:

-Le entró el mal.

Y otro comentó:

-Pero si aquí no se sabe si el mar entró al pueblo o el pueblo entró al mar.

Muy diferente ocurrió cuando el mar entró en Matanzas y

Matancitas, sepultando a esos pueblos de los cuales sólo se veía la parte superior de la torre de la iglesia y el arzobispo Pittini resolvió decir una misa de campaña en el parque Ramfis, en la Capital y a una beata, que quería comulgar le dio un mareo por el hambre y un capitaleño con su habla peculiar de cambiar la erre por la ele dijo que a la mujer

-Le entró el mal y los que lo escucharon repitieron

-Está entrando el mal

-Que entra el mar

Y como el mar había entrado en Matanzas y Matancitas cuenta Armando Suncar:

-La multitud se desparpajó, en un minuto, muchacho, en un minuto. Hubo gente que se paró de correr en Villa Altagracia, porque el huidero fue tal que hasta en vehículos se fueron buscando la cordillera porque ahí no va a entrar el mar,, pero aquí es diferente, ahora, porque se unieron el mar y las aguas de los ríos y las aguas que han formado un brazo de mar o de río con la parte baja del pueblo y amenazan con seguir pueblo arriba.

-Yo lo que recuerdo fue que cuando me fui a levantar, un día, en vez de hallar el piso bajé de la cama al agua y en vez de ropa me puse el traje de baño con el cual ando desde ese día, dijo Vinicio Zafra quien fue imitado por todos los muchachos del barrio quienes se dedicaron a caminar por el pueblo con su traje de baño.

-Porque al fin y al cabo va a seguir lloviendo y la ropa tiene un mal olor que nadie se la va a poner, decían los muchachos.

Cuando el agua llegó a la puerta del almacén de cacao de don Enrique, el grano fue enviado, todo, en un viaje especial de la Julia, para el almacén de Luis Delmonte, en la Capital.

-Que me lo guarden hasta que se pueda embarcar hacia el exterior o veamos qué se puede hacer con él, porque aquí se va a dañar si se moja. Y don Enrique no hallaba dónde tener almacenado el arroz porque le había dicho Manolo Fernández que si se mojaba iba a repollar y yo quiero ese arroz para venderlo, no para planta. Y metió cientos de sacos de arroz en el soberado, porque él era el único que tenía provisiones para vender y la gente tenía que ir a su almacén a buscar la comida cuyo precio subió porque nadie tenía qué vender y los marchantes no venían con sus

burros porque se les ahogaban las bestias y las corrientes de los ríos no les permitían pasar.

El único que siempre llegaba a casa de don Enrique era Cristino quien venía a traer la leche de la finca y los cuentos de las vacas que morían de sed, recostadas en los palos de piñón, don Enrique, o aquella que mugía acostada en el piso, entre el polvo, abriendo la boca y mugiendo como su fuera un niño que pidiera la teta de la mamá.

-Ofrézcome a Dios, don Enrique, eso parte el alma, decía Cristino. Esa seca está acabando.

-Mate las vacas que se vayan a morir para que las vendamos en el pueblo, dijo don Enrique. Y lléveme las otras para la loma a ver si hallan algunos pastos aunque sean secos.

-Todos los días Cristino traía un cuento nuevo, se acabó el agua de Cañá Francisca.

-¿Y por Matencio?

-También se secó el río, don Enrique.

-¿Y el Soco?

-Ahora se pasa a pie, como el Masacre de Freddy Prestol.

Domitila le propuso al padre que organizaran la procesión al Charco de las Madres y desde ese día, hace más de dos meses, comenzó una lluvia que ni arrecia ni aminora y parece como si nunca fuera a terminar.

Don Enrique salió en su quitrín durante los primeros días de las lluvias.

-Estas lluvias son buenas, Domitila, crecen los pastos y habrá comida para el ganado, los campos reverdecen y suben las habichuelas y el maíz, los plátanos engordan y las gallinas hallan qué comer. Esto es una bendición de Dios, decía los primeros días. Después del quitrín no podía caminar por la mayoría de las calles del pueblo y don Enrique ordenó que se lleven el caballo para el campo no vaya a ser que lo ahoguen las aguas.

-Lo que más disgusta, Domitila

-Si señor.

-¿Por qué esta maldita camisa no se mantiene?

-Don Enrique, las aguas, es que el almidón se mantiene flojo después del planchado cuando hay tanta humedad.

-¿Y no se pueden planchar con cera?

-Si señor, don Enrique.

-Y prepáramelo todo que quiero irme de aquí antes de que me convierta en pez, porque al paso que vamos todos tendremos que bogar o nadar para desplazarnos.

Casas, muebles y trastos de cocina se conseguían navegando por las estrechas calles del pueblo. La gente había perdido el deseo de conseguir sillas, sillones, camas, cachivaches de cocina, todo se lo llevó el agua que caía monótona, constante, día y noche, noche y día, siempre, como si la naturaleza hubiera resuelto cambiar y en vez de noche y día, sol y sombra, sólo hubiera un tiempo: lluvia y esa claridad semioscura del tiempo de lluvia.

Cuando las ubres de las vacas se pusieron tan resbalosas.

-Don Enrique, que no se pueden ordeñar

-Cristino, póngase a trabajar que usted siempre tiene una historia, baje el lomo, baje el lomo.

-Don Enrique es que las ubres tienen untada vaselina porque no hay quien las apriete, se le escurren a uno de las manos.

-Domitila, dijo don Enrique, mete la ropa en los baúles que nos vamos para la Capital a ver al Presidente, pero no se lo digas a nadie porque entonces vienen los pedigüeños con el rosario de sus pedidos y la letanía de sus quejas, tu sabes como es. Apura a Pascual y mándale a decir al capitán de La Julia que me espere que mañana nos vamos. ¿Oíste Domitila?

-Si don Enrique, lo escuché.

Los últimos tiros se oyeron por Los Hoyitos, nadie supo nunca quien los tiró porque se dice que el rifle lo fundieron donde los Arriaga para que las tropas triunfantes no lo pudieran descubrir y como los Arriaga convierten el hierro en líquido pero también el líquido en hierro da lo mismo tenerlo guardado allá porque a la hora de la revolución es muy fácil conseguir un fusil y en el peor de los casos se le quita al enemigo. El pueblo entero cerró las puertas. Sólo algunos curiosos tenían una que otra hoja entreabierta.

-Trujunta, Domitila.

-Pa cuando vena el nuevo hombre, decía Cristino. Poque yo teno que sabé quiéné pa cuando me pida la leche cuando yo vena de campo poque mur bueno sei don Enrique, aquí en e pueblo y jefe,

pero ¿p'eso campo? ju.

-La guerra duró dos meses y 21 días, contaba Alejandro a los niños del pueblo después que se convirtiera en el historiador de los acontecimientos pasados, pero los adultos siempre decían que las historias de Alejandro eran falsas porque Alejandro era loco.

Uno le preguntaba.

-Alejandro ¿qué día nació yo? y lo miraba y le respondía.

-Tú eres Vinicio Beras Peña, el hijo de don Mon y doña Adosinda y naciste el 10 de diciembre de 1936.

Y todos los muchachitos asombrados porque también le decía la fecha de nacimiento y los padres a Eduardito Chain y a Kaki Mayo y a los mellizos Hitler y Mussolini Fatule y a los mellizos Manuel y Rafael Justo Duarte.

-Y eso, les decía a los últimos, que ustedes nacieron por el Cibao, pero yo me lo sé todo y miniminiún, tía Antelia y terminaba retirándose con su caminar de pasos largos, su eterna gorra cuyo color marrón había cambiado hasta tornarse indefinible y un montón de recuerdos de hechos y batallas, acontecimientos y rumores que lo convertían en la mejor fuente de noticias del pueblo.

-Porque los viejos nos viven acomodando la verdad pero Alejandro no tiene pelos en la lengua ni nadie ni nada que cuidar, por eso cuenta las cosas como son.

-En el pueblo se acabó la comida, decía Alejandro mientras los niños lo rodeaban en la esquina de la barbería de Juan Antonio.

-¿Se acabó la comida?

-Sí, la guerrilla no dejaba entrar nada, ni plátanos, ni carne, ni leche, nada. Sólo había un poco de pan donde Juan Antonio, porque don Carlos se había ido para Azua antes de que se armara la guerra y Juan Antonio se quedó con la panadería y para conseguir el pan era una lucha.

-Porque todos quieren que les venda más del que se van a comer, para guardarlo, Nene, pero no les dejes pan de más, tu sabes lo que compra todo el mundo.

-Ni siquiera a usted, doña Rosario. El maestro no quiere que acaparen, porque don Enrique nada más da un saco de harina todos los días y de ese saco es que estamos haciendo todo el pan y algunos experimentos.

En esos días fue que Nievécita Piñeyro hizo un pudín de guineo.

-Para que no se dañen, Julio, porque después no vamos a tener qué comer.

-Y dicen que don Enrique sí tenía comida, continúa Alejandro, porque él tiene un trato con Belcebú.

Los niños se persignaban, miraban para todos los lados y nunca faltaba quien dijera.

-¡Ave María Purísima, sin pecado concebida, María Madre de Gracia, Madre de misericordia, en la vida y en la muerte, ampárame gran señora!

Y Alejandro terminaba de besar la cruz que formaba con sus dedos y seguía.

-Los tiros ni se oían, la guerra era lejos del pueblo, pero uno se daba cuenta de cómo iba la cosa al contar las patrullas.

-¿Cómo así, Alejandro?

-Bueno, por la mañana iban quince, por ejemplo, y en la tardecita regresaban 12 y un herido ¿Qué pasó, dónde quedó el otro? Otra manera que yo tenía de enterarme era que me iba a la Sala de Socorros y ahí veía al doctor Veloz curando a los heridos y Pomó enterraba a los muertos del gobierno por la noche.

-Para que la gente no se entere, le decía el comandante a don Enrique, porque usted está con nosotros pero ahora necesitamos hombres, jóvenes y fuertes y usted tiene que ayudarnos. háblele a la gente para que nos den sus hijos para que defiendan la situación.

Cristino llegó al pueblo, al fin, y le dijo a don Enrique.

-Las patrullas del gobierno no pueden pasar los confines del pueblo. Todo está rodeado. Esa gente tiene gente, armas, valor y muchos tiros para pelear. Dicen que cambiaron el gobierno en la Capital ¿con cuál estamos, don Enrique?

Muchas familias que tenían hijos en edad de pelear fueron avisadas por don Enrique para que los mandaran a unirse a la guerrilla.

-Porque ya estamos triunfados, mandaba a decir a un compadre, a otro que le debía dinero, a los que le debían favores.

-El pueblo se está quedando vacío, don Enrique, le comentó el comandante en una visita, no ha venido nadie a unirse a la

fuerza, nos están dejando solos ¿Quién va a defender a las mujeres, a las autoridades, a los niños? Se han ido todos los hombres y ni siquiera hay comida.

Cuando el olor a carne caminó el aire todo el mundo fue al mismo sitio: la fritura de Herminia y cuando quisieron comprar

-De ese conejo que huele tan rico, Negrito Alix salió de la cocina, muerto de risa, y trajo un cuadro titulado: El sacrificio del gato.

A poco en todas las casas se dedicaron a la cacería de gatos y de ratones hasta que el pueblo quedó más limpio de gatos y de hombres que cuando Hamelin sufrió el paso del flautista.

-Don Linero que dice mi madrina que le mande una poquita de miel de abejas que no hay azúcar.

-Dígale que se acabó, que ya no queda nada, ni miel, ni tomates, ni frutas.

En el almacén de don Enrique tampoco hay nada.

-¿Y dónde Pedro Castro?

Tampoco. Quien tenía un poco de cacao era Pedro Mercedes y no sé si se le acabó.

El olor a carne de gatos y ratones llenó el pueblo, pero al otro día no había qué comer. Entonces fue cuando los turcos comenzaron a buscar yerbabuena y enseñaron cómo se come el trigo crudo, pero también se acabó.

Cristino volvió a entrar y a salir del pueblo. El comandante se puso chivo, pero no dijo nada. Recordó que cuando el tenía el pueblo sitiado el mismísimo Cristino le llevó un toro en su punto y le dijo

-Don Enrique se lo manda, general, para que usted vea que él está con usted, y que me pida lo que necesite, que no hay problema, general.

-Dile que pase, al comandante, dile que pase para que se tome una taza de café conmigo. Si. Aquí en el comedor íntimo, Domitila.

Tenía el rostro surcado por innumerables rayas y verdugones.

-Recuerdos de muchas batallas, don Enrique, había explicado el día que entró al pueblo con sus tropas victoriosas, nadie recuerda ya cuánto tiempo hace. Es que aquí hay que pelear por cualquier cosa, por quítame esta paja se arma una guerra y los

hombres de armas lo único que sabemos es pelear. Además, don Enrique, es más fácil pelear y disputar que sembrar y esperar a que crezcan las matas y florezcan y comiencen los frutos y uno tiene que esperar y trabajar. Es mejor pelear, don Enrique, en el reparto de los trabajos a mi me tocó el de pelear.

-El caballo del general caracoleó en la entrada del pueblo, recuerda Alejandro mientras cuenta a los niños del pueblo la verdadera historia, no la que acomodan, relinchó, se paró en dos patas y los cascos cayeron rompiendo el silencio. Todas las puertas cerradas, las cortinas de las ventanas corridas, sólo algunos se atrevían a trujuntar las suyas.

-¿Y no había resistencia dentro del pueblo?

-Si, dijo y dura, desde los dos puntos más altos de pueblo comenzó un tiroteo de verdad, el único que oímos en el pueblo, antes de la batalla final sólo se escuchaban tiritos aislados, como los tiros de cazadores en tiempos de veda, pero no, a lo último fue un pleito de fiesta de campo a lo oscuro, con la puerta cerrada. De la fortaleza y de la torre de la iglesia tiraban a la guerrilla con todo lo que tenían. La fortaleza cayó primero, tu sabes que es fácil, tiene cómo llegarle por el río, por el camino de Miches, por la curva, por el pueblo. Pero la dura fue cuando el general quiso tomar la iglesia. Los empleados del gobierno, los que estaban con la situación, se refugiaron entre la torre de la iglesia y el techo, desde allí dominaban todo el pueblo. Los ayudaban las plazas que rodean la iglesia y, además, en esos tiempos bajaban dos pesadas pesas que impedían la entrada a la torre de la iglesia porque no había forma de abrir la puerta si no alzaban las pesas. En esas peleas pasaron muchas cosas.

-¿Quién dirigía las tropas de la situación?

-Isidro Bobadilla.

-¿El músico?

-El mismo. El papá de Tonito. Hombre guapo. La batalla se perdió cuando

-Mataron a Isidro, mataron a Isidro! se corrió de la voz y todos salieron de la torre, del techo a ver a su comandante tirado, cuán largo era, en el lado oeste de la iglesia.

Porque nunca quiso subir a parapetarse al amparo de los muros de la edificación o entrar a cubrirse dentro de la iglesia,

sino que dirigió sus tropas desde abajo, peleando como un macho.

Después fue cuando supimos que la bala que sacó a Isidro de la pelea fue disparada por un cibaño desquitándose lo que hizo un seibano a Siño Ambrocio, aquel que le tiró una bala que cuando el valiente Siño dobló una esquina, la bala también, subió una jalda y la bala atrás, dobló una esquina y la bala atrás, hasta que se metió en la iglesia y la bala se quedó dando vueltas frente a la puerta principal zumbando, zumbando. Zumbando en círculo. Esperando que saliera Siño Ambrocio pero la bala que mató a Isidro no zumbó, ni dio vueltas, porque él estaba afuera de la iglesia, pero se la disparó un cibaño para desquitársela y la bala le cortó la respiración a Isidro quien cayó como muerto.

-Entonces sus tropas se desmoralizaron, porque habían perdido a un jefe tan valiente, contaba años después don Antonio Ramírez, azuano que se asebanó, no sin antes pelear en todas las guerras de Concho Primo, cuando los americanos y convertido después, gracias a su amistad con el Jefe, en Gobernador Vitalicio de la Provincia.

Cuando Isidro despertó y recuperó la respiración, al volver en sí, ya estaban presos y derrotados.

-Ese día fue que murió Malapunta.

-¿Y no fue en un duelo?

-No. Le preguntó al general Zenón Obando si era él quien había disparado contra Manuel y Zenón desenfundó el revólver y le dijo:

-Huele. Huele que yo no he disparado.

Cuando Malapunta se acercó al cañón del revólver se produjo el ruido del trueno más grande que hubiera escuchado en su vida, porque fue lo último que oyó antes de que la bala repartiera sus sesos desde el piso hasta el techo de la iglesia.

Las puertas de las casas permanecían cerradas.

-Trujuntas, decía Cristino, nadie qui'e se'l primero en salí.

La voz corría de patio en patio, cruzaba por los callejones, pasaba las calles sin que hubiera mensajeros:

-Hay que esperar a ver lo que hace don Enrique, decían, ese es el hombre, vamos a ver qué hace porque si él fracasa, fracasa el pueblo.

El silencio no era roto por nada. Algunas jamonas

resolvieron:

-Darme un baño de rosas, después de un baño de cola de bacalao, de espaldas.

-¿Y con cuáles colas, si no hay ni bacalao, ni arenque, ni comida?

-Pues me doy un baño de rosas a ver si me hallo un soldado de los de la nueva situación, porque si es contando con los hombres de aquí no voy para ningún lado. Esos pendejos son como ciegos, dejaron que pasara el tiempo cuando era un pimpollo, un botón de rosa, una promesa de amor. Luego me convertí en una mujer ansiosa, pensando en las otras y en que yo también tenía derecho y al principio bajaba los ojos al encontrarme con un hombre, porque eso fue lo que me dijo mamá y lo que hacía abuela y la abuela de mi abuela, pero después cuando iba para la iglesia le picaba los ojos a los hombres y no sé si era porque mis hermanos tenían fama de guapos o porque se regó por el pueblo que yo esperaba un príncipe azul, pero ¿cuántas esperábamos esos príncipes? Este es el pueblo donde hay más jamonas.

-Pues que traigan españoles que esos se casan con cualquiera que tenga una tierra y una vaquita.

-Pues que vengan.

-Ahora los que vienen son los soldados del general ¿quién? Nadie sabe, pregúntalo a los vecinos.

Se corrió la voz preguntando quién era el jefe de la tropas y a quién representaba, si a los azules o a los rojos o a los verdes o a los que no tenían color, porque todavía no han llegado a que los hombres se dividieran el país como una gallera entre los seguidores de los gallos bolos y los de los gallos rabuses. La pregunta recorrió el pueblo de punta a punta, fue una y otra vez hasta que se cansó de caminar porque nadie sabía la respuesta.

-Hay que averiguarlo para que cuando llegue le podamos decir:

-¡Viva el general Tal, o mejor viva el general Sin Nombre!

-Déjate de relajos ahora. Este es un momento muy serio. Fíjate que nadie sabe cómo se llama el general Sin Nombre.

-Me daré el baño de rosas y cuando pasen las tropas abriré la ventana para que el perfume y mi radiante belleza iluminen el atardecer mientras los últimos rayos del sol se dejan cubrir por la

oscuridad.

Al tercer relincho del caballo del general, lanzado al pie del Asomante, los caballos se lanzaron a galope hacia el pueblo, el tropel rompió el silencio y la gente se precipitó hacia los patios, algunos se arrodillaron y mientras se persignaban, antes de abrir los brazos en cruz, implorando al cielo, decían:

-¡Misericordia, Señor, misericordia! porque nunca antes habían oído un tropel de caballos correr con tanta furia y golpear el suelo con tal brío y lo que todo el mundo pensaba, general, era:

-Está temblando la tierra, ¿te das cuenta? Sal de ahí.

Don Francisco Romero sacó a K que estaba curioseando dentro del horno de pan al cual se le había caído el techo con el terremoto y le dijo:

-Vete para tu casa, muchacho inquieto, que doña Nievécita debe estar muy preocupada.

A él lo se le ocurrió fue coger para la iglesia a ver qué le pasó al edificio construido cuando la colonia española y estaba en medio del parque cuando las tropas pasaron a toda velocidad hacia El Retiro, como si fueran a cruzar por Las Dos Bocas o pudieran ir al café de prostitutas que hay por ahí, pero eso debe estar cerrado.

-No, también las mujeres de Boca de Jarro y Herminia se estaban preparando para cuando llegaron los soldados mientras una cantaba, bañándose a orillas del río

-Hace un mes que no bailo el muñeco, hace un mes y llegó un soldado a quien se le ordenó

-Cruce el río y encabece el ataque por Ginandiana y cuando escuchó a la mujer cantar se quedó entre el guayabal que lo tapaba y reptando llegó a la orilla del río, vio a la mujer desnudarse, lentamente, sabiamente, y al oír la cantar

-Hace un mes que no bailo el muñeco, hace un mes,

El soldado dejó de lado el fusil, se quitó las cartucheras que tenía terciadas sobre el pecho, los raídos pantalones, la camisa sucia, hedionda, se alisó los cabellos y antes de entrar al río cantó:

-La gente dice que soy el muñeco de la ciudad y fue el primer soldado que disfrutó de una mujer en el pueblo, después de la victoria del general.

-Las jamonas son muy difíciles, siempre son hijas de familia y señoritingas que cuando uno les quiere meter mano le salen con que tiene que ser con velo y corona y para que la gente haga eso no se necesita velo, ni corona, lo que se necesita es que la gente quiera y que se quite la ropa, aunque yo muchas veces con ropa y todo nada más me bajo los pantalones y le subo la falda.

-De todas maneras una tiene que darse un buen baño de rosas para pararse en la ventana cuando pasen los valientes y probos soldados del general ¿averiguaste el nombre, Paula?

-No, señorita, no he podido averiguarlo, pero estoy en eso, no se preocupe.

Parecía como un día de fiestas patronales, todas las mujeres solteras del pueblo gastaban el agua y deshojaban las rosas.

-Para darme un baño de rosas y búscame un vestido anaranjado que ese es un color que le gusta mucho a los hombres y otros pedían color rosa viejo y algunas mandaron a sus sirvientes a que fueran a casa de Nancy, brincando los patios.

-A ver si me terminó el vestido rojo que le mandé hacer.

-Plánchame aquel amarillo.

-Yo prefiero que me prepare el azul; me oíste, Paula?

-Si, señorita, como usted diga.

-Paula ¿qué te parece el blanco?

-Como usted diga, señorita.

Los armarios se quedaban vacíos entre la indecisión y el deseo de deslumbrar. -Se lo he dicho a mamá que por estar papá de duro ni siquiera tengo ropa que ponerme, por eso es que me voy a quedar.

El pueblo permanecía cerrado.

-Ni una casa tiene la puerta abierta, general, pero seguro que están vistillando por las rendijas y hay muchas puertas trujuntas, eso sí, pero cualquiera no entra al pueblo porque nos pueden emboscar.

-No importa, ya he pasado por muchas emboscadas. A mi me parece que lo que tienen es miedo, pero cuando uno gana no debe meter miedo. Hay que darle confianza a la gente para conocerla y para que conozcan a uno y luego si uno tiene que bajarle la mano a uno se la baja o lo deja de adorno colgado de un palo para que escarmienten. Me dicen que este es un pueblo pacífico y que uno lo

puede gobernar bien, lo que ocurre es que ahora nadie quiere salir, pero tu veras.

Mientras, las jamonas y las señoritas y las señoras y los caballeros se vestían apresuradamente.

-Mujer, hay que demostrarle a los ganadores que estamos con ellos.

-¿Con ellos? Yo voy a vestir mi ropa de luto.

-¡Hay mujer estas loca!

-Es que yo no soy de esa gente que a rey muerto rey puesto.

-Pues tiene que aprender de los ingleses que gritan el rey ha muerto, ¡viva el rey! porque la monarquía tiene que continuar, Inglaterra no va a desaparecer porque el rey haya muerto.

-Sí, eso es allá, pero aquí no hay rey.

-Sí, mi amor, pero hay que estar con el que está, porque si tu no estás con el que está te las va a ver muy fea. Anda. Cámbiate de ropa y ponte algo más alegrito.

-Es que no tengo ropa colorá y nadie me va a convencer porque a mi no me gusta esa gente.

-Pero mujer, no es cuestión de gusto, es cuestión de conveniencia y lo que conviene ahora es decir ¡qué viva el rey! No importa si a ti te gusta o no te gusta, fíjate que es una tropa poderosa, sólo el ruido de los cascos de los caballos levantó una fuerza tal que la onda expansiva quebró el techo de uno de los hornos de la panadería de don Francisco Romero.

-¿Se quemaría el pan?

-Se quemaron hasta los pudines de Miriam.

-¡Ay, ay Dios. Ojalá que ahí no esté el pudín de Ana Cristina porque esa sí que tiene mala suerte, el primer novio se lo mató la Guerra de los Seis Años, después, tenía un enamorado que resultó enemigo del general Lilís y ahora que se va a casar se le rompe el pudín y llega este general No Sé Quién, o Sin Nombre que nadie lo conoce ¿Quién puede hacer una boda así, en medio de un huracán Neruda?

-No sé, mujer, no hables así, todavía uno no sabe si es verdad que se rompió el horno y que había pudín en él ni que hubiera ninguna boda de Ana Cristina, A mi me dijeron que ella estaba en Cartagena de Indias, y si está por allá no se puede casar hoy, aquí.

-¿Y si se casa por poder?

-Por poder ella puede, porque todo el mundo puede, si no puede no se casa.

-No es eso mujer, tu siempre entendiendo, pero mejor cámbiate de ropa y ponte algo alegrito que aquí hay que decir como aquel que se puso de buena con un gobierno cantando aquello que yo no sé nada, yo llegué ahora mismo, si algo pasó, y te dedicas a tirar tus chinitas sobre lo mala que estabas antes la situación y que ahora viene la esperanza nacional y que la cosa se pondrá tan buena que hasta se acabará la sequía.

-Viejo, pero eso pasó cuando la Guerra de Abril, había una sequía tremenda, ¿te acuerdas?

-Verdad que sí, y desde que comenzó la guerra comenzó la lluvia, pero aquí se está acabando la guerra ahora, hoy, Isidro Bobadilla resucitó.

-¡Qué bueno! podremos seguir oyendo el fraseo de su clarinete cuando toque esas danzas y esos danzones que con tan buen gusto interpreta.

-¿Cómo que resucitó?

-Si lo que pasó fue que la bala del cibaño sólo le cortó la respiración. ¡Cámbiate, anda!

El olor a ratón asado y a gato frito que le dio a las tropas del general triunfante desapareció del pueblo cuando el agua de rosas se metió en todas las subidas y bajadas, hondonaditas y curvas de los cuerpos de las señoritas y de las jamonas, de las putas y de las beatas.

-Nos estamos preparando para cuando veamos al general Sin Nombre porque uno no sabe y mercancía que no se exhibe no se vende.

-¿Qué tu opinas Nieves?

-Si, es verdad.

-Termina.

-Pero es que no sé cuál vestido ponerme.

-Cualquiera, da lo mismo.

Recordó el cuento de Gladys cuando le regaló un vestido usado a Engracia quien lo acomodó a su cuerpo y se fueron juntas a la coronación de la reina Angelita.

-¡Viva la reina! ¡que viva! y los aplausos y Gladys con su

vestido nuevo, alta, elegante, con el brillo de las lentejuelas que retrataba la noche espléndida de estrellas y la gente era todo ojos para la reina y entre aplausos Engracia le dijo:

-Gladys, te lo dije, podemos venir con cualquier traje ¿quién se ha fijado que tu vestido es nuevo y el mio es un pancho? Aquí la gente a quien está mirando es a la reina, así que ponte cualquier cosa que la gente lo que va a mirar es al general.

-Sí, pero el general nos va a mirar a nosotras, pásame el vestido rosa viejo, y la cretona para que no se me vea

-Sí, que tu estás como Florita, la de los quince, o como las banilejas, que son mujeres de ventana.

-Eso era antes.

Cuando las tropas regresaban de los barrios los caballos venían lentos, parecían marchar en un desfile, un desfile que llevaba a todos los pobres del pueblo que gritaban ¡Viva el general Manzqueta! ¡que vivaaaaaaa! repetían y ¡Viva el general Manzue, que viva el gene, zueta, Manviva, genezueta, viral, y las voces se confundían mientras la tropa caminaba al paso de los caballos y la gente y el general encabezaba el desfile montado en un caballo negro, que corre como la jond'el diablo, se distinguía por el triángulo blanco que tenía en la cabeza.

Aún la gente no abría las puertas. Desde la panadería de don Carlos, para abajo, el pueblo abrió una que otra ventana o una hoja de puerta, algunos colocaron la bandera discretamente colgada en las ventanas y cada vez que el general pasaba frente a una de esas casas sacaba el sable hindú que le regaló el general Cheo Martínez, y saludaba militarmente, mientras una parte de las tropas se detenía y hacía una descarga de fusilería que asustaba a las beatas, sorprendía a las jamonas y apresuraba a los hombres.

-Mujer, el hombre está bravo porque no abrimos la puerta, hasta que de patio en patio corrió

--Por el Retiro están poniendo la bandera y el general la está saludando con un sable torcido.

-¿Cómo?

Sí, un sable torcido, especial para mochar pescuezos, que le trajeron de la India, ensalmado por un fakir que tiene 10 años durmiendo en una cama de clavos y sólo se alimenta con el veneno

de las boas que le llevan, de cuando en cuando, sus seguidores.

-Pues mira mujer que hay que buscar la bandera, porque hoy es como un 27 de Febrero. Te lo dije, que se murió el rey, y que hay que darles vivas al rey ¿Cómo se llama el general?

-No entiendo, porque como la gente le está dando vivas lo que se entiende es que

-¡Zueta el general viva! o a veces uno oye que ¡ral el genezueta!

-Eso debe ser uno de los Manzueta que se metió a general en la manigua, déjame averiguar y la pregunta corrió de patio en patio, cruzó por las verjas, se metió por los alambres de púas que separaban algunas casas hasta que llegó a la pulpería de Monsolo y entonces al regresar la pregunta ya el general había averiguado

-Dónde es su casa, señor Síndico, porque quería venir a verlo, para ver si usted está con cuál causa.

-Con la suya, general, con la suya. Ya le estamos preparando la comida.

-¿Y la tropa?

-Que se vaya a la fortaleza que cuando usted y yo salgamos de donde don Enrique todo estará resuelto. Venga, general, tómese un cafecito de la finca de don Giuseppe Cavallo y Luis Delmonte para que usted sepa lo que es café.

-¿Y quién no ha tomado de ése? A mi me interesa, señor Síndico que haya armonía entre el poder civil y el poder militar porque usted sabe que siempre están hablando tonterías pero quien tiene las armas tiene el poder.

-Pues a mí me habían dicho que quien tiene la razón es quien tiene el gobierno.

-Pues, gobierne sin armas, si usted quiere, pero yo si puedo gobernar sin razón, eso es verdad.

-Mi general, pruebe el cafecito.

Antes de que el general supiera cuál era la casa del Síndico, sus tropas vencieron el último bolsón de resistencia: la torre de la iglesia, penetraron y un soldado con vocación de monaguillo comenzó a tocar las campanas de una manera desordenada, que no se parecía ni al toque de oración, ni al toque de muerto, ni al toque de llamada de misa.

-Entonces comprendí que la revolución había triunfado y me

puse mi traje blanco para recibir al general. Siempre llegan desorientados y tienen que venir aquí, adonde mí. He sido Síndico de este pueblo desde la Independencia porque nadie más sabe escribir con la letra redonda, grande, bonita que tengo yo, y los que saben como don Enrique, no pueden ser síndicos porque ese es un puesto que le queda chiquito y a Gaía Ramírez mucho menos porque él dice como don Ercilio de Castro que ellos no trabajan con tiranos, quiere decir que aquí el síndico tengo que ser yo y me tengo que alistar para cuando el general regrese estar preparado.

Las campanas tocaron y tocaron hasta que todos los pajaritos asentados en los nidos del parque tuvieron que irse huyendo del ruido y se le destaponaron los oídos a Milciades, el pescador, que los tenía llenos de agua porque estaba buceando a 40 pies buscando unas perlas que nunca aparecieron en esas costas.

-General tenemos que ir donde don Enrique.

-Es que no lo conozco.

-No importa. El es el hombre de los presidentes. Cada vez que viene un Gobernador o un Comandante de Armas va donde él porque a él hay que comprarle las provisiones, la leche, los víveres. Tiene el único almacén del pueblo y vende desde clavos hasta telas, lo único que no vende es medicina porque dice que el respeta a su compadre don Lico.

-Porque ese es el único hombre que me fabrica las pastillas para esta maldita reuma que me tiene hastiado.

-Vamos, general, pero desmóntese.

-No, síndico, un general a pie es un comemierda. Un general tiene que andar montado, y si la montura es de las mejores entonces la gente cree que es verdad que usted es el general. ¿Usted se imagina que la montura mía sea inferior a la de uno de mi subalternos? No, síndico, no se equivoque, el general tiene que ir montado y estar dispuesto a morir con las botas puestas.

-Es que uno desconoce eso de los asuntos militares, pero es verdad, en la enciclopedia de don Enrique en todas las estatuas los generales están montados en caballos parados en las dos patas traseras y con el sable en la mano.

-Pues yo sólo saco para saludar la bandera o para arrancarle la cabeza a cualquier contrario.

Don Enrique pasó la batalla del pueblo en el sótano que mandó a construir a su regreso de Europa.

-Aquí siempre hay una guerra Clotilde y uno está expuesto a que lo mate una bala perdida o una que le tiren, porque siempre hay envidiosos de lo ajeno y comenzó a guardar comida que no se dañara y el sótano se construyó como una solitaria de las que don Enrique había visto en un castillo perdido en una montaña de Francia.

-Ahí fue donde murió Toussaint, le dijeron.

-Mandó a hacer una habitación grande, con una puerta y una sola ventanilla

-Para que entre el aire, Clotilde y cuando tengamos que usar el sótano no le digas a nadie donde estamos, mujer, que te gusta mucho darle a la lengua, ¿oíste?

Sólo escuchaba el paso apresurado o las carreras de los combatientes y veía, a veces, por la ventanilla que estaba a ras de la tierra, las botas o los pies descalzos de los combatientes

-Algunos de los cuales chorrean sangre como cuando matan a un puerco, Clotilde.

-Esta es una guerra fuerte, hace mucho que no se oía así, Enrique hace mucho.

Se pararon los tiros, rompió el silencio la voz de don Enrique en el sótano.

-¡Calla mujer! escucha este silencio, algo pasa, shhhhhhh, no hables ahora, oye, oye! qué silencio en todo el pueblo! No me gusta.

A poco se oyó el relincho de un caballo, una, dos veces y luego se escuchó el tropel de las tropas que cruzaban la calle principal y algunos tiritos dispersos por Birán, por Ginandiana, por la Playa. Don Enrique y doña Clotilde salieron del sótano cuando:

-Las campanas se volvieron locas, Enrique.

-No Clotilde, lo que pasa es que la tocando uno de los guardias del general que ganó.

-¿Y cómo lo sabes?

-Clotilde ¿no oíste la carcajada del síndico?

-¡Enrique, ¿qué quieres decir?

-Tu sabes que siempre está con el que gana, los soldados del general nuevo no tienen sacristanes, ni monaguillos que sepan tocar las campanas.

-¿Tu ha visto guardia tocando campana?

-Por eso suenan así, con un toque desacompañado, como locas, porque los guardias saben de toques de corneta, no de toques de oración. Salgamos de aquí que ya todo acabó.

Sentado en el salón del recibo de la casa el general pensó:

-Nunca pensé que hubiera una casa tan bonita ¿Y quién será este don Enrique que tiene una casa tan bonita? Cuando yo consiga una casa la tengo que poner así y buscarme una hembra de por aquí que pegue con una casa tan chévere y tan llena de muñequitas desnudas y hombrecitos tocando esos fututos con esos pantalones pegados al cuerpo y esos saquitos de colores raros.

El síndico tocó la puerta, abrió Pascual y le miró el rostro de pocos amigos al general, después del

-Qué desean,

les mandó a pasar al salón de recibo y desapareció sin que sus pasos sonaron en el pulido piso de maderas colocadas en forma tal que formaban caprichosas y simétricas figuras geométricas que se distinguían por el color natural de las distintas maderas preciosas con las que fue formado

-Por los mejores ebanistas que había entonces en el país, general, ahí trabajaron el señor Palacios y Miguel Soto, Paíno Perdomo, Juan Julio Nolasco, vino lo mejor.

-¿Y qué se hizo esa gente, don Enrique?

-Algunos murieron y los otros trabajan a veces, pero creo que dejaron escuela porque eran artistas de la madera, yo siempre digo que son escultores de lo cotidiano y uno camina y se sienta y come sobre obras de arte pero no las aprecia.

Pascual les pidió.

-Siéntense que viene ahora, es que don Enrique ha tenido un poco de reuma y usted sabe síndico.

-Si, general, mientras nuestras aguerridas tropas trataban de liberar el pueblo.

El general no entendía cuáles eran las aguerridas tropas de las que hablaba porque don Enrique

-¿Cón qué gobierno estaba él síndico?

-Ahora no importa general. Ahora lo que importa es que el síndico está con usted.

-Si. El que no está conmigo está contra mí.

Entonces fue cuando volvió la reuma de don Enrique y con tantos tiros no se le podían preparar las pastillas donde don Lico y cuando eso don Enrique no sabía la fórmula del té de Cordero Regalado, con la mala madre, la paja de ajo y las hojitas de limón y yo creo que está acostado, don síndico.

-¿A quién anunció?

-Al general Manzueta, Jefe de las Gloriosas Tropas del Ejército de Liberación.

Bonito nombre, don síndico, por eso lo busqué porque me dicen que usted tiene pico de oro y sonrió el general mostrando una dentadura que brillaba por el oro que tenía.

-¿Un cafecito? traje Domitila.

El general se quedó mirando la rubia cabellera de la mujer y el color de sus ojos.

-En los cuales quisiera retratarme al amparo de la noche o en la claridad de un día soleado y convertirme en el único objeto de su curiosidad femenina. Gracias.

-Señor general Manzueta, ya viene Alito con el pergamino que lo declara como Hijo Distinguido de este pueblo y Líder de la Liberación.

-Hay una resolución del Ayuntamiento mediante la cual la presente semana se declara de regocijo por la liberación del pueblo por las gloriosas tropas del general Manzueta con cuya victoria se acabó comer ratones asados y vivirán los gatos y todos los animales domésticos, señalaba Alejandro al contar la historia de esos días lejanos.

Después de los duros días de batalla, las historias sobre el vivaque a campo raso, en el que se sufre el calor del día y las bajas temperaturas de la madrugada, los mosquitos, los jejenes y las luciérnagas que a veces parecen espías enviados por el Enemigo

Malo para dar a conocer las posiciones de uno y ningún soldado se atreve a matarlas porque tampoco sabe uno cuándo van a tener la luz encendida y cuándo la van a apagar, hasta que apareció un sanjuanero que ensalmaba las animitas y las metía en un pote.

-Para que nos den su luz por la noche, general. Póngala en su tienda de campaña y se acordará de mí.

-Pero entonces habrá mucha luz y nos descubre el enemigo.

-Tape el pote con un trapo y deje abierta una rendija para que pueda ver en la noche.

El síndico también contó de la falta de alimentos, de las tropelías que cometieron los soldados.

-Que usted gloriosamente derrotó para bien de la Patria, mi general. Ya estaban que se metían en las casas a buscar la comida que la gente tenía.

-Porque si ustedes no pelean y nosotros los estamos defendiendo ¡qué pendejos son! ¿Por qué uno va a pelear por gente que ni siquiera le da la comida? Los guardias no estamos para trabajar. Estamos para defenderlos a ustedes y a las propiedades pero ¿quién nos mantiene?

-Usted sabe cómo es, general, todos esos hombres armados, con miedo, teniendo que pelear. Lo peor era durante los ceses del fuego, porque entonces las tropas tenían ganas de comer, de beber y buscaban mujeres, no importa cuáles fueran ni el lugar, en cualquier sitio las tiraban y entre los gritos de algunas y los suspiros de las otras uno tenía que buscar una rendija para ver para fuera y callar.

-A usted qué le importa le decían.

-Y por eso estábamos locos porque usted terminara de terminar la guerra para que termináramos con esta angustia que le llena a uno la garganta de un duro que no le permite hablar y los ojos de un agua salobre que está entre la lágrima y la irritación.

Don Enrique buscaba una ropa adecuada.

-Para impresionar al pata por el suelo ése del dizque General, porque aquí cualquiera se quiere alzar con el santo y la limosna y nada más tiene que ser un matasiete para proclamarse general ¿Y quién le discute si tiene las armas y fieles seguidores que le arrancan la cabeza a cualquier persona? Clotilde búscame la ropa que hay que enfrentar la realidad política y dile a

Pascual que esté a mano para que procure el avituallamiento a las tropas que esos pobres muchachos tienen que estar muertos de hambre.

-Recuerda que Cristino te ha dicho de las muchas vacas que se robaron.

-Pero no de nuestras tierras, porque el bacá...

El general pensaba en sus sucias y raídas ropas, el olor a pólvora que tenía arriba, la barba de muchos días y el olor a monte sucio, sudado, que llevaba.

-No me dio tiempo a bañarme.

-No se preocupe, general que la victoria no necesita ropa limpia ni perfumes. La victoria lo que necesita es hombres bragaos que la produzcan ¡brindemos por la victoria! dijo don Enrique mientras alzaba una copa de cognac que fue herida por un rayo de sol que penetraba por la ventana y se retrató precisamente en el monograma que tenía la copa con las iniciales EC artísticamente dibujadas en unas letras góticas que la mayoría de la gente no entendía entonces.

El general pensaba en cómo sería este don Enrique y cómo entenderse con un hombre que tenía tantas vacas y tierras y hombres a su servicio y leche y la fábrica de quesos y los trapiches para la raspadura y las plantaciones de cocos.

-Y no discuto con don Giuseppe y Luis Delmonte porque ellos son quienes saben de café, pero también tengo la panadería y el único y más grande almacén de provisiones de toda la región, donde hay desde caraotas traídas de Venezuela hasta parte del pescado más grande del mundo.

-¿Cuál es, don Enrique?

-El bacalao.

-¿Y porqué, yo no lo veo? aquí se pescan meros mucho más grandes y los tiburones que coge Quiroz también son mucho más grandes que los bacalaos que usted vende.

-Señor síndico, lo que pasa es que el bacalao es el pecado más grande del mundo porque tiene la cola aquí y la cabeza en Terranova y le mostró un lugar en el mapa

-Como a tres cuartas de aquí, le contaba el síndico a su mujer.

-¿Y tres cuartas es mucha distancia?

-Imagínate que nosotros sólo somos una pulgada en ese mapa

y esa Terranova quedaba a más de tres cuartas de aquí.

El general esperaba callado. Ya el síndico no hallaba tema de conversación para entretenerlo. Le habló de música y el general decía:

-Eso es perder tiempo. ¡Qué música! A mi lo que me interesa son las hembras y a esas usted las convence con la razón o con la fuerza, no con musiquitas y poesías, esas son pendejadas, don Síndico, pendejadas.

-Después tenemos que ir adonde el cura, general.

-Eso sí, porque hay que estar de buena con la iglesia y tenemos que ofrecer una misa.

-Misa no, general, un tedeum.

-No me hable a mi de tres dedos que yo le hablé de una misa.

En la espera se agrió el ambiente hasta que el síndico optó por callar y esperar mientras daba vueltas a su sombrero Italia.

-Que sólo visto los días de grandes fiestas patrias y fiestas de guardar de la iglesia, mujer, pero sirve para impresionar al generalito del carajo ese ¿Manzueta?

-Si, viejo.

-Pues búscame el sombrero.

El general pensaba que después de tantos días durmiendo con el techo de los grandes árboles de su campamento, a través de cuyo follaje se colaban las estrellas, tenía sueño, mucho sueño y extendió la pierna derecha, colocó su mano izquierda sobre el sable hindú, la derecha sobre la cartuchera, miró fijo al síndico y se quedó dormido, derecho sobre el sillón.

El síndico pensaba que esa mirada escrutadora quería leerle el pensamiento.

-Mujer, entonces comencé a pensar que el general era un buen hijo de la Patria y que este país lo que necesita es la salvaguarda de un sable como el de él o un sable así en manos de él, no fuera a ser que el maldito fuera brujo y me fuera a estar leyendo el pensamiento, porque eso se hace ¿lo sabías?

-Si. Eso es peligroso y como uno no sabe quién lee el pensamiento y quién lee la vela o la baraja.

-No estamos hablando de esos mujer, es que este general se quedó serenito, mirándome como hondo y no sabía cómo descifrar

esa mirada hasta que sonaron los pasos de uno de los sirvientes de don Enrique.

¡General.....!

-El sobresalto del general fue lo que me dio a entender que el maldito estaba durmiendo con los ojos abiertos. ¡Qué hombre más peligroso!

-Es que uno se convierte en una guinea tuerta, síndico, y ya no se puede dormir con un ojo abierto y otro cerrado sino con los dos abiertos.

-¿Y para qué?

-Para ver bien los sueños y que después no le estén contando a uno cómo fueron las cosas porque yo las vi y usted las vio y el otro dice que fueron como no fueron y yo digo que las cosas fueron como yo digo y como tengo el sable en la mano...

-Las cosas son como son y no como tu quieras, general.

-Pues sí. Son como yo las digo y el sirviente brindó primero al general.

-Oyelo bien, Cristino, no te equivoques que el síndico sabemos de qué lado juega, pero ¿el general? Primero le sirves al general, y la rica copa se perdió en la manota del soldado.

-Brindemos por usted, general y por la República.

-Y por la paz, porque sin paz no tenemos tranquilidad, dijo el general, aunque la paz es buena, pero con cuartos.

Los ojos le brillaron, el trago lo encendió, despertó el general y preguntó.

-Cómo llamo al blanquito ese para que me pegue otro y después de las dos palmadas que dio el síndico apareció Cristino y

-Lléname la copa esta, blanquito, que éste si está caliente y bueno, pensaba en que el síndico le había dicho que don Enrique nada más no es dueño de la sonrisa de las mujeres, de las picadas de ojo y de los colores del arcoiris, entonces hay que estar de buena con él. Yo soy el general ¿qué tengo que esperar a civiles? ¿Qué me importa que la lluvia caiga despiadadamente? Yo no tengo vacas, pensaba el general y nunca se me ahogarán cuando el agua le entre por debajo del rabo como decía Mamón Henríquez cuando vio la pintura en Nueva York.

-¿Qué pintura, general?

Una que representaba una vaca cruzando el río con el rabo para arriba.

-¿Y qué importa?

-Que cuando el agua le llega al rabo las vacas se ahogan porque el agua les entra por debajo del rabo. ¿Qué me importa este don Enrique si cuando mi tropa camine el pueblo temblará la tierra?

-Es que tiene mucho dinero un bacá y trajo un resguardo de Europa o de Estados Unidos que se lo hicieron un día de jalouín.

¿Y qué es éso?

-Eso es lo que no se sabe, pero es un resguardo que ni le entran los tiros, ni lo hieren los cuchillos, ni le roban las vacas y las naranjas se pudren en el suelo pero nadie es loco para atreverse a cogerlas porque al bacá hay que echarle un becerro todas las semanas y mejor deja don Enrique de echar su óbolo en el cepillo de la iglesia, en la misa de domingo, antes de fallarle al bacá, por eso es que tiene esas propiedades.

-Pero yo fui quien ganó y este don Enrique estaba aquí, en el pueblo, con el enemigo, y ahora tengo que esperar y esperar mientras el sueño vence mi inactividad de hombre de armas en este sillón tan cómodo y yo durmiendo en el suelo durante meses en esos campamentos que cambiábamos constantemente de sitio para evitar que el enemigo nos sorprendiera.

El enemigo mientras tanto no se atrevía a salir del pueblo, general, porque el enemigo estaba muerto de miedo. Lo que pasa es que no había comunicación con usted y usted no infiltró ninguno de sus espías y por eso no le mandamos a decir que viniera antes, para que no hubiera que llegar a comer ratones y bichos raros que no se comen, eso fue después que se le comieron el burrito al poeta.

-¿Cuál?

-Platero. Lo que pasa es que tú sabes como son los poetas, que siempre están en las nubes, por eso es que él dice que Platero está en el cielo de Moguer, pero Platero fue asado durante el sitio de Santiago y después le decían a los santiagueros los comeburros.

-¿Ahí fue donde se comieron a Cabo de Vela?

-No, la historia de Cabo de Vela es otra, pregúntasela al neibero aquel que tenía la cabeza colgada a la entrada de la cocina, cuando tuvo que encondarse porque Trujillo lo quería matar

y dicen que estaba tan desbaratado que todos los días bajaba la cabeza de Cabo de Vela a una olla, hacía una sopa y se hacía la ilusión de que era una sopa de cabeza de vaca.

-Vacas tenemos que comer ahora.

-Pero hay que pedírselas a don Enrique. Cuando uno estaba en la manigua era muy fácil, ahí uno cogía la vaca y se la llevaba, se la comía y dejaba nada más que el cuero para que se lo coman los perros y nadie discute con la autoridad, pero ahora la autoridad somos yo y el síndico y tenemos que poner orden y que nadie se robe una vaca para comer, mejor que se muera de hambre porque lo ajeno es lo ajeno y ya la guerra se acabó y pena de la vida para el soldado que toque lo ajeno, aunque sea yo mismo el general Manzueta, firmó el primer bando que leyó Alito a las tropas, después que el general le dijo que hasta el presidente Jorge Blanco elogió al secretario del Ayuntamiento cuando recitó de memoria la resolución que lo declaró Huésped Distinguido de Barahona cuando fue junto a su esposa, Asela, a comenzar los trabajos del aeropuerto.

-Pues, si, general, ya ordené que le tengan preparada en la fortaleza una contribucioncita para la causa.

-¡Arre, Perla Fina, arre Solito! iba ya Cristino cuesta arriba, camino a la fortaleza, donde el teniente Wilfredo Rojas había tomado posesión mandado por el general y recibió

-Una carga de comida, mi jefe, que ya no tenemos que buscar durante un mes.

-Y tener que pedirle ahora a este don Enrique ¿por qué no sale, le preguntó al síndico? No, el general soy yo, pero ya me estoy enfogonando de tanto esperar, déjame y comenzó a liar un poco de tabaco de penetrante olor en un pequeño trozo de papel de estraza y con el primer copazo de humo se metió por la sala, cruzó por el comedor, fue hasta la habitación y doña Clotilde dijo:

-Enrique date prisa que yo no soporto el olor a guardia en esta casa, ¿no te da el vaho del pachuché?

Fumando, el general calmó los ánimos y la espera se le hizo menos tediosa. Ya no tenía nada de qué hablar con el síndico. El síndico era un instrumento para llegar al hombre más poderoso del lugar, a don Enrique, ni siquiera el síndico me dijo que fuéramos donde el gobernador, porque el gobernador debe ser el más importante del pueblo y este síndico me trae aquí, pero estos políticos saben mucho y el síndico no se va a querer dejar joder trayéndome adonde no es, porque si éste no es el más importante del pueblo no va a seguir siendo síndico ¿Y cómo es que don Enrique nunca me mandó un mandado si él es amigo del presidente?

-Es que como cambiaron al presidente, general Manzueta, yo no sabía cuál era el que estaba en la silla y después de lo que le pasó al santo español uno sólo puede servirle a un solo Dios.

-El síndico se persignó, miró hacia arriba y dijo

-Sí, al Señor Mío Jesucristo.

-Síndico, es al que está en la silla, en la capital, al presidente, no se pierda, después usted va el domingo a la Iglesia y se da dos golpes en el pecho y pésame Dios mío haberos ofendido.

-¡Don Enrique, sacrilegio! no estamos hablando de eso ahora, es del presidente.

Manzueta miraba la casa, los muebles, las cortinas, los cuadros colgados en la pared, en una de las litografías se veían unas ninfas desnudas algunas a la orilla del río, de espaldas, otras dentro del agua y una más allá, como si estuviera secando las curvas de su estatuario cuerpo después de que el agua hubiera acariciado todas sus vergüenzas y pensó que nunca en sus treinta años de soldado había visto una mujer como esas, delgaditas de cintura y con el corazón alegre, como las isabeles, nacidas del corazón de una palma. Sí, nunca he tenido una mujer como esas, sólo he tenido mujeres como aquella Adelita que le sacaron el canto de guerra para contar la historia del hombre a quien dejó

para meterse conmigo y le pesó al pendejo porque vino a reclamármelo, como si hubiera hombre que pudiera reclamarme a mi y me enteré cuando oí la canción que si Adelita se fuera con otro la seguiría por tierra y por mar, ¡carajo! como si nadie pudiera cantarle a mi mujer y ahí mismo lo reté a un duelo que celebramos en la madrugada y el zoquete murió de un balazo en la espalda que sonó exactamente cuando el juez del duelo dijo t de tres, porque yo tenía a Clé colocado atrás del bandido que me quería quitar a mi mujer para que siguiera la cadencia de la voz del juez y disparara exactamente entre el dos y el tres, antes de que llegara a sonar el tres, pero nadie iba a ponerse a fijarse en cómo estaba muerto ni siquiera si el tiro entró por delante y salió por atrás, lo que cuentan es que mi buena puntería traspasó su cuerpo pues la bala le salió por detrás.

-Ese general es un diablo, ¡qué puntería!

A un lado de la sala de recibo había una cortina formada por infinitas cuentas de Santa María ensartadas con el cuidado y la delicadeza con que Penélope tejía y destejía la tela de su fidelidad a Ulises todos los días. Las espuelas del general chorreaban un agua sucia que preocupaba al síndico.

-Doña Clotilde es muy enredada con la limpieza. Esa mujer no es de aquí y quiere que sus pisos estén impecables, impecables.

-Señor síndico, porque la limpieza es lo principal.

-La suerte es que ella no tiene que venir a esta conversación.

-¡Señor síndico, cuánto gusto! ¿Y el señor?

-Permítame don Enrique, presentarle al bravo y probo general don Manzueta. Comandante de armas de la ciudad y no sé cuantas atribuciones más tendrá porque aún no sé quién es el presidente y del correo no han venido a informarnos las instrucciones de la Superioridad, pero mientras tanto el general don Manzueta es esa realidad que usted tiene en su presencia, un hombre peleado en todas las galleras, un hombre que se las sabe todas y es capaz de dormir con los ojos abiertos, de pie, mientras mantiene el fusil en posición de descanso para engañar al enemigo, es el hombre por quien Adelita abandonó al mexicano que le escribió la canción que todo el mundo repite y cuando la encontró, después de seguirla por tierra y por mar, el general don Manzueta sostuvo con él un duelo al final del cual le sacó el

corazón al cadáver del cuate para que no le pasara como al cubano, que su rival se le llevó la mujer en el alma aunque él no quería que se la llevara, fue el general don Manzueta quien inventó la pólvora y el hilo en bollito.

-¿La pólvora, síndico?

-Si, don Enrique, no fueron los chinos, fue el general don Manzueta quien inventó la pólvora, el hilo en bollito.

-Eso es más viejo que el andar a pie.

-También inventó el carrito de San Fernando, un ratito a pie y otro otro rato andando y ahora tiene el sable hindú que le regaló Cheo a K.

-Con él he mochado tantos cocotes que ya perdí la cuenta don Enrique.

-¿Y desde cuándo conoce al general, síndico?

-Su fama de hombre valiente la conozco desde cuando se enfrentó a las tropas de Desiderio, por el Sillón de la Viuda y los cibaños tuvieron que retirarse ante del avance incontenible de los macheteros seibanos que tanto elogia Julio Gautreau en sus escritos de historia.

-¿Pero él no es músico?

-Sí, pero también se mete en la historia para defender al general Santana.

-Ese era mi tatarabuelo, síndico, por eso no me toca juzgarlo.

El general siempre recordará la figura de don Enrique recortada contra el vano de la puerta: lustroso bastón marrón oscuro.

-Me los hace Carlos Lassis, de la mejor caoba que aparezca en la loma de Paradís.

-Si don Enrique, le dijo Carlos Lassis y le ajusta esta empuñadura de plata que compré en Venecia cuando era Ministro en Francia.

-¿Y también esta punta?

-Si, Carlos.

-Vestía todo de negro, contaba el general Manzueta pero el chaleco era gris, de una tela que tenía rayitas negras.

-Las camisas blancas siempre la planchaba yo, porque don Enrique no entraba en eso de que le quedaran arrugadas. Lo peor era cuando había un tiempo de agua como ahora, ¡ay, qué lucha!

las puntas de la corbata caían dos pulgadas a ambos lados, parecían una pequeña avechilla negra en el momento en que iba a alzar las alas para seguir vuelo.

Carraspeó, caminó ligeramente cojo y dijo:

-Buenos días, síndico.

-Como si no le hubieran anunciado quién era yo, yo, el general Manzueta, que había peleado durante muchísimos años en la manigua. De niño le llevaba agua, cuidaba los animales de la tropa, tan pronto como pude cargar una carabina me dieron una y era el más rápido atascándola para disparar. Fui ganando los galones que les arrebatava al enemigo en los campos de batalla, desde cabo hasta tener la estrella de general que usé cuando me tomaron la fotografía en San Pedro y ahora este hombre no me saluda.

-Me dio mala impresión. Era un soldadote. Tenía la ropa sucia, parece que había perdido las botas huyendo entre los pedregales de alrededor del pueblo en el largo sitio que terminó cuando la gente se tuvo que comer los ratones y desaparecieron los gatos. Calzaba unas soletas de lona de cuyas puntas sobresalían los dedos mayores con unas largas uñas llenas de sucio. Los pantalones tenían el color indefinible de muchas sudadas, emporcadas y lluvias caídas sin haber sido cambiados ni siquiera para dormir.

-Porque en campaña uno no puede estar pensando en que si la ropa o los zapatos, se piensa en el enemigo y en los tiros, en las emboscadas y en no dejarse sorprender.

A la altura de la rodilla el pantalón del general estaba lullido.

-De tanto arrodillarse para tomar la puntería.

Barbudo, despeinado, tenía una gorra sobre la rodilla izquierda y un sable cruzado sobre las piernas.

El síndico vestía todo de blanco, la corbata negra parecía una mancha sobre la pulcritud de su traje que usaba siempre para los grandes días de Fiesta Nacional o para la procesión del Santo Entierro, los Viernes Santos.

-Hoy es día de fiesta para el pueblo, general Manzueta.

-El gobierno, general, no es cosa difícil, los hombres son como las reses, usted sabe que hay que buscar a la gente por la

raza y de ahí en adelante usted sabe cómo la va a manejar.

-Pero es que no conozco a nadie aquí en el pueblo.

-Usted sabe yo soy del Cibado y me ha tocado un pueblo de la banda Sui.

-Donde quiera la gente es igual, general. Cuando yo estuve en Europa

El general se quedó pensando en que nunca había oído mencionar ese pueblo que bien podía ser de la Banda Sur o de Haití.

-Me dí cuenta de que todos los hombres somos iguales, general, uno se pone a estar leyendo libros de historia.

-Eso debe habei sío que te leyó ese nombre d'Europa en un libro, debe de sei un nombre viejo.

-Le decía que uno piensa que los europeos son diferentes.

Allá también los hay grandes y chiquitos, feos y buenosmozos, mire que hay unas blancas que si vinieran aquí podríamos hacer dormir a los niños diciéndoles que viene el cuco y recordándoles esas mujeres, también los hay guapos y cobardes, malos y buenos, ladrones y honrados, general, y ya aquí en la Banda Sur sabemos.

El general recordó que también hubo soldados franceses en la Banda Norte, durante los tiempos de Napoleón Bonaparte.

-Las espadas los traspasaban y las balas de los mosquetes los mataban, don Enrique, yo sé.

-Los hombres, general, son como las reses, hay que buscarlos, siempre, por la raza. Aquí, usted, con la ayuda del síndico no tiene problemas. El síndico ha trabajado durante mucho tiempo en al Ayuntamiento, ¿cuántos gobiernos ha pasado usted en el Ayuntamiento don Corcho?

El gobierno es el arte de ayudar a los amigos y apretar a los enemigos para que no puedan ni siquiera quejarse. No se puede, tampoco, complacer a los amigos en todo lo que quieran, porque entonces se mal acostumbran y piensan como que uno es su papá y le hacen diabluras.

La mañana en que fueron a despertar al síndico antes del alba su mujer pensó que era otra revolución y a poco le llegó el papelito:

-Dile a don Enrique que estoy preso.

El coche subió la cuesta de la fortaleza y el centinela saludó militarmente a don Enrique.

-Lo que pasa don Enrique es que usted me dijo que uno nunca puede dejar que ni siquiera los amigos confíen que uno es su amigo, para que no se resbalen. Mandé a trancar al síndico para que la gente vea, para dar ejemplo, pero ahora lo suelto porque usted vino a verme y así el síndico sabe que aquí ¡cuidao quien se mueve, cuidao! que la fuerza está donde quiera.

-No sé con quién hablaría yo de este general Manzueta, ya tiene al pueblo jarto, todos los días hay un impuesto nuevo que la gente piensa que lo cobró para el Ayuntamiento y es para la guardia. Todo se va en la guardia y no hay ni siquiera para pagar a un empleado del Ayuntamiento. Primero se pagaban los impuestos de limpieza de las calles, luego se inventó que le cobráramos a Galipote por cada lata de agua que sacaba del río, después comenzamos a cobrarle a las marchantas que venían del campo con su carga de víveres o frutas.

-Ahora quieren cobrar hasta por las tortas de cazabe que uno quema en su horno, eso es lo último.

-Y ahora me mete preso, nadie sabe por qué cosa.

-Don Enrique, lo que hago es cumplir con usted, con su lección, no hay amigo, don Enrique, amigo es un peso en el bolsillo.

-General, así es, amigo es el ratón del queso y se lo come. Antes de que usted llegara aquí se comieron hasta los ratones. Pasó exactamente igual que en la ciudad de Alemania que visité cuando estuve de Ministro, el pueblo se llama Hamelin. Una vez tuvieron un pleito como esos que se arman aquí y Hamelin tenía dos o tres meses sitiada, la gente no hallaba qué comer y son tan sabios esos alemanes, tan, pero, tan sabios, que después de la guerra contaban:

-Una vez llegó un flautista al pueblo y le dijo al Ayuntamiento que él era capaz de embrujar a los ratones con los melodiosos sonidos de su flauta y llevárselos del pueblo.

-Si así fuera se habrían acabado los ratones en el mundo porque cuando Delio Gautreau toca esa flauta, y dígame usted, cuando la tocaba Pepé Echavarría, ¡ahí si hay vergüenza! Los alemanes decían que el flautista se llevó los ratones y como no le pagaron lo que había pedido pues se llevó a los niños, pero es

mentira, ahora es cuando me doy cuenta de que la gente de Hamelin lo que hizo fue comerse los ratones durante el sitio y luego se inventaron el cuento para que no les dijeran comeburros como a los santiagueros después de la guerra del sitio de los Victoria.

-Don Enrique, uno no entiende al general Manzueta, le cobró todos los impuestos, no le deja nada al Ayuntamiento y si no es por usted estaría preso.

-Ese es el arte de gobernar, comentaba el general.

-General investigueme por qué la gente está comiendo menos chicharrón y veinticuatro horas después el dentista estaba preso.

-¿Usted no sabe, don Enrique, que este hombre le está sacando las muelas a la gente dizque para ponérselas de huesos de quijada de vaca, unas muelas que él hace, entonces la gente no tiene fuerza en los dientes para comer de los ricos chicharrones de sus puercos?

-Pues sáquelo del pueblo y que no vuelva para que no se joda.

-Usted se va a salvar porque el general Manzueta es un hombre muy bueno, le dijeron los soldados a Gonzalo quien no pudo llevarse sus instrumentos y comenzó de nuevo en Puerto Plata después que le trajeron nuevos equipos.

En la retreta del domingo las muchachas daban las vueltas al parque, tomadas del brazo.

-Como si fueran un ramillete de flores, don síndico, decía el general.

Las muchachas caminaban dando la vuelta contrario a las manecillas del reloj y los hombres iban con las manecillas del reloj, así se encontraban a cada vuelta que los hombres hacían más cortas ora atravesando el parque, ora apretando el paso, para destocarse, algunos, al paso de las flores, y otros sólo se tocaban el ala del sombrero, inclinaban la cabeza, sonreían y algunos se pavoneaban, después.

-¿Viste como la Germania me picó los ojos?

-De ahí, fue que salió la extraña orden del gobernador civil y militar de la Banda Sur, General Manzueta, Héroe de la Independencia y de la Restauración.

-Decreto. Artículo único: Prohibido escupir redondo.

El síndico fue quien interpretó la extraña orden al explicar:

-El domingo estábamos en la retreta y el síndico vio aquella moneda reluciente, redonda, caída nadie sabe a quién, unos pasos más allá de ellos, ¿cómo nadie la había visto? y cuando se iba a bajar a recogerla

-La vi primero, don síndico, la vi primero y el general se quedó con las manos sucias del escupitajo plateado que brillaba traicioneramente cual si fuera una moneda.

-Prohibido, carajo, prohibido escupir redondo y cuidao quien se mueve, decían luego los soldados al explicar la orden que había decretado el general.

-Después supe que en el pueblo hubo muchos presos porque la gente, que siempre está choteando a los demás, decía por cualquier cosa ¡prohibido escupir redondo! y los chivatos pensaban que era para relajarlo, general, porque después que dicen así se miran los dedos de la mano derecha como con asco, como si los tuvieran sucios, usted perdone, general.

-Apareció un ahorcado por la Virgen, dijo Jaime que siempre estaba de curioso.

Todo el pueblo fue a ver el cadáver y todo el pueblo regresó silencioso, acobardado, porque había un soldado al lado del ahorcado, cuyo cuerpo permanecía colgado de una rama bajita, con los pies bien puestos en el suelo, y el guardia decía, como si fuera aquel viejo loro que vendió una tienda entera al mismo precio porque cuando los parroquianos preguntaban el precio él decía ¡a cuatro! que era el número que había aprendido, el guardia decía, nada más, como si fuera un niño aprendiendo a hablar:

-Prohibido escupir redondo, prohibido, escupir redondo.

-La gente entiende, general Manzueta, la gente entiende que a la autoridad no se la relaja, le decía don Enrique al general acabado de tomar la plaza, el mismo día, mientras realizaba la primera visita importante al pueblo que aún permanecía con las puertas y ventanas cerradas, algunas puertas trujuntas y el olor a gato asado comenzó a convertirse en un olor a rosas, de los baños que se están dando las mujeres.

-Para cuando veamos a los hombres de las tropas victoriosas, porque aquí no hay hombres o los que hay ya tienen sus mujeres y nosotras no tenemos porque quedarnos jamonas, ¿eh Ondina?

-Zi, ez verdad, no tenemos que quedarnos jamonaz.

-Los hombres, don Enrique, tienen el instinto de las fieras, lo que pasa es que algunos lo tienen dormido, como los ratones, hasta

que se les acorrala. Si. Usted tiene que tener la mano de apretar y la mano de soltar a veces con la misma que hala, da cordel, como cuando se pesca.

-La vida es como una pesca, así es el gobierno, general, como cuando uno brega con peces grandes que a veces hay que darles cordel y a veces, para dominarlos, hay que halarlos, de golpe, rápido, con fuerza, para que sepan quién es el que manda, para que el pueblo sepa quién es que tiene el cordel en la mano y lo floja cuando le conviene al gobierno y lo aprieta cuando le conviene al gobierno, pero el pez siempre sabe cuándo está agarrado y el gobierno es igual, tiene que saber qué tiene agarrado y si no lo sabe tiene que agarrarlo para que no le pase como al gobernante que después que lo tumbaron se puso a escribir dizque merengues.

-¡Ay, Tana, la maricutana, se me fue la lisa, después de agarrada!

-¿Tana, y fue por la hija de Grecia y Manuel que sacaron ese merengue?

-No hombre, eso es el estribillo.

-Y ¿por qué mencionan también a la hija de José y Milagros?

-¡Cóoomo! ¿a cuál?

-¡Oh, a Lisa!

-No, no, no, eso es un merengue que sacó un presidente al que tumbaron porque se le fue el gobierno de las manos por no estar atento a su cordel y cuando el pez pidió más cuerda él flojó hasta que no tenía más.

-Uno tiene, general, que tener el pueblo a sogá corta para que no se mueva mucho. El gobierno, general Manzueta, es como tomar un puñado de arena en la mano, uno no puede permitir que la gente se le vaya de la mano como si fuera arena que se escapa entre los dedos, entonces usted sabe si mantiene el puño o si mantiene la mano abierta y no debe olvidar que quien mucho abarca poco aprieta, es un tira y afloja en el cual si uno se equivoca cuando tira, se jode y si uno se equivoca cuando floja, también, es un asunto de equilibrio.

-Si, como cuando vino el circo y Sonrisa de Leche se subía en la cuerda.

-¿Cuál cuerda?

-Una sogá que iba de un lado a otro, amarrada en un palo

altísimo y Sonrisa se subía al palo, como si fuera jugando al palo encebao, y cuando alcanzaba la soga se ponía a cruzar de un palo a otro, con la soga colocada tan alto como donde está la cruz sobre el techo de la torre de la iglesia.

-¿Tanto?

-Si, y allí caminaba, bailaba, hacia cabriolas. Así es el gobierno, si cuando usted está arriba se mantiene, aunque tenga que hacer mogigangas, como Sonrisa de Leche, está bien, pero no olvide, que cuando está lloviendo, cualquiera resbala y cae.

-Cuando se comienza un gobierno, general Manzueta, uno tiene la oportunidad de hacer lo que quiera, porque entonces usted no conoce a nadie y la gente piensa que uno mete la pata porque no sabe, el pobre, pero él es bueno y hay que darle una oportunidad.

-Por eso fue que mandé a buscar presos a todos los que me dijo el síndico que eran del gobierno anterior, para desarmarlos y que nada más la gente nuestra tenga armas, capitán, le decía el general al capitán. Don Enrique dice que el gobierno tiene que ser como los camarones que si no permanecen despiertos se los lleva la corriente y no puede ser como el caimán aquel que por estar de sirvengüenza lo mandaron para Colombia.

-¿Cuál caimán?

-Aquel que se la pasaba come queso y come pan y bebe tragos de ron. Eso no se puede en el gobierno, general Manzueta, porque después lo tumban a uno y entonces hay que estar inventando que se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla, y fue que lo quitaron del gobierno por nada más que come queso y come pan y toma tragos de ron.

-Eso de gobernar, don Enrique, según lo que usted me dice, se parece a cuando uno hace un andullo: se prepara la yagua, se tiene las hojas de buen tabaco oloroso y negro, se tensa la soga y se comienza a darle forma y se aprieta la soga y se da vueltas al andullo, hasta que tiene la forma exacta y el ancho que uno quiere y si se le aprieta demasiado se daña porque se pone tan duro que el tabaco pierde el olor y si se deja sin apretar entonces se le mete el aire al tabaco y lo marea y lo pone vano y pierde el olor y el sabor.

-General Manzueta, había una vez una mujer.

-¿Una mujer?

-Sí, una mujer que definió el gobierno muy bien. Ella decía:

-Cuando me aprietan bailando yo me siento sofocá, pero si Pepe me aprieta, con Pepe no siento na.

-¿Y cómo era, es que Pepe no apretaba?

-Si, porque ella decía:

-Y no es que Pepe no aprieta, sino que sabe apretá.

-Ya, don Enrique. Es como una chichigüa que si uno deja que le pongan ajo en el hilo se le va en banda y uno tiene que saber que hay otros que quieren volar su propia chichigüa o que las tienen volando con navajas en las colas para romperle el hilo de uno y tomar la dirección del gobierno.

-Así es, general. Primero fueron los familiares de Juan Antonio, luego fueron los amigos, los muy amigos y los menos amigos, después pasó medio pueblo a decirle al general que Juan Antonio es buena gente, que a mi me pela de balde y a mi me regala mi medio porque es mi padrino y es muy buen familiar.

-Y el general que no, que no hay perdón, pero si no se mete con nadie, no y no y no, no hay perdón.

-Tan buen hijo, caramba, le dijo la madre.

Y él mantenía su negativa porque era el único que sabía lo que ocurrió esa tarde mientras tenía la barba mojada con la espuma del jabón y Juan Antonio le preguntó.

-General, ahora ¿quién es el que manda? mientras mantenía la filosa navaja un milímetro más arriba de la nuez de Adán y con voz entrecortada y sin querer que se le moviera ni siquiera un músculo facial el general respondió al barbero.

-Usted, compadre, usted, mientras intentaba sonreír, don Enrique, porque el que demuestra miedo ya usted sabe.

Al rato, después que el general llegó a la Fortaleza, una pareja de guardias preguntó por Juan Antonio y fue extraño porque ya él había afeitado al general.

-¿Para que me mandarán a buscar? pensó.

-Porque se te ha olvidado, bandido, un atentado contra la vida del general ¿eh? por eso fue don Enrique que lo guindé del jabillón que está por el Charco de las Madres.

-Es un equilibrio difícil el que hay que sostener, en el gobierno uno debe ser tan manso como una oveja y tan fiero como un león, capaz de tener debajo del guante una garra de tigre, como

dice el general Lilís ¡y ése si sabe lo que dice!

-¿Y la libertad, don Enrique?

-La libertad es el arte de poner a los demás a hacer lo que uno quiere y que ellos crean que están haciendo lo que quieren.

-A mi me dijeron que este es un pueblo difícil, porque dizque aquí la gente sabe nadar con la ropa puesta.

-No, algo peor, aquí la gente nada con la ropa puesta y sale al otro lado con la ropa seca.

-¿Coooooomo? abrió los ojos y la boca desmesuradamente el general Manzueta.

Al otro día se escuchó un grito que retumbó entre la loma de el Cabao y la gente no sabía si eran de almas en pena de los muertos por los pleitos durante las revoluciones hasta que a poco corrió la noticia de que Rafael el hijo de Cucuta había aparecido ahorcado por la playa de Palito Seco y lo único que dijo fue que el pan estaba viejo y que estaban vendiendo pan viejo como si fuera fresco y que las galletas tenían gorgojos. Dos días después fue Nene, el panadero, quien apareció ahorcado por río Caño, y la viuda gritaba:

-Es verdad que la leche de don Enrique está aguada y porque Nene lo dijo me lo mataron ¡Abajo el gobierno, carajo, abajo! y la dejaron sola velando el cadáver del marido.

A Gonzalo lo soltaron como al mes después que Luchy hizo muchísimas delicias y porque don Enrique dijo que el general Manzueta sabía distinguir entre la gente decente y los tigueros y además porque don Enrique le explicó al general Manzueta:

-Los dentistas sacan las muelas y los dientes, pero también los hacen igualitos, que usted no se da cuenta y aunque son débiles y no tan duros como los naturales, la gente puede comerse su chicharrón. Es mejor que lo soltemos porque eso es un escándalo y uno no puede matar a un doctor.

-Don Enrique y yo recuerdo y le agradezco todos esos consejos sobre el arte de gobernar que usted me dio desde el día en que lo conocí y por eso es, síndico, ya me di cuenta por qué me contaron que todos los generales que vienen a este pueblo lo primero que hacen es venir adonde usted y que usted de inmediato los lleva adonde don Enrique, pero ya me di cuenta, es que don Enrique es un gallo pelea en todas las galleras, es un sabio, síndico, un sabio.

Cuando salió de donde Jorge Chaín el síndico le dijo.

-Don Jorge, siempre me gusta ponerlo de buena con las autoridades.

Y el árabe, bajito, medio grueso, calvo, de pelo blanco, recordaba

-Aquella vez que el síndico se metió nadie sabe en cual cueva de cangrejos. No aparecía bor ningún lado y me gustó a mi, barsano, negociar un regaste bara el pueblo borque dodos andábamos secuesdrados bor un grubo de bandoleros y yo les di un dinero.

-¿Y dónde lo tenía, don Jorge?

-No breguntes gosas de gente grande, muchacho.

-Yo encontré una caja de zapatos llena de dinero.

-¿Y qué hacías tu ahí?

-Jugando con las niñas en la trastienda.

-Pues de ahí sagué el dinero bara bagar el resgade del bueblo y el síndigo no abarecía borque nada más son autoridades guando están arriba, bero no sirven bara nada, no arreglan las galles, no rebarten agua al bueblo ¡gué ba! Nada más sirven bara bedir. Seguro que hoy draen al general nuevo que gonguisdó al bueblo. Bor eso es que dengo mi gasa de biedra bara que los diros no la basen ¡Se ñor síndigo gue sorpresa! ¿A gué debo el honor?

-Don Jorge Chaín, uno de los comerciantes más prósperos, ricos y bondadosos del pueblo, es el único que tiene una vara que mide la vara de tela completa.

-Dambien bendemos bor iarda, don síndigo.

-Este es el general Manzueta, nuevo Comandante de Armas del pueblo, don Jorge, lo estoy presentando a los principales del pueblo y usted es el principal comerciante del pueblo.

Entre una yarda de éste y una vara del otro el general Manzueta se llevó tela para un uniforme azul, de gala, de casimir inglés.

-Préndamele un fósforo, don Jorge, para que el general Manzueta vea la calidad de la tela y la llama ardiendo y la tela igualita, ¡Qué tela esa, caramba!

-Un corte de dril presidente para los días de uniforme de gala, algunos corte de kaki y otros de gabardina, porque un general como usted no puede estar vestido de cualquier manera, general.

Antes de que tocaran en el negocio de don Pedro Castro ya la puerta se abría y al buenos días señor síndico le dije:

-Abrame don Pedro que le quiero presentar al general Manzueta, nuevo jefe del pueblo y don Pedro le miró los pies y pensó que habría que hacerle una horma especial al general, porque tenía un ñame parecido al de Quico Lucas que ni siquiera había hormas americanas para este pie, porque cuando le pidió unas a Juan Pérez Martínez este le dijo:

-Fabríquelas que ni los americanos tienen hormas tan grandes.

Primero se abrían las ventanas y la fragancia de las mujeres recién bañadas cambió el olor del pueblo, en cuyo aire aún quedaban recuerdos del olor a ratón asado y a sancocho de gato. Después las puertas se veían entrejuntas, como si fuera el mediodía en el cual el pueblo dormía la siesta y las puertas se dejaban entre azul y buenas noches, como que sí, como que no.

-General, eso significa que la gente está en la casa y puede recibir, pero prefiere dormir la siesta y es bueno tocar porque a esa hora los hombres tiene los pantalones desabotonados y las mujeres duermen sentadas en alguna mecedora.

De patio en patio corría la voz.

-Están donde don Enrique.

-¿Todavía?.

-¿Es que no van a salir?

Cuando se paró el ruido del tropel de los caballos corrió de nuevo la voz:

-Ahora están donde don Jorge.

-¿Y ahora?

-Le toman las medidas donde Ramoncito García.

-¡Tan buen sastre, caramba!

-Si pero tiene mala cabeza ese muchacho.

-Es que le gustan muchos las mujeres.

-No, es Argentina quien le hizo perder la cabeza y le sacó una canción que luego tocaba su primo Julio Gautreau.

-¿Cuál?

-Aquella que dice mira como ando mujer por tu querer, borracho y apasionado nomás por tu amor, y por quererte olvidar, me tiro a la borrachera y a la perdición.

-Pues eso será después porque ahora Argentina y Ramoncito están de lo más queseyó, no me vengas con cuentos.

-¿Y qué hace el general allá?

-¡Imagínate! buscó la tela donde don Jorge y ahora están atareando a Ramoncito para que le haga un traje para presentarse decente ante el pueblo porque lo que es con esa ropa ni yo que estoy desesperada.

La arenga del general fue pronunciada cerca del mediodía, después que se hizo la comida que se mandó a buscar al almacén de don Enrique, ese gran amigo de la guardia y de la situación.

-¿De cuál situación?

-De la que esté y usted se calla, ¡carajo!, que los muchachos hablan cuando la gallina mea.

-Pena de la vida al que le ponga la mano a una de las muchachas del centro del pueblo. Pena de la vida al soldado que tire un tiro aunque sea para arriba. Pena de la vida al que se robe un pan, o un poco de comida o alguna ropa. Pena de la vida al que se lleve ningún pedazo de carne que hayan puesto a secar para hacer tocino. Pena de la vida del soldado que se invente un sabroso sancocho de gallina robá. Todo eso se hace cuando uno está en la manigua, no cuando uno llega al gobierno, porque el gobierno es otra cosa y lo de ustedes aparecerá, pero tengo que dárselo yo, ustedes no pueden coger y no se preocupen que si mis tropas no pasaron hambre en el campo, aquí mucho menos, porque aquí llega de todo y ahora que no hay guerra ustedes verán.

El toque de corneta rompió los colores del atardecer y las muchachas del pueblo se quedaron esperando el desfile militar de la victoria.

-Lo van a hacer esta tarde.

Y todas con sus vestidos nuevos parecían un jardín multicolor, cuyas risas se mustiaron a medidas que cayó la tarde,

cuando el sol se escondió por Blanquizales, y las estrellas comenzaron a salir por Puerto Alejandro. Los guardias se fueron a los barrios a cumplir con la arenga del general.

-¡Cuidado quien toca a una del centro del pueblo!

Y tocaron y gozaron a las muchachas de las orillas

Al otro día sólo se escuchaban los gritos y los cuentos

-A mi me tocó una que estaba preñada.

-¿Y el marido?

-No sé.

-Oí decir que había un hombre que amaneció con la boca llena de hormigas a orillas del mar.

Las muchachas del centro del pueblo, en especial las jamonas, no lo dijeron, pero pensaron que el general era un flojo

-Porque cuando se toma un pueblo se toma por completo y a nosotras nos dejaron como a una fortaleza inexpugnable, cuando todas éramos fáciles presas del primer ataque porque estábamos rendidas de antemano, pero ¡qué cosa! lo que tenemos que hacer, Ondina, es irnos mañana en la tardecita para el río Sito a ver si un guardia se equivoca.

El cura alzó la voz desde el púlpito y condenó

-A aquellos que piensan que la fuerza tiene más fuerza que el derecho, que el derecho es débil ante la brutalidad y que los pueblos soportan la brutalidad por miedo. Recordó que el miedo lo hace uno mismo y nadie es más valiente que ningún otro, lo que pasa es que todo tiene su tiempo. y tiempo llegará en que el Señor volverá a juzgar a los vivos y a los muertos, porque por encima de la Iglesia no hay nadie ni nada. Nosotros somos el pueblo de Dios y Dios quiso justicia para su pueblo, no abusos y castigos. Ahora, si los jóvenes salen de noche a dar una serenata, a la burra, si quieren ir de cacería, a la burra, si tienen un libro de Vargas Vila, a la burra. La cárcel no se hizo para impedir que la quietud de las noches se quiebre por la dulce endecha que suene bajo la ventana iluminada por la luna y las estrellas, ni tampoco se logra nada negándole a la juventud leer lo que quiera. Todos, autoridades y padres, tenemos la obligación de velar por la juventud para que no se corrompa, pero no tenemos derecho a restarle su alegría de vivir. La ley no puede estar por encima de la vida. La ley no puede servir para hacer de los pueblos grandes jaulas. La ley tiene que servir para abrir las puertas de los calabozos y para levantar las prohibiciones de que el hombre sea libre, porque como dijo aquel gran pensador mexicano, aunque la jaula sea de oro, aunque la jaula sea de oro no deja de ser prisión.

Los comentarios se iniciaron en el atrio, a la salida de la iglesia, caminaron todo el pueblo, se fueron por lo llano, se desparramaron hacia las orillas, subieron a la Fortaleza y cuando el general Manzueta bajó, hecho una furia que sudaba fuego, don Enrique sonrió antes de decirle

-Ese fue el único tema que no hemos tratado, Juan Perón creía que él tenía a los argentinos convencidos de que él era el mejor bailarador de tango, que nadie cantaba una milonga como él, que se había inventado el pericón y el gato y que hacía el mejor mate de

la República, hasta que se metió con la iglesia. Trujillo les dio templos, colegios, bienes, residencias, dinero, aduló a los curas y a las monjas, respetó los consejos y las advertencias de la iglesia, se metió en un bolsillo a un arzobispo ciego que tenía apellido italiano, o yugoeslavo, no sé, pero el día que se puso a criticar a los curas, hasta ahí llegó, general, hasta ahí. Tenga mucho cuidado, deje que los muchachos den sus serenatas, déjelos que vayan de cacería, sígalos, dígale a sus hombres que le cuenten todo lo que pase en el pueblo.

-Si, don Enrique, porque ahora ya sé que la mujer del síndico se la pega con Solito, que la Gitana adivina hasta el pensamiento y tiene un consultorio para arreglar los matrimonios y darle amansaguapo a los hombres que brincan la tablita, que Solito tuvo una discusión con el cura que eso no tiene madre.

-¿Y qué le dijo?

-Que los blancos han venido aquí, españoles, franceses, holandeses, americanos, a joder y a llevárselo todo.

-Si, general es que son fuertes, lo último que se querían llevar era las sonrisas de las mujeres y el olor de las muchachas recién bañadas.

-Ya lo sé todo en el pueblo, Sé quien presta dinero al veinte y quien lo coge prestado, sé quién está con la situación y quién es enemigo del gobierno. El otro día metí preso a un muchacho que estaba serenando a una india Ginandiana, que me trae loco, y cuando lo metí en la burra el juez lo soltó dizque por falta de pruebas.

-¿Qué delito había cometido?

-Andaba con un puñal y está prohibido usar armas de fuego.

-Pero ¿eso es un arma de fuego?

-Por estar discutiendo es que se le pierden sus pescozones en la cara a los civiles, un cuchillo es un arma peligrosa, se puede considerar un arma de fuego.

-¿Y qué dijo el juez?

-Que ese cuchillo ya había ido muchas veces al tribunal y que siempre acusaban a la gente de andar con el mismo cuchillo y por eso soltó a ese atrevido, enamorando a la mujer que le gusta al general.

-Es que yo no sabía, es más, más nunca cruzo por Ginandiana,

porque al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

-Así es, general, así es. Hay que tener cuidado con los asuntos espirituales, uno nunca sabe cómo piensa la gente, la única libertad verdadera es la libertad de conciencia, porque cada quien piensa como le viene en ganas y no tiene que dar cuenta de sus pensamientos, sino de sus acciones y de lo que dice y escribe, pero nadie dice lo que piensa cuando eso perjudica a la autoridad, a la iglesia, al gobierno.

-Es verdad, así es.

-Y otra cosa, general, yo no sé cómo es por allá, pero aquí cuando llueve, llueve y no cesa de llover, es como si abrieran una compuerta del cielo y un canal se desbordara sobre el pueblo. Usted oye las primeras gotas de agua que golpean los techos y luego no sabe si hay techos o si hay casas porque hay que irse para la parte alta del pueblo, algunas veces el pueblo entero se mete en la fortaleza, todo el mundo cierra sus casas y cuando puede regresar lo encuentran todo descompuesto, humedecido. Algunas cosas se las lleva el agua, otras se pudren porque no sale el sol y hay gente que desaparece llevada por la corriente. La última vez los ríos que no corrían volvieron y fue Alejandro el historiador quien advirtió que los ríos cuando vuelven a correr buscan su madre y no importa que allí quede la fortaleza o la iglesia o la comandancia de armas o el partido del gobierno, lo que importa a la naturaleza es buscar su camino y como sólo ella lo sabe hay que tener cuidado, general, porque si usted no guarda pan para abril y harina para mayo la puede pasar muy mal.

-Eso es, don Enrique, eso es, que me dijeron que usted va para la capital, a ver al presidente y yo quiero que usted me deje el problema resuelto, porque las lluvias no permiten que los abastecimientos llegen a tiempo para las tropas y usted sabe lo que son los guardias hambrientos donde hay y ahora con esta agua y esta lluvia que no para esos guardias acuartelados y tantas mujeres bonitas en este pueblo... No sé cómo he podido aguantarlos en el cuartel, porque eso sí, les he dicho que pena de la vida al que se atreva con una señorita del centro del pueblo.

-Pero es que ya las mujeres de las orillas están toditas preñadas, ni las viejas se les salvan a estos bellacos, don Enrique, le decía el cura, ni las viejas.

-¡Usted sabe lo que es eso! padre, los hombres son como las bestias.

-Sí, pero si iban a traer esos hombres para aquí debieron pensar que esas bestias necesitaban mujeres.

-Padre, pero usted dice en el púlpito que la prostitución es un pecado que el Señor castiga.

-Si don Enrique, pero hay males necesarios.

-Entonces, general, para que usted no tenga problemas autorice a Boca de Jarro, que quiere poner un cabaret, es una buena solución.

-Pero yo quiero resolver el problema de la comida de los guardias porque si uno va a buscar pan resulta que la leña no prende y el horno está frío desde hace una semana y lo que halla son unas macitas más duras que una piedra, las galletas tienen gorgojos y Juan Antonio no sabe cuándo podrá prender el horno. Ningún almacén tiene arroz porque dice don Manolo

-El arroz que tenía se me repolló, porque se mojó, esta gente lo dejó mojar y ahora está repollando.

-Los chinos se comen el arroz como quiera.

-Sí, pero yo sólo tengo un soldado chino, el Chino Aristy y es de Azua, no es chino na, así que, don Enrique, antes de irse usted tenemos que resolver el problema de la guardia. Usted sabe que la guardia es lo primero en el gobierno, porque sin fuerza no hay ley, ni respeto y la fuerza hay que tenerla contenta porque si no se la contenta otro y entonces sí que se acabó el gobierno, don Enrique.

Domitila le anunció a don Enrique.

-Ahí está el general Manzueta.

-Pero ya yo hablé con él todo lo que tenía que hablar, hasta sabía de mi viaje.

-Pues está en la antesala esperándolo para despedirse de usted.

El olor de la leche quemada le llegó a don Enrique quien tocó la campanita de cristal cuyas incrustaciones de plata representaban extrañas escenas de amor entre animales y mujeres, hombres medio animales y medio hombres persiguiendo hermosas ninfas desnudas.

-¿Por qué dejaron quemar la leche?

-Es que Cristino llegó ahora, don Enrique.

-Las vacas se están ahogando, el agua sube tanto en el campo que sólo nosotros tenemos las vacas arriba, en la loma y fueron los ganaderos a pedirnos que les dejáramos subir las vacas.

-La loma de usted, don Enrique es la más alta.

-¿Y dónde pongo las vacas mías?

-Es que alcanza para todos.

-No, primero Dios que sus santos, quien me dicen que está vendiendo reses como cosas de castigo es Oscar Valdez.

-Pues cómprenle lo que venda, que tiene muchas.

-Pero si no las vende se les van a ahogar. ¿Y esta agua llega a Higüey?

-Sí, a Higüey y más allá y también las vacas de Oscar Valdez y las de la parroquia de la Virgen están amenazadas.

-El dizque se las lleva para la capital por el camino de Cumayasa.

-Mándame a buscar al general Manzueta...

-Porque usted, don Oscar, no puede pasar sus vacas por aquí sin pagar el derecho de alcabala.

-¿Y qué derecho es ese?

-El de paso. Tantas vacas para la capital y mis tropas sin carne y sin dinero para comprarlas porque de la capital no puede venir el pago. Don Enrique y me dio todas esas vacas que usted ve y también unas cuantas onzas.

¿De oro?

-Sí, pero se las traje para que me las guarde, usted sabe lo

ladrones que son esos guardias.

-Si, general, usted dice que son ladrones, pero yo no tengo donde guardarle esas onzas de oro, eso vale mucho y el Diablo tiente, Domitila.

-Pero ¿usted no tiene una caja fuerte?

-Esos son decires de la gente, general, decires, nada más. ¿Qué voy a guardar en una caja? Imagínate si le digo que tengo caja y dinero guardado, a la primera revolución, por cualquier quítame usted esta paja tengo a esa fiera metida aquí quitándome lo mío, Domitila. Es que esos generalitos de ahora no saben con los tígueres que yo he lidiado. General, yo lo siento mucho, pero aquí sólo el cura puede guardar algo y estar seguro, porque todo el mundo respeta la Iglesia y el general recordó que la mañana que su tropa atravesó el pueblo, por primera vez, entró a la Iglesia montado en su caballo negro, en Blanquito su favorito, y desde entonces el cura comenzó a mencionarme en los sermones, don Enrique, pero este oro tengo que buscar donde guardarlo.

-Alguna gente hace entierros, general.

-Si, pero hay que luchar mucho para enterrarlo, y después si uno necesita lo suyo de un pronto a veces no lo puede sacar.

-Eso es un problema, pero yo no tengo donde guardárselo.

Las muchachas del pueblo se conformaban, algunas, con poder mirar por los tragaluces del soberado

-Ahora vivimos en la parte más alta de la casa, porque si nos vamos lo perdemos todo.

-El pueblo está anegado, decía Ondina.

-Todo, hacia cualquier lado que uno mira todo el pueblo está lleno de agua, el otro día por poco se ahoga mi mamá, que es bajita y el agua traía corriente y troncos y animales muertos, lo mejor es no salir.

-Domitila, cualquier cosa manda a Paula porque a mi gusta que seas tú quien me ayudes por la mañana y sostenerme en tu hombro antes de tomar el bastón y sentirte cuando me levanto, sentir que tus duros pezones hieren la carne de mi pecho.

Los guardias del general Manzueta pusieron sacos de arena a la orilla del río para que se desviara y no entre al pueblo, don Enrique vació el arroz y las habichuelas y le dio los sacos a los guardias para que hicieran el muro de contención del río Birán,

botado de madre como nunca.

-¿Y el Soco?

-Sobrepasó el puente y el río subió más allá del muro y continuaba la lluvia como si fuera una maldición.

-Cuidado, decía el cura, si somos el pueblo prometido y el Señor nos manda esa agua para purificarnos de las barbaridades de este general Manzueta.

El agua seguía, anegó el pueblo y el cura mandó a cerrar las puertas de la Iglesia.

-Me dejan la de la sacristía, para que todo el mundo entre a oír la misa por ahí, que esa puerta queda al norte y por ahí se meterá el agua.

-Padre ¿Quién dijo?

-Designios del Señor y cuando se pudrió la escalera del coro pusieron una guíndola como la que usan para pintar los barcos y por ahí subían las muchachas del coro y el señor Beras, quien tocaba el armonio.

-Se acabaron las serenatas porque los dedos resbalaban sobre las cuerdas de las guitarras que sólo sacaban quejas en vez de sonidos.

-Ahora es peor que cuando la guerra del general Manzueta, porque ahora no hay ni siquiera ratones, el último me lo comí yo que lo vi que iba, corriente abajo, ahogado, en medio de un mar de cucarachas.

-Ahora sí llegamos adonde íbamos. Agua y agua, humedad, ropa mocata y no hay qué comer.

-Quiero decirle don Enrique, que vi cuando los hermanos Pérez

-¿Los de la orquesta?

-No, los hijos de Luis, iban detrás de Meme que se llevó a Mireya, su hermana.

-¿Y cómo lo supiste?

-Porque iban todo el camino diciendo que si delincas yo te mato y como yo había visto a Meme y a Mireya que iban en un caballo como la jonde'el Diablo.

-Esa gente es el Diablo porque después decirle a uno que Meme se llevó a Mireya, ellos la encontraron a los nueve días y

-Parece mentira pero no na, ni na.

-¿Cómo? Si, dizque la encontraron señorita.

-Lo que pasa, don Enrique es que si Mireya me dice:

-Yo lo quiero y no lo niego, por qué yo voy a negarlo.

-Uno no puede interponerse en el amor, le contaba el médico, y yo le dije a los Pérez, también lo que ellos querían oír, que su hermana era señorita, pero por eso es que luego aparecen los Moisés.

Más tarde, Mireya se halló un niño a orillas del río, cuando nos bañábamos meses después.

-Es una bendición porque como mis hermanos no me dejaron casar ahora me hallé este niño.

Don Enrique ¿usted entiende? lo que pasa es que hay muchos modos de acomodar la verdad, don Enrique.

-Doctor, entiendo, ahora hay que hacer que los Pérez se arreglen con Meme y que el padre bautice la criatura con Meme y Mireya como padrinos.

El hermoso caballo negro caracoleó frente a la casa de don Enrique, la apostura del jinete y su destreza para llevarlo los hacían parecer como una sola cosa. Caballo y jinete se compenetraban de tal forma que cuando Víctor haló las bridas el caballo se paró en las patas traseras, levantó las delanteras y relinchó en un relincho largo, profundo, conocido, que provocó la carrera de Domitila y mayor que la sorpresa de ver a Víctor fue la respuesta de él.

-Aquí, que el presidente me mandó a casarme con Alma.

-¿Con tu novia Alma?

-Así es.

Víctor había sido de los primeros graduandos en la escuela Militar de Haina, junto con don París Goico y don Pedro Bastardo y cuando el presidente dijo:

-Quiero una Guardia Presidencial adecuada, que sirva para ir a las recepciones y para que los embajadores le pasen revistas cuando vengan a presentar credenciales, el general don Telo cogió la seña y mandó a revistar las tropas para ir entresacando.

-Tú, y señaló a un blanquito de los lados de Moca y tú también, llamó a un rubito banilejo. También aquel que camina como zambo, que después le enderezamos las piernas que el doctor Gilberto se las entablilla o le pedimos al experto de la FAO que nos busque una fórmula.

-¿Y Frank Rodríguez es médico?

-No, pero tiene amigos en la FAO, en Roma y puede averiguar.

-Y también aquel gurabero.

-¿Evelio?

-¡No importa, si es Evelio o Rubén o Hipolito, los guraberos todos son guapos!

-¿Y cómo lo sabe, general?

-Porque mi suegra, doña Cristina es de allá.

-Ahí fue cuando seleccionaron a Víctor para que fuera miembro de la Guardia Presidencial. Esos son los hombres que yo necesito para llevarlos a las grandes fiestas en los salones de los ricos y los mantuanos de aquí, para quitarles esa blanquería si aquí el que menos corre vuela y todos tenemos el negro, en la nariz, en la pasa ¿dónde?, en los moños, o detrás de la oreja.

En sus sueños de milicia Víctor oía decir cosas que... pero guardia viejo no cae en gancho y mejor

-Mi general para aquí y mi general para allá.

El general a veces pensaba.

-Si sabrá este lo que pasó con...

-¿Qué será lo que busca el general que viene tanto aquí?

-El vapor Independencia está surto en el puerto de aquí.

Hay que ir a recibir al presidente

Y bajó el general Lilís en cuyo pecho había intrincados dibujos recamados en oro de 18 kilates.

-De las minas de Miches, general. De la que descubrió el alemán.

-¿Cuál alemán, no me dijeron que fue don Federico Fondeur?

-No, don Federico fue el mejor administrador, el más honrado, pero las descubrió un geólogo alemán que se llamaba Walther Eberle a quién le gustó tanto la República que casó con Pochi, una china criolla de ojos rasgados y habla cibaëña.

Bajaba el general Lilís la escalerilla del barco y cuando su pie tocó tierra la banda de música empezó a tocar el Himno Nacional y se paró toda actividad, uno de los Arriaga se quedó con el martillo alzado que trabajaba en el yunque, Juan Antonio suspendió las tijeras en el corte del cerquillo mientras recortaba a uno de los mellizos Justo Duarte, doña Nieves se quedó con la correa de cuero a medio golpear a K quien era castigado por una de sus múltiples diabluras, Juanita se quedó con las manos a medio enjabonar porque lavaba la ropa.

-Quiero ponerme ese traje blanco esta noche, para ir al baile de San Andrés.

Justiniano Luperón estaba pesando un arroz y no sabía cómo parar los granos que seguían bajando de la paleta hacia la superficie del peso, porque cuando se toca el Himno Nacional o se sube o baja la Bandera todo debe quedar en silencio y sin

movimiento, no deben volar ni siquiera los mimes, ni escucharse el canto de los búcaros que dan las horas con más exactitud que los relojes porque nunca hay que darles cuerda.

-Mientras sonaban las notas del Himno Nacional las campanas no tocaron las doce para no perturbar el respeto que se debe al canto patrio, explicaba después Virgilito, el inquieto sacristán de la iglesia del pueblo.

El general Lilís recibió el saludo de las principales autoridades del pueblo y se dirigió a casa de don Enrique.

Fueron tres días de fiestas pisadas.

-Domitila, el general no tiene hiel, ese hombre no se cansa,.

-Primero fue una fiesta en casa de los Peguero, en río Sito, después fue donde los Suero, después donde los Castro, en la noche una fiesta en el Club Guaroa, y bebe y habla y brinca y baila y vuelve y bebe y hace los mejores chistes de salón que hombre alguno pueda hacer.

-¿Mejores que los de Chuchú Puello?

-Mejores, Domitila.

-En todas las fiestas el general se dedicó a bailar con Almita, la hija de mi compadre Manuel.

-Es que cualquiera, don Enrique, quiere bailar con Almita, blanca, alta, con una cabellera hermosa y negra donde parecen brillar unas estrellas perdidas que se enredaron en las largas hebras de su pelo y los ojos grandes, alegres, vivos. Con una mirada tan dulce como el remanso donde el río retrata el azul del cielo limpio del verano, tiene una risa que parece el murmullo de un arroyo y una voz tan dulce como el guarapo, cualquiera, Domitila, cualquiera.

Al quinto viaje del general el síndico había arreglado los caminos.

-Se le dará una mano de cal viva a todos los frente de todas las casas del pueblo para que cuando el general venga encuentre el pueblo como una fiesta.

-Desde ese día a este pueblo le dicen La Caja de Muerto.

-¿Por qué?

-Porque como todas las casas están pintadas de blanco y en el dominó el único blanco blanco es el doble blanco y le dicen la caja de muerto.

-¡Qué chepa! que al pueblo no le pusieron Los Muertos, o algo así.

Las campanas del pueblo tocaron a rebato cuando el vapor Independencia tocaba la punta del muelle. Un portuario que estaba de adulón colocándose donde el general me vea, recibió un fuerte golpe con el jibilai que tiraron desde el barco para que halaran el cabo de muelle para amarrar a la nave y luego bajar la escalerilla. Las avispas del campanario siguieron su rutina. Los querebebés anidados en la torre de la Iglesia, emprendieron vuelo para caer en las trampas que les colocaban los diablitos haciendo un hueco redondo en un papel que tiraban hacia arriba, amarrado de una pequeña piedra, y cuando las avecillas jugaban al tiro al blanco intentando cruzar el pequeño hoyo del papel, el peso de la piedra las hacía caer.

Cuando Vinicio llevó un querebebé a su casa doña Adosinda le dijo.

-Una golondrina no hace verano.

El general se movía con un séquito y sólo por el rítmico sonido de las pisadas el pueblo salía a verlo y aclamarlo.

-¡Que viva el Pacificador! ¡Que viva el Libertador!

Nadie sabe qué le pasó a Luis porque él hasta le voceó al general unos vivas.

-Si, pero había uno ¡que viva el macho de todas las mujeres!  
Y el general reía.

-¡Que viva el macho de todas las mujeres!

Y el general sonreía.

-Y el marío de todos los hombres.

-Nadie sabe, pero aquí se pierde cualquier por estar

-Mi mamá me dijo que en bocas calladas no entran moscas, y a mí que por la boca muere el peje, un filósofo griego diría me he arrepentido de haber hablado, de haber callado nunca.

-Que viva el general Lilís, un hombre que corta un pelo en el aire sin tijera, conoce el cojo sentado y el ciego durmiendo, ¡qué viva!

-¿Y esa morocota, muchacho dónde te la robaste?

-Mamá, mamá, fue en la esquina, pasó el general, ¡qué viva el general Liliiii!!!

-Que viva.

-Gritábamos los muchachitos.

-Que viva el macho de toa la mujere.

-Que vivaaaaaa

-Cuando volaron las monedas tiradas a la garata con puño yo saqué este morocota.

-¡Qué buen hijo, qué amor! Dame acá para guardártela.

Las pisadas sonaban y la gente sabía ahí viene el general

-¡Qué viva, qué viva!

-No te inventes razones para que viva, nada más que viva, no vayas a ser que te pase como a Luis, que viva.

-¿Qué Luis?

-Por eso es que amanecen con la boca llena de hormigas y después no se sabe si fueron los cangrejos que les comieron los ojos, que viva el general.

El silencio del mediodía era cortado por la respiración entrecortada.

El pueblo decía shhh, shhh, que el general está durmiendo la siesta y a nadie le gusta despertarse con un sobresalto.

-Shhhh, muchacho calla, deja ese trompo y esas malditas bolas.

-¿Bolas? ¡bellugas!

-¡Que bellugas! serán metras.

-¿Tu eres venezolano?

-Bueno como se llamen las canicas esas pero déjame el jueguito que tu no sabes lo que es el eco.

-¿El eco? Sí, el eco del sonido de las bolitas puede llegar a intranquilizar el merecido descanso de nuestro muy alto y poderoso señor Presidente de la República, el Gran Pacificador, Héroe de la Independencia, Protagonista de la Restauración y Luchador de Primera Fila de la sangrienta, Guerra de los Seis Años que le puso el azul a la Bandera Nacional porque fueron los azules quienes ganaron esa guerra cuando querían anexarnos a los Estados Unidos.

-¿También?

-Sí. Después de la experiencia con España.

Pues ese presidente sí que es grande, que viva el presidente.

-Shhhhh muchacho, ahora no se puede hablar ni en bien ni en mal.

-Ah, pues, estamos como cuando Trujillo que doña Nieves le dijo a K, no hables de este hombre ni en bien ni en mal y luego cuando fue a estudiar a la capital Felipe Sirí le decía.

-Que Esteban esto y Esteban lo otro y un día Kakelo aclaró que Esteban era el modo familiar de ellos llamar a Trujillo, Estebandido.

-Es mejor, ni en bien ni en mal, no vaya a ser que uno se equivoque, mejor, que viva el general, y se acabó, así todo el mundo entiende y cuando pase por aquí ni siquiera saques el pañuelo.

-¿Por qué?

-Mi general es que uno no puede permitir.

-¡Cállese, carajo, gallito alegre!

-Es que cuando usted iba...

-¡Cállese, le digo!

-Pasando el hombre haló de atrás.

-¿Y por éso?

-¿Y si era un revólver?

-Pero sólo era un pañuelo para el polvo, gritaba la viuda sobre el cadáver caliente del hombre a quien un valiente soldado le metió un tiro en el entrecejo antes de que intentara sacar el pañuelo del bolsillo trasero para cubrirse el rostro por el polvo que levantaban los caballos del Estado Mayor del general Lilís.

-Uno no saca pañuelos ni da películas cuando van pasando esos leones, decía Leonel Concha. Esos leones no se equivocan, no juegan.

-¿Y si se equivocan?

-Si se equivocan pierden la vida, ahí está en juego la vida y la muerte.

-Yo, general, pensé, para que la cruz vaya a mi casa que vaya a la ajena.

En la fortaleza, el Comandante de armas decidió:

-No me le pongan bayonetas a los fusiles no vaya a ser que el reflejo pase cerca de la cara del general cuando esté durmiendo la siesta y despierte por eso, porque entonces si es verdad que se acabó la comandancia.

Todo el mundo comía antes que el general, porque Fausto Martínez descubrió que el general era igualito que Mario García

Alvarado que desde que como:

-Me entra un sueño, y si no echo una cabeceadita, aunque sea sentado, paso toda la tarde de mal humor.

La gente cocinaba temprano y comía temprano para que los cubiertos no sonaran en los platos o el borboteo de los hervidos no molestara el sueño merecido de la hora de descanso del general.

-Un cerebro como éste que tiene que tener arriba todos los problemas de la República, ¡imagínate! necesita descansar.

-Estamos de acuerdo no molestemos al general que para eso es el presidente y el presidente tiene todos los derechos y nosotros el deber de cuidarlo y protegerlo.

A cada rato, cuando nadie lo esperaba el humo de la pipa que fumaba el vapor Independencia se remontaba en dirección a El Curro.

-Qué viva el general.

Que viva.

Que viva el Pacificador.

Que viva, y los pobres se agrupaban en el muelle.

Los pobres no, alguna gente, algunos portuarios y los músicos de la Banda y las autoridades, porque el pueblo si él quiere verlo va a tener que ir al club Guaroa que es donde se junta la sociedad pero ¿quién dijo que vamos a ir al muelle? eso si que no, no señor.

El pueblo sabía cuando el general dormía, algunos pensaban que, pero no, ese hombre es tan malo, dijo Gonzalo el dentista, que es capaz de desayunar todos los días con un muchachito crudo y ni siquiera eructa.

-Yo lo vi, decía Lorenza la de donde tía Gloria, y lo que come son frutas, un poco de queso de leche de chiva que le traen de Azua y café del Propio Esfuerzo, la finca de don Giuseppe Cavallo y don Luis Almonte.

No es bruto el hombre, qué desayuno y luego se regaba por el pueblo el olor de la comida del general, conejo ahumado de los que preparan en la frontera las gentes del coronel Carrasco, berenjenas gigantes de las que siembran los americanos en Duvergé y Jimaní, pescados de las granjas que hay por Los Hidalgos.

-¿En Monte Plata?

-De esa misma.

-Pero eso no se conoce, tu veras, aquí hay una revolución lo

que pasa es que la gente no sabe que hay tanta gente trabajando, víveres de los que sacan los haitianos que trabajan en Los Haitises.

-¿Y están desmontando?

-Hay hijo, el día que el presidente se tercié el sable y comience a investigar eso tú verás.

-¿Están desmontando Los Haitises?

La voz se corrió pero no llegó a oídos del general Lilís ni tampoco del Comandante de Armas.

-Culebra no cae en lazo, nadie es pendejo para meter la cabeza en la boca del león.

-¿Y usted cómo lo sabe; usted tiene conuco ahí? le preguntaron a uno que fue a chivatear lo de Los Haitises y después las barbas y los sesos volaron como mariposas.

Así son esos tiranos, decía el doctor Gilberto Martínez quien siempre le tiró a Trujillo.

El principal problema era la cena, porque el general siempre tomaba su jarro de leche que sirve para que a uno se le,

-¿Quién dijo?

-Bueno, pruebe, porque probando es como se guisa ¿no es cierto?

-Si.

-Y luego dormía con un mosquitero que habían traído en el barco, en una cama especial, dura, de guardia, porque los generales tienen que dar ejemplo a su tropa.

-Usted es el presidente, jefe.

-Si, pero antes que eso yo soy el jefe de la guardia, que es más importante.

En medio de las fiestas las miradas convergían en Almita, centro de toda atención. Las muchachas del pueblo vestían, como Almita, querían caminar, como Almita, sonreían haciendo una mueca, imitando el más bello y leve encogimiento de mejillas que formaba dos hoyuelos en su centro, como Almita, usaban el perfume del ilang-ilang, como Almita, mandaban a hacer los zapatos donde Julio Zorrilla, como Almita, pero no tenían la suerte de ser invitadas a bailar.

-Préstame, Almita tu cuaderno y el general anotaba en todas las líneas del cuaderno de baile, con una letra de notario

antiguo, Ulises, Ulises, Ulises, hasta que no quedaba ninguna línea vacía.

-Pero además, ¿quién iba a pedirle una pieza a esa muchacha? Culebra no cae en lazo, ni puerco se rasca en jabilla, ni campesino coge sombra bajo una mata de guao.

-¿Por qué?

-Porque se emponzoña.

-¿Qué?

-Se hincha. Y uno tenía que bailar con cualquier otra muchacha.

-Bailo como Almita, lo que pasa es que nadie se fija en mí, sino en Almita.

-Víctor, lo llama el general, y el apuesto joven escuchó la orden.

-Desde hoy usted es teniente de mi Estado Mayor, pase mañana al vapor Independencia para que le entreguen sus arreos.

-¿Y el uniforme, general?

-Dígale a Ramoncito García que se lo haga, que él sabe como es y que lo quiero para mañana.

La gente cuenta historias que sabe e historias que no sabe, cosas que no pasaron y otras que sucedieron, pero lo cierto es que la cuenta y cuando el río suena es porque agua trae, yo sé que los amores de Almita y Víctor terminaron cuando él abordó el vapor Independencia como oficial del Estado Mayor del Gran Pacificador y uno no sabe a quien creerle pero el chisme aunque no me guste me entretiene y la gente cuenta y habla y dice y pregona, uno no sabe cómo es ni quién fue el primero en decirlo, dicen que fue en la casa de El Cerro y otros que en la Casa de Caoba, unos dicen que fue después de una fiesta, otros dicen que fue un asunto privado, porque el Gran Pacificador y Magnífico Ciudadano de la Patria no quería ofender a su compadre Manuel, el padre de Almita.

-¿Almita era su ahijada?

-No, su hermano.

-¿El que voceó la cosa y apareció con la boca llena de hormigas?

-No hija, otro Luis, Luis el hermano de Almita, era el ahijado del Gran Ciudadano y Magnífico Pacificador.

-Ten cuidado que lo dijiste al revés.

-Da lo mismo, el Gran Presidente, el Mejor y el Único, el Más Grande, Bueno, pero ¿que pasó?

-No sé. Realmente uno no sabe. Uno sabe que los rumores caminan por calles y callejones, cruzan por los tablados, traspasan las paredes, se meten por las rendijas, suben las lomas, bajan por cualquier vereda, parten en dos los tupidos montes y continúan caminando y cada quien los cuenta a su manera y cada uno le agrega lo que le parece. Los rumores y los chismes son como las recetas de cocina que todo el mundo las modifica a su acomodo, pero lo cierto es que uno no sabe quién fue que contó primero, ni siquiera si eso fue tan privado cómo se supo. En este pueblo lo que tu no quieres que se sepa ni lo pienses. Aquí la gente, para estar

hablando lo que es y lo que no es, hasta te adivina el pensamiento.

El rumor comenzó como cuando comienza a llover, no importa que tu lo esperes o no, llueve, Llueve y no para por las rogativas a San Isidro ni por las oraciones a la Virgen Purísima. No. Llueve, y comienza a llover por cualquier parte, no importa que llueva en un pedazo del pueblo y en otro haya sol radiante. Llueve. Llueve y para sólo cuando se termina la nube. Aquí un rumor se lleva a otro rumor, pero tiene que venir uno nuevo porque si no se queda el otro sazonado por mil pedazos que le pega cada uno y cuando el rumor se devuelve y llega a quien lo echó a correr

-Uno ni lo reconoce, mi hijo, parece como si estuviéramos hablando de otra cosa.

Lo que sí recuerdo es que el rumor comenzó a correr a partir de que Almita se fuera del pueblo, poco después del último viaje corrido del general presidente Lilís. Dicen, a mi no me lo crean, que una tarde el general puso al teniente Víctor de servicio en la puerta de entrada de Najayo, bello sitio ideal, residencia veraniega de Trujillo, así cantaban después el merengue, y le dijo el general a Víctor:

-Viene una joven en un coche, cuando llegue ábrale la puerta y condúzcala a mis habitaciones superiores.

Almita sabía cuál era su destino. No todo el mundo arriesga la vida, la vida de su familia y los bienes por el honor. ¿Qué es el honor? se preguntaba, cuando mi padre y el general son compadres y el general... cualquiera ni lo piensa.

-Almita, mi hija, tienes que ir a la cita con el general, le dijo su madre.

-Purificación, tiene que ir porque detrás de esa invitación está la diferencia entre la vida y la muerte, la riqueza y la miseria, la tranquilidad y el desasosiego. Nadie se opone a la voluntad del Señor.

-Pero este no es el Señor. Este es un señor, que es general y que es presidente.

-¿Quieres más?

-Bueno, hágase todo en bien de su santa voluntad.

-Pero, ¿cuál es la voluntad santa?

-La de Dios.

-¡Imagínate! aquí ni siquiera la Iglesia se opone a la voluntad del Gran Pacificador.

Entonces, pensaba Almita mientras arreglaba su largo y negro pelo, el honor tiene que ver con la cantidad de vacas y tierras y trabajadores y poder que uno tiene.

-Almita, el honor sin cuartos es una mierda, esa es la verdad. El honor hay que sostenerlo con la dignidad que da el dinero y eso sólo podemos lograrlo si vas donde mi compadre.

-¿Qué quiere?

-No sé, pero mi compadre debe de ser complacido para que no le pase a uno como le pasó a Juancito Rodríguez que era el hombre que tenía más tierra y más vacas y más dinero y se puso de mala con el general y terminó muriéndose en casa del carajo, porque si se queda aquí se lo lleva el diablo o se pudre el cárcel de Nigua. Por eso te digo ahora, se acabó tu cuarto de hora, digo, por eso te digo ahora que el general debe ser complacido, además, porque es mi compadre.

Doña Purificación desgranaba las cuentas de su rosario y lloraba hasta que Almita regresó con joyas, morocotas y un baúl lleno de tanta moneda de oro que nos fuimos de paseo para Europa.

El coche continuaba su ascenso hasta que llegó el declive y Zacarías aguantaba los caballos, con destreza de cochero viejo, hasta que llegaron a la puerta de la finca donde un guardia franqueó la entrada. Había un bien cuidado jardín y el coche tenía que hacer un semicírculo para llegar a la puerta de entrada de la residencia de playa del general Lilís: Najayo, Almita iba embebida en sus pensamientos, recordaba la voz de su padre.

-Lo que quiera él

-Padre nuestro que está en los

-general, mi hija,

-cielos,

-Las voces de padre y madre se mezclaban.

-Resignación hija. Valor, para que mantengamos la dignidad, mi hija, es muy raro que el general te invite sola a una fiesta ¿Cómo olvidó a su compadre y a su comadre?

La portezuela del coche fue abierta por Zacarías quien se lanzó, presto, para ayudar.

-Usted me recoge una dama que lo estará esperando en casa de Tila, en la capital y me la trae para acá. No se le ocurra mirarle la cara y ponerse de atrevido. El cochero para no verle la cara, colocó las rodillas en tierra mirando hacia abajo. Almita pasó su delicado y bello pie sobre la espalda del cochero, echó pie a tierra y caminó un

-Pero ¿quién es el oficial que está en la puerta?

-paso

-No puede ser,

-¿Quién es esta mujer?

-¿Quién es este hombre? vacilaba Almita.

Sorprendido el hombre la miraba.

Un paso, otro.

¿Quién es el oficial?

-¿Quién es la mujer?

Almita levantó la cabeza, endureció el gesto, sonrió con la enigmática contracción de mejillas que solo pudo descifrar Miguel Angel en la Monalisa y caminó con paso seguro, sereno, lento, como si gozara con la situación.

Recordaba las órdenes recibidas, no discutir con los superiores. En la guardia, ni te ofrezcas ni te niegues.

-Mi hija, el honor se mantiene con dignidad y la dignidad se representa en vacas, tierras, bienes, ¡adelante! no defraudes a mi compadre!

Le fue difícil a Víctor responder el

-Buenas tardes, de Almita.

Almita, su novia, a quien no había vuelto a ver desde la mañana que abordó el vapor Independencia para comenzar a formar parte del Estado Mayor del general y le escribía cartas y mandaba a un marinero de la Julia a que se las entregara a Lorenza para que ella se las hiciera llegar, porque ella era el correo que usaban Almita y él para contarse.

-Lo largas que son las horas sin verte. Ayer se cumplieron diez años, de no ver tus ojos, de no sentir tu boca, Almita, y ahora me mandan, pero ¿cómo es posible? esto es una prueba del general y los guardias estamos para cumplir órdenes, no para discutir. En la guardia ni te ofrezcas ni te niegues.

Se cuadró militarmente, levantó el brazo derecho formando

un ángulo agudo, colocó la punta de su índice cortando, medio a medio, la ceja derecha y respondió:

-Buenas tardes, señorita.

Abrió la puerta, y condujo a su novia a las habitaciones superiores del Gran Ciudadano y Muy Magnífico Presidente de la República, Pacificador de la Nación, marido de todas las mujeres y ¡cuidado! con repetir lo de aquel Luis que por estar diciendo y mujer de todos los hombres fue hallado con la boca llena de hormigas y los ojos comidos por los cangrejos, esos son los cangrejos que dejan esas huellas y sólo dejan el hueco donde estuvieron los ojos.

Víctor volvió a la puerta a continuar su servicio hasta que cuando fue relevado, horas después, sólo escuchaba el murmullo del amor enredado entre las sábanas del general y las blancas y duras carnes de Almita a quien él, Víctor, su novio de tantos años, sólo le pudo poner la mano

-El día que me regaló el pañuelo, el pañuelo que me diste aquella tarde y la otra vez fue cuando le entregó las flores, que por cierto ayer lo encontré, aquel señor, el que me vendía las flores con las que daba color y perfume a nuestro amor, pero ya se marchitaron las dos gardenias, Almita, te lo dije cuando te las mandé, que serían como tu amor y el mío y que si un atardecer las gardenias de mi amor se mueren, es porque han adivinado que tu amor me ha traicionado porque tiene otro querer, Almita.

Nadie sabe si fue al regreso de Almita, algún guardia que lo contó, porque Víctor no lo iba a decir, pero el pueblo supo que Almita regresó con un baúl de morocotas y tenía tantas joyas arriba como Juana Barajita, o como dice Miriam:

-Parecía un arbolito de Navidad.

O puede que haya sido al regreso del viaje a Europa que se dieron doña Purificación y Almita

-Regresamos porque cuando me di cuenta de que la cuenta del hotel era cuatro vacas al día pensé que iba a dejar a Manuel sin vacas.

-No contaba que la cuenta fue pagada con las morocotas que trajo Almita después de una semana en la cual a Víctor le tocó abrir o cerrar la puerta varias veces

-Para que usted pase señora. No hay problemas, usted tiene

derecho.

Nadie en el pueblo pensó que Almita desmerecía con haberse entregado al general, sino

-¡Qué muchacha de más suerte! halló fortuna para siempre con el general.

Todos le decían:

-Señorita Almita, qué bella está.

Almita, a veces, pensaba en las gardenias que le regaló Víctor, mustias, con los pétalos apuntando al suelo. No les echaron agua mientras estuve fuera ¡qué descuido! descuido fue el de Víctor que se fue sin decirme adiós, como si yo fuera una muñeca de trapo.

-¿Y qué tiempo haces que te fuiste, Víctor?

-Doña Rosario, ayer se cumplieron diez años, de no mirar sus ojos, de no sentir su pelo, de no besar su boca. Ayer, fue tan grande la pena, que sintió mi alma, al recordar que tu, fuiste mi primer amor.

-Recuerdo, Víctor, junto a la fuente nos encontramos qué alegre fue aquella tarde para los dos, el sueño venció tus ojos, cerró los míos, y el cántico de la fuente nos arrulló.

-Pensé, Almita, que tu boca linda me murmuró, abrázame por tu madre que siento frío.

-Si, Víctor, y el resto de este romance lo sabe Dios.

-Diez años parecen un siglo de ausencia que me separan de ti, porque ya yo no puedo vivir sin tu amor, es que no sabes que por tu amor hay quien haya querido regalar una estrella, pero no pidas tu las estrellas y el sol, no soy un Dios, pide lo que pueda yo darte.

-Te doy mil gracias, la razón me vino al pelo, no te imaginas, lo agradecido que estoy de ti.

-Si, porque, un candado tiene el corazón y tu tienes la llave, por eso, tus besos se vinieron a recrear aquí en mi boca, llenando de ternura y de pasión, mi vida loca, las horas más felices de mi amor, fueron contigo.

-Tal vez, leyenda fue y por eso escucho el eco de mil violines de amor. Ahora he encontrado en tu amor, la fe perdida. Ahora, hay en mi vida una ilusión.

-Te voy a regalar un continente, o mejor, los aretes que le

faltan a la luna, los llevo guardado en el corazón, los hallé una mañana en la playa.

-¿Por dónde?

-Por Punta Iglesia, allí fue que vi qué bello es tu mirar bajo la luna, la luna que vimos tantas veces sobre el Jaragua, que viste de plata.

-Si, Víctor, mientras el mar va formando rosas de blanca espuma.

-Aquí, contemplando el mar, me siento evocar, con marcada inquietud, tu boca sin igual, que me roba la calma, no hago más que anhelar la historia de tus besos y entregarte todo mi amor. Amor, amor, amor, nació de tí, nació de mi, de la esperanza, sólo le he dicho lo nuestro a doña Rosario.

-El pueblo lo sabe todo ¿qué? conjeturas, chismes, rumores. comentarios, pero como no habías vuelto al pueblo, nadie sabe si nos escribíamos.

-Nadie lo sabe, es cierto, ¿recibías las cartas que te mandaba con Lorenza?

-Pero no las podía contestar, porque siempre había un espía mirando para casa, siguiendo mis pasos y pensaba que hasta el jabón tenía ojos para irle a contar a ese hombre cómo estaba yo, pero no volvió, nevermore, digo, nunca más volvió. Desde que se fue y se fue sin decir adiós y tu sabes que papá dice que la dignidad hay que mantenerla a base de teneres y nosotros tenemos teneres desde antes del general y ahora tenemos más. Si no viene que no venga, ese es un problema.

-Yo si sé que ahora seremos felices, ahora estaremos tu y yo, Almita. Ya yo tengo la casita, que siempre te prometí, será un nidito de amores, viejo, para tí, para mí.

-Teniente Víctor, me llamó, tenga este sobre, está dado de baja, cuando llegue a su pueblo ábralo y cumpla las instrucciones.

-Me mandó en un coche, con unos baúles que no podía abrir hasta llegar aquí, pensé que eran armas y parque para el Comandante de Armas y cuando los abrí pensé en Aladino y el tesoro que halló en la cueva, pensé que, salí, miré el cielo y me dí cuenta de que yo fui quien tuvo la suerte que no tuvo el pueblo que buscaba el arcoiris con Eduviges y no hallaron nada, porque el baúl estaba lleno de morocotas, dijes, cadenas, anillos y piedras

preciosas, con una nota manuscrita del general que decía:

Para su luna de miel con Almita, ella, la que he amado tanto, la que llenó de música mi alma y de risa y de alegría.

-Búsquese a don Enrique como padrino, que yo sé que don Enrique va a ser espléndido con ustedes, porque es mi compadre muy querido.

Así fue, Almita. Por eso, aquellos días en que te abría la puerta de la residencia de Najayo pensaba que aunque tu boca me enloquezca besarla está prohibido sin razón, y sé, que aunque también tu lo deseas hay alguien interpuesto entre los dos. Quién iba a imaginar que el verdadero amor, nos golpearía de este modo el corazón, ya tarde cuando estemos sin remedio prisioneros de la equivocación, tu destino es amarme, mi destino es amarte, y aunque amar no es disculpa, te salve de culpa y al amor.

-Es que a veces, Víctor, los amantes somos, por culpa de la vida, del destino, de la familia, somos un sueño imposible que busca la vida.

-En ocasiones prestando servicios delicados al Jefe yo pensaba, pero ¡qué importa la vida!

-Si Víctor, con esta separación, porque al fin y al cabo entonces éramos dos gotas de llanto, en una canción, nada más que esos somos, nada más.

-Siempre acaricié el ensueño de un suave murmullo de tu palpitar, cómo duele la vida.

-Tu sabes que hoy es el día que te quiero. Hoy el día tiene más luz que junio y esta noche será de plenilunio.

-Por eso pienso en esta puerta, esperando que llegue el maldito coche para abrir la maldita puerta y esperar que suba Almita a ver a ese maldito viejo asqueroso.

-Por qué, por qué, te alejas de mi corazón, por qué, por que si eres tú todo mi amor, oye el lamento de mi corazón que te pregunta lleno de ansiedad, por qué te alejas de mi corazón. Qué pasará ¿Víctor no sabe que las fortunas hay que mantenerlas por encima del honor y de la dignidad, que la sociedad te perdona todo menos el fracaso?

-Y díganles y repítanles a todos, decía el general, que el que quiera la del soto pena de la vida, por quererla quien la quiere le dicen la malquerida.

Víctor abría la puerta y los recuerdos cuando bailaba con Almita, en el club Guaroa, bajo la mirada vigilante de doña Nieves, solamente un amor, habrá en la vida, solamente un amor y nada más.

-Víctor, no fue por amor. El color de la naturaleza se pintó por amor. Pero el general no fue mi amor, mi amor siempre fuiste tu. Siempre fuiste la razón de mi existir, adorarte para mí fue religión. Y mientras el me besaba, como me besabas tu, yo pensaba en tí, porque en sus besos yo encontraba el calor y las miradas y el amor que yo te di. Así fue la historia de un amor como no habrá otro igual. Ahora has vuelto. Amarra tu barca a mi puerto pero no leves el ancla cuando amaine el temporal.

-Sólo pasé por casa de doña Rosario para decirle que el Jefe me mandó a casarme contigo y de ahí busqué a Lorenza para que te llevara el papelito y aquí estamos en nuestro nido de amor oculto.

-Si, en la apartada soledad de nuestras almas se dieron cita tu ansiedad y mi dolor, pero nunca es tarde si la dicha es buena.

El rumor ahora era al revés

¿Qué busca Víctor aquí; a que vino?

Una lavandera le dijo a Ondina:

-Don Víctor se vino a casar con la señorita Almita.

-¿Señorita? Señorita soy yo, que nunca, pero ¿ésa? ¡uh!

-Yo de eso no sé.

-¿Y no recuerdas cuando se comentó...?

-Sí, pero fueron comentarios, ¿quién sabe? a lo mejor, lo que soy yo, yo no sé nada, yo llegué ahora mismo, si algo pasó.

-Muchacha si tu eres quien me dices que dicen que Víctor vino a casarse con Almita.

-Bueno es verdad, eso dicen, pero a mi no me lo crea, porque a mi que me registren.

Cuando ya el río de comentarios se botó de madre, el domingo el cura corrió la primera amonestación. La voz se alzó:

-Los muy distinguidos hijos de esta sociedad, fieles creyentes en Dios, cumplidores de los sacramentos, cooperadores con la Iglesia y con el mantenimiento de la parroquia, ella, Hija de María, él, Caballero de la Altagracia, contraerán matrimonio que será bendecido por la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, son los queridísimos y amantísimos hijos

Almita y Víctor.

La voz de Alejandro, el dizque loco, interrumpió al cura para preguntar:

-¿Y qué dice el general? porque dicen que él dice y seguiré a caballo ¿quién será la yegua?

Eso, cuentan los viejos del pueblo, fue la mañana de la primera amonestación en la misa mayor del domingo, todo el pueblo estaba ahí, pero nadie se atrevió a mirar a su vecino o a voltear la cara, porque ya todos sabíamos que don Enrique era el padrino y que el Comandante de Armas era el primer testigo y ambos estaban a la cabeza de la misa, esperando que terminara el sermón para ir a tomar la comunión, como toda la gente. Al salir de misa comenzó el abejoneo, parecía un panal de miel fabricando chismes.

-¡Casarse por la Iglesia!

-¿Y no dizque la Iglesia no?

-Eso es cuando la gente ha sido casada y se divorció, pero ella

-¿Y qué seguridad tienes?

-A ustedes les gusta mucho llevarse de comentarios y por éso es que, pero mejor dejamos eso ahí porque a mi

-Pero tu nunca dejas de hablar a uno, es verdad, aquí hay gato entre macuto.

Víctor ni siquiera tenía ropa de civil, tuvo que ir adonde Ramoncito García que le cosiera.

-Toda la ropa que tenía era de militar Jefe y va a parecer como que hice algo deshonoroso en las filas para llegar a mi pueblo vistiendo la ropa pero sin insignias.

-Ve, hijo cástate con Almita, que sé que es

-El amor de mis amores, vida de mi vida. Tanto tiempo sin verte ¡qué bello es tu mirar bajo la luna!

Los comentarios recorrían el pueblo como el agua cuando caía durante meses hasta que uno llega a no sentir el agua, a no sentir el frío, a no sentir la humedad, a creer que así es la vida, que la naturaleza es así y que uno es como medio pez, medio hombre, como un animal mitológico de los que tiene dibujados don Enrique en El Tesoro de la juventud. Los preparativos de la boda fueron un dolor de cabeza. La larga lista de invitados tenía a todas las familias principales del pueblo. Secretamente buscaron a Matiíta Ramírez y a Francisco Elpidio Beras para que no se quedara nadie sin recibir su invitación.

-Pero la gente bien, la gente de cuna, me ponen en esta lista a la gente de la sociedad, y aunque la invitación no lo diga, aquí no queremos gente descalza ni sin corbata, es más, las invitaciones tienen que ser a la gente que sabe amarrarse la corbata, hacerse el nudo, eso es, hacerse el nudo de la corbata y que no vayan a venir con un pañuelo de madrás amarrado como cuando la guerra de la Independencia.

Buscaron el consejo de don Enrique para que les dijera cómo hacerlo y él los mandó

-Donde doña Nievécita que ella tiene mucha experiencia en esas cosas.

El esperado día de la boda a Papá Bomboche le dolió una vieja herida que le infirieron cuando la revolución de González, en mil ochocientos... ochocientos, no me acuerdo.

-Cuando esa herida me duele es que va a llover.

-No me diga eso Papá Bomboche.

-Si, es que los jóvenes ahora no saben leer la naturaleza ni interpretarla, cuando me duele la herida, llueve. ¿Tú sabes si Almita o Víctor comía en caldero.

-¿Y llueve todo el día, Papá Bombache?

-No necesariamente, pero llueve.

El vaticinio se cumplió pero también funcionó que Dolorita

Gautreau le recitó dos veces la Manífica al revés y se fue la lluvia, vino un viento de San Isidro y quitó el agua y puso el sol.

-Almita, era que la naturaleza estaba esperando que el sol saliera para mí, cuando salieras. Anoche pasé por tu casa, había luna, tu ventana estaba abierta, pensé ¿está dormida?

El traje de Almita fue confeccionado ensartando miles de pequeños canutillos que formaban pequeñas rosas dentro de rosas hasta convertir la larga cola en un jardín de rosas blancas entremezcladas con hojas formadas por elementos del mismo color, salteadas por algunas perlas auténticas sacadas por Curao del fondo del mar, durante años, y guardadas para una ocasión así. La cola del traje era más larga que la cola de un pavo real y fue cargada por todos los muchachitos que estábamos en la escolita de Mérida Fernández, a quienes se nos dijo que durante el desfile de bodas los niños tenían que comportarse como en una procesión, sin hablar, sin reír, serios, pero nadie pudo aguantar la risa porque Oscarito Martínez Guzmán era el portador de las arras y pisaba todas las flores y pétalos que arrojaba su hermana Ana Cristina que encabezaba el cortejo y Oscarito brincaba para la derecha y pisaba un pétalo rosado y el otro pétalo tenía que pisarlo dando un saltito a la izquierda y luego el otro quedaba en medio del camino y la gente risa y el niño gozando.

Don Enrique aprovechó

-Desempólvame el frac, Domitila.

-¿El qué, don Enrique?

-El frac, la levita.

-Suerte que lo dijo hace como quince días porque este traje con esa cola tenía como mil años guardado en ese armario. Yo creía que eso se usaba para los bailes de máscara.

-Pero no.

-Domitila, ese traje es de gran gala, lo que pasa es que aquí ¿cómo se va a usar esto?

-Lo que parece es un pingüino de esos que tiene el Tesoro de la Juventud. Ajá. Ya entiendo. Lo vi en la Biblioteca Municipal. Eso es. Así mismo. Hubo que desempolvarlo, lavarlo, plancharlo y todavía olía a mocato. Hubo que ponerlo al sol durante días y estar acechando que no fuera a llover para que no tomara, de nuevo, ese mal olor.

-¿Y quién bordó todos esos canutillos?

Bueno, ese sí que fue un trabajo grande, ahí estuvo enhebrando canutillos medio pueblo, Ilse Mena, Milagros Ortíz, Miriam Gautreau, Nancy, mi comadre Yolanda

-¿La de Fellito Noboa?

-Sí tu sabes que a ella le gusta mucho el costurero de Mamá Margarita, el Patronato de Damas del Sagrado Corazón, las Damas de la Maternidad. Mi comadre es una mujer muy cooperadora.

Durante días Almita estuvo oyendo consejos, viejas casamenteras que querían aparentar que Almita no, pero todos sabían que Almita sí, que el general no se la llevó para Najayo para no, sino para sí.

-Pero hay que aparentar, perro que ladra no muerde.

-¿Y a qué viene eso?

-A que en boca callada no entran moscas. A mi que me importa que Almita ya, si ellos quieren decir que no y el novio priva en que no sabe.

-Es verdad que ustedes son entrometidos.

Cuando llegamos a la fiesta de despedida de soltera tú sabes cómo es, consejos por aquí, recomendaciones por allá y esa Almita es tan especial que el color encendía sus mejillas cuando algunas señoras le decían:

-El día de bodas, ¡mucho cuidado con oponerse! El hombre siempre tiene experiencia, nosotras, mansas ovejas, somos quienes vamos al matrimonio sin experiencia. Nunca nuestras propias madres nos dicen qué va a pasar y cómo se practica el amor físico y cuál es el papel de la mujer, Almita, mira que hay muchos cuentos, porque hay muchos tipos de hombres...

-Aquí estuvo de puesto un Comandante de Armas cuya hija fue violada por el marido la noche de bodas y le tomó tanto miedo que aprovechó que se durmiera y salió huyendo para su casa de donde no salió jamás, salvo que no fuera a misa, los domingos, acompañada por su madre.

-A veces los hombres beben más de la cuenta en los matrimonios, en las celebraciones y entonces les puede ocurrir como a aquel que se durmió y la novia inició el matrimonio con el antiguo novio que la familia le había prohibido.

-¿Cómo?

-Sí, eso pasó aquí, es más los señores siguen casados e irán a esta boda, ella muy oronda del brazo de su caballero a quien no se le notan los cuernos, pero el hijo mayor se parece mucho al antiguo novio de la doña.

-Aquí todo se entiende, brindemos por los novios, por la felicidad eterna de los novios y porque no pase como cuando se casó la otra que el novio halló que ya ella, y como ella no le había dicho nada cuando él fue a, encontró que ya, y entonces protestó y ella llorosa.

-¿Por qué no me dijiste? Me has engañado.

Ella, llorosa, recordaba que desde pequeñita le gustaba jugar al gallo y la gallina y la mamá la llamaba y ella le respondía:

-Jugando mamá, jugando, al gallo y a la gallina y ahora tenía este aquí protestando, lágrimas salgan, lágrimas, San Cocodrilo ayúdame, lágrimas.

El hombre protestaba y maldecía:

-Te voy a devolver a tu casa porque eso no se le hace a un hombre así.

-¿No están juntos ahora?

-Los veo de manitas agarradas.

-¿Y para qué el escándalo?

-Porque hay hombres que son unos locos viejos y no aprenden que los trapos sucios se lavan en casa.

-Pero ella lo engañó.

-Sí, es cierto.

Almita disfrutaba de la fiesta de despedida. Nunca pensó que todas esas empingorotadas damas fueran capaces de contar esos cuentos subidos de tono que ella y sus amigas compartían en voz baja, en el fondo de los patios, en los jardines o cuando iban de pasadía al mar o a la cabeza del río.

Ahí se hizo el cuento de un convento

¿Convento?

Sí, podía ser un convento o un personaje de Bocaccio, llegó una hermana nueva y no había más remedio que ponerla a dormir, hermana, junto a la hermana Sor Remedio.

-Entré a servir a Dios después que mi novio se fue con otra y

me dejó plantada antes el altar el día de las bodas, contaba Sor Remedio en la noche, a la otra monjita recién llegada al convento ubicado en lo alto del Santo Cerro, a cuyos pies se veían las copas florecidas de las amapolas como si fueran una alfombra para que caminaran poetas o pintores, artistas o dioses.

Sor Remigia era una india sureña, de piel color oscuro, suave, cabellos lacios, largos, negros como una noche en la cual destacaba el claro color de sus ojos verdes perdidos entre el grueso hábito de monja del cual se despojaba mientras contaba a la nueva hermana la historia de su desgraciados amores

-Tronchados en la flor de mi juventud, ilusiones, sueños, quimeras, todo se fue a refugiarse en vergüenza, desilusión, ¿te imaginas? el día de la boda, el solemne día tú junto al altar esperando a un, a un no, a tu amor y que él no llegue, la vergüenza, la familia, la gente, la fiesta esperando...

-Pero todo tiene remedio, Sor Remigia, Dios aprieta, pero no ahorca.

-Ya no. Ya dediqué mi vida al Señor y no miro ni siquiera a los ojos de los hombres. No hay tentación que pueda vencer mi dedicación al Señor con quien estoy matrimoniada desde que hice los votos.

-Pero en el Decamerón.

-¡Jesús, María y José! Sor Remigia se persignó, eso es pecado.

-¿Pecado, Sor Remigia? Pecado es no obedecer la ley de Dios, amaos los unos a los otros.

-Si, pero nosotras ya somos esposas del Señor.

-La Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, no puede permitir que el Señor tenga tantas esposas e impedir que los hombres, hechos a su imagen y semejanza, puedan hacer lo mismo y sólo tengan una esposa.

-No había pensado en esos pero de todos modos, apaguemos la luz.

-No, espera, no sé donde colocar la ropa, la cama es estrecha pero

Sor Remigia tenía, además un bello cuerpo esculpido por las manos de un Luichy Martínez o de algún cincelador griego, delgadita de cintura, con el corazón alegre y mientras se

desvetía, mientras sus ropas querían caer, rodando por su cuerpo, el duro lienzo parecía acariciar esa piel, que se quedó esperando la noche de bodas que no pudo celebrar, porque la tela de la bata que vestía bajo el hábito no bajaba de los senos puntiagudos que parecían un reto a las leyes de gravedad.

La hermana nueva se iba recién quitando la cofia cuando caía, lentamente

-La bata de tela gruesa que no merece tu cuerpo Sor Remigia, porque tan suave piel debe vestir ricas sedas de China y lino de Irlanda y suaves telas de algodón de Enriquillo y Oviedo. La ley de gravedad se impuso y la bata de Sor Remigia rodó por el suelo, debajo de ella, nada, el terciopelo de su piel, el bosque oscuro que sobresalía de aquella mujer cuya breve cintura demarcaba la curva de la cadera redondeada.

-La mirada de la recién llegada me produjo un escalofrío que caminaba con sus ojos que se posaron

-Primero, Remigia, en tu breve pie, ligero, hermoso, en el tobillo carnosos y en las piernas que comenzaron un triángulo hasta llegar a la rodilla, y de ahí se abría tu cuerpo como un capullo cuyos pétalos pugnan por salir de la prisión y toman caminos opuestos hasta que esa mirada encendida se posó en el triángulo perfecto que forma el oscuro bosque de tu sexo, Remigia.

La monja nueva sólo se había quitado la cofia, Sor Remigia se puso una ligera bata de dormir que desdibujaba su cuerpo a contraluz y lo hacía más apetecible. La monja nueva apagó la luz y cuando se acostó su cuerpo y el de Sor Remigia quedaron unidos por la estrechez de la cama. Sor Remigia entendió, entendió porqué ella, Almita, había tenido novio y la habían dejado plantada al pie del altar, entendió, Sor Remigia porque la monja nueva y ella no cabían, entendió, Sor Remigia porque sintió la presión.

-Primero me eché hacia el borde la cama, pero era muy estrecha la cama, por suerte, decía después Sor Remigia, y me asusté, me asusté porque ¿era cierto, el Señor me quería tanto? Mientras más me echaba hacia el borde de la cama, más hacia mí se arrimaba la monja nueva. Hermana usted como que tiene mal dormir y cuando comencé a escuchar como ronquidos resolví no hablar, para no despertarla, pero sentía la presión por detrás y

llegué a pensar que se trataba de que la hermana era sonámbula porque sus manos comenzaron a pasar por mi cuerpo y sentí, perfectamente, cómo sus manos cálidas subían al borde de la bata de dormir y los dedos ágiles acariciaban mis carnes dormidas desde el día que resolví casarme con el Señor y no había sentido, desde que mi novio me dejó plantada, una mano dura, áspera, con la delicadeza de subir el borde del vestido, de la falda, de la bata y acariciar lento, como jugando con la carne crispada por la emoción y el gusto, por el cosquilleo que producen los juegos eróticos, pero ¿qué es eso? pensé. Me levanté, decía Sor Remigia con cuidado, para no ir a despertar a la hermana y a poco volví a la cama, hacia calor, resolví no arroparme y los ronquidos de la hermana continuaban, continuaban, también, su sonambulismo y los dedos tocaban mi cuerpo como si fuera una arpa.

-No Remigia, como una guitarra de cuerdas sensibles al amor dormido.

-Resolví pensar que era un sueño, que no era una hermana que estaba acostada conmigo porque no había más camas en el convento y mis manos también comenzaron a recorrer el cuerpo de la hermana, lleno de vellos en todos sitios, en las piernas, ¿en los muslos?

-Las manos de la hermana llegaron adonde yo quería.

-Estaba desesperada de ese toque de esos dedos que recorrían mi cuerpo de arriba abajo, de lado a lado, como escalofrío circular y cuando toqué

-¿Qué es éso?

-El badajo, hermana, el badajo, respondió la hermana el día que la Madre Superiora investigaba, junto a Monseñor, por qué Sor Remigia está preñada y aquí no entra ningún hombre.

-Almita, así es el casorio, sólo que a Sor Remigia le llegó en el convento, tiempo después de que el novio la dejara plantada ante el altar.

-¿Cómo se saben esos cuentos?

-Esos no son del Decamerón, porque Remigia fue el nombre que escogí cuando me casé con el Señor.

-¿Entonces Víctor?

-Es hijo de aquel matrimonio en el convento, la más feliz noche de bodas que mujer alguna haya experimentado. Eso fue un

regalo del Señor, sí señor.

-Se acabó el céfiro

-¿El espárrago?

-Como quieres, no hay maguecitos para los adornos, ya recogieron hasta los cigarrones para llevárselos a la iglesia, para decorar el camino del cortejo nupcial.

-¿Cigarrones? Eso es peligroso porque los muchachitos son capaces de comenzar una guerra con las bolitas en medio del matrimonio.

-¿Y quién se atreve a buscarse una pela? Vayan donde Carmen Peláez a buscar flores, se acabaron.

-¿Y Cordero, ya no tiene?

-¡Dejó eso!

-¡Buenísimo eso es por estar dejando todo para el último momento, ahora no hay flores, pero tampoco les hacen falta.

-¿Y el pudín?

-Un sueño, hija, un sueño.

-¡Ah pues lo hizo Miriam de Gautreaux.

-¡Exactamente!

-Aunque no sea militar, Doña Miriam, usted me le pone una escalinata de cadetes bajando o subiendo para que al final esté el remate de los novios ¿No hay novios vestidos de militares?

-No vienen, pero yo los hago en azúcar?

¿También?

-Sí y le pongo encima del lugar donde van los novios un paraboloides de tul, sostenido por alambres y bellamente decorado con suspiro blanco.

-Todo blanco, doña Miriam, símbolo de la pureza de nuestro amor, decía la novia quien se enteró, al final de la tarde de la despedida de soltera, que la madre de Víctor lo había engendrado mientras era monja y que el padre era don Enrique pero shhhhh eso no se repite el que no es hijo de matrimonio no puede casarse por la iglesia.

-Sólo para las fiestas patronales o para San Isidro, cuando viene la gente del campo a la misa en la que traen de todo al cura, tantas cosas que después los curas forman potreros de vacas, pero es cuando tienen mucho tiempo en la parroquia.

Los había de todas las pintas, desde los descalzos que no quería doña Clotilde, hasta don Jorge.

-¿Usted, que no asiste a fiesta?

-Barsano, se drada del hijo de mi gombadre Enrique.

-¿De quién?

-De mi gombadre Enrique.

-Bueno, está todo el pueblo, toda la sociedad, hasta Pablo Rita, que es el hombre más pobre del pueblo, mira qué bien vestido, calza cutaras de lona, un pantalón viejo de casimir inglés que perdió el color y tiene un pedazo de sogá por correa, una camisa berrenda y ¡qué corbata!

-Mamá, ¿no decías que todos tenían que venir con su corbata?

-Si.

-Pero con corbata, no así.

-Mamá, hoy es día de fiestas no es día para fijarse en

-Muchas gracias, sí, después de tanto tiempo, así es el destino, muchas gracias.

-Ondina guárdame ese regalo, que fuimos colocando en una habitación que tenía una cinta rosada cruzada en la puerta y sobre una amplia cama estaban colocados los presentes.

-Ya no caben hay que irlos poniendo en el suelo.

-Colócalos donde quieras, pero no los pongas en otro sitio y Zoila que se quede por ahí, dizque de remolona, pero vigilando, porque en el matrimonio de Nimia se perdieron muchísimos regalos por estar tía Negra y las muchachas de confiadas, mucho cuidado pues.

-¿Y dónde ponemos las vacas y los becerros y los chivos que trae la gente?

-Eso entréguelo a Cristino, el de don Enrique, que él los va a llevar a El Prado, la finca del general Santana.

-Eso es de don Enrique.

-Era, ahora se lo regaló a los novios.

El primer brindis lo hicieron los novios y los padrinos, los padres de los recién casados y las damas de compañía y los venerables ancianos veteranos de la Guerra de los Seis Años que formaron el arco de espadas para que Víctor recordara sus días de militar.

Don Enrique dijo:

-Los jefes beben de una cosa y los subalternos de otra, brindó a los jefes champagne.

¿Y a los subalternos?

-Búsqueme el delicioso mabí de los Otto, o del que prepara el hijo de Rhina Vásquez, que ese es muy bueno. De ese fue que brindaron en las muy celebradas bodas de la hija de don Osvaldo y doña Yeni, en las Atarazanas Reales y como era tan espumoso la gente lo confundió con champagne francés, pues busquen de ese del de los Otto.

-¿Y si esa combinación explota?

-Mejor queda la fiesta.

Era tanta la gente que cuando terminaron de brindar el champagne, pero parece mabí

-Es que burro no come bizcochitos. ¿Tu crees que en esta boda van a brindar lavagallo?

-No porque aquí el ron no lo trajeron en botellas, aquí todo es de barricas, en canecas.

Por primera vez en el pueblo hubo mozos sirviendo con uniformes que los distinguían de los invitados.

-De eso se ocupa Clotilde, dijo don Enrique, porque ella mucho que lo vio cuando estuvimos en la corte de Saint James.

-¿Dónde?

-En la Gran Bretaña.

-La suya, don Enrique.

-Más respeto, ¿a qué se refiere?

-¿Usted no sabe que hay gente que no dice hijo de la gran, sino de la Gran Bretaña?

-Esas son tonterías, eso es como cuando los niños decían que

María la O, tu mama es puta y la mía no.

Un equipo de cazadores salió a buscar perdices y rolones.

-Palomas coronitas, que son las que tienen mejor sabor, don Linero. Gallinas de Guinea. Miren a ver si hallan algún puerco cimarrón.

-Eso hay que encargárselo a Julio Heberto que se va con Juan Gabriel y sus amigos para Oviedo y los busca por esos andurriales.

-Pero no es fácil, amigo.

-Nada es fácil. Lo bueno siempre es difícil, y malo. Fíjese, dicen que es tan malo trabajar que es por lo único que pagan.

-Los chivos los buscaron de la finca de los D'Alessandro, en la Línea, que esos comen orégano silvestre y vienen sazonados.

-Los ovejos lo fueron a buscar donde Oscar Valdez, en Higüey, pues esa va a ser una fiesta...

-Los puercos los hornearon en un horno especial, preparado para la ocasión, por don Heberto Martínez quien trajo al hijo del renombrado lechonero Milito, de la vuelta de la carretera vieja de Santiago a Moca, para que los asara en puya, a fuego lento, durante dos días, para que el cuerito parezca galleta de soda.

-¿Y dónde van a hornear el puding, porque después va a saber a puerco?

-No, ese lo van a hornear donde don Francisco Romero, frente a la casa de Papá Bomboche.

-¿Y el pan? lo comenzaron hace una semana porque vienen tantos invitados, Miguel Sánchez y Orfelina, Martín Flaquer y Josefita, César Brea y Dora Gautreau de la Romana.

¿Y los Camasta? No me dejen a Saba ni a Elías. Inviten a Papín Betancourt y a Julia Herrand, a Nandito y a Nitín, a Porfirio Guerrero y de los Cedeño no me dejen ni a Víctor Livio, ni a los doctores Arévalo y Pachín. También inviten a Frank Rodríguez y que lleve a su combo de Macorís, los Guerrero de Baní ¿a cuáles? a los de Ludys y a los otros, los Noboa de Azua, los Suero y los Ramírez de Barahona. Bueno, de ahí hay que invitar a medio pueblo. Antes de que comenzaran a correr las amonestaciones ya se enviaron las invitaciones para que no se quede nadie sin bailar, digo, sin venir a las bodas, serán las más sonadas.

-¿Con música?

¡Eso azara!

-Que va azarar, en Europa las bodas son con música.

-En Europa, pero una cosa es con guitarra y otra cosa es con violín.

-¿Violín? pues traiganse a Alfredo Chaín, que canta, toca violín y hace unos chistes muy buenos.

-Esa fiesta no es para eso, es un matrimonio y aquí en los matrimonios...

La crónica la escribió Chino Ferreras en el Listín.

“Los distinguidos jóvenes de esta sociedad Almita de los del Alba y Víctor Llano Alto, contrajeron nupcias recientemente en las más celebradas, aristocráticas, espléndidas y elegantes bodas que se recuerden desde que Adán y Eva contrajeron matrimonio, tras las palmas, al comienzo del mundo, en El Paraíso.

“El vestido de la novia, confeccionado por las manos prodigiosas de todas las mujeres del pueblo, las que sabían coser y las que tuvieron que aprender para la ocasión, tenía una cola de quince metros, llevada por las manos inocentes de todos los niños de la escuelita particular de la maestra Mélida Fernández, quien explicaba la forma del globo terráqueo con una naranja agria cortada de su patio momentos antes de que comenzara la clase. El cortejo de niños lo encabezaban Reyna Alfau y K. Bito Gautreaux Piñeyro.

No habíamos dicho que el niño Oscar José Martínez Guzmán fue el más gracioso de los que participaron en el cortejo ya que se dedicó a pisar todos los pétalos de rosas que arrojaba, hacia ambos lados, su hermanita Ana Cristina. Ni siquiera las miradas de reprobación y las señales de “no te apures que yo te agarro en casa”, que le hacía doña Socorro, lo hicieron desistir de su empeño.

“La novia fue maquillada con una mezcla de distintas bijas que se producen en la finca de café El Propio Esfuerzo, pese a que su cutis de amapolas no necesitaba realce, perfumada con un rico extracto de ilang-ilang que embotella el hijo de Oscar Renta Fiallo, Almita derramaba lisura y a su paso dejaba aroma de hermosura. Dicen que el poeta Fabio Fiallo se inspiró en el paso de Almita para escribir aquel poema “Deslumbradora de

hermosura y gracia" pasó la niña hacia la iglesia, los hombres conversaban en el atrio, algunos piropearon a la que entraba a la casa de oración el poeta se limitó a contemplarla, luego reanudaron la conversación y la olvidaron, menos yo.

"Don Enrique, antiguo Ministro en Alemania y Francia, Representante en la coronación del rey de Inglaterra del Presidente Gran Pacificador, Muy Magnífico Hijo de la Patria, Defensor de la Soberanía Nacional contra España, Luchador contra el intento de anexión a Estados Unidos, don Enrique, era el padrino más condecorado que ha participado en unas bodas en este país y esas bodas fueron las de Almita la de los Alba y Víctor Llano Alto.

"Es imposible, por lo extensa, publicar la lista de distinguidos participantes en las muy sonadas y comentadas bodas de Almita y Víctor, que incluso han sido comentadas en mentideros políticos de la calle El Conde y en las alturas de Borojol, lugares a los que era muy asiduo el contrayente. Pero sí nos es dable y oportuno, publicar algunas de las exquisiteces que se consumieron en un banquete que Lúculo, Max Alvarez, El Cometón, Francisco Alvarez Castellanos y Simón Romero, se lamieron los dedos para después estar escribiendo lo que comieron y de lo que no les cupo por la hartura que se dieron.

"Dos mil perdices, cazadas por el equipo de don Linero Nolasco que integraron Julio Gautreau, Tonito Morales, David Vidal, Luis Portino, Máximo Zorrilla, y otros, cocinadas al guababerry.

"Varios cientos de palomas rellenas de sus propias víceras, cocinadas con vino del que hicieron Nelson Pons, Leonel Muñoz y K. Bitó con uvas de la finca de don Miguel Pons y hubo que echarle raspadura para darle mejor sabor porque era puro vinagre.

"Con los cueros de los ovejitos seleccionados del ganado de don Oscar Valdez, cientos de mujeres fabricaron abrigos, carteras y otros accesorios.

"Los puercos asados por el hijo de Milito no permitieron que ningún invitado empleara mejor servilleta que la lengua.

"Las tortas de cazabe que se prepararon para el matrimonio no cabían en una habitación de la casa de Persio Feliz y Miguel Mercedes que prepararon la comida, que hubo que cocinar en

grandes calderos que pedimos prestados a doña Isolina, la de Pavón, en el cruce de El Pintado, desde donde vinieron los Moltalvo, los Giraldi y Félix Bernardino, acompañados de don Evangelista Espinosa.

Hubo que tumbar las fincas de plátanos de Viejito Dotel, de Berto y Toño Batista y hasta una de Tomás Michel, para hacer plátanos fritos, mangú y unos deliciosos bollitos para echarle al sancocho.

Jamás se había comido un majarete tan rico como postre, hecho con una tonelada de mazorcas desgranadas por las manos de Penélope, acostumbradas a coser y desbaratar, coser y desbaratar. Ella sola desgranó las dos toneladas de mazorcas de maíz.

La boda, se podría decir con Aldemaro Romero, hoy hay fiesta en el bosque, como a las nueve, se casa la Hormiguita con Ratón Pérez, porque comenzó a las nueve la fiesta y no acabó hasta tres días después, cuando los borrachos de Ciudad Nueva se retiraron cantando ya yo me voy, al puerto donde se halla, la Barca de Oro, que viene de conducirme, ya yo me voy.

Los dueños de casa continuaron su vida normal mientras los invitados disfrutaban de toneles de ron cuyos letreros en idiomas extranjeros hicieran a mucho decir

-¡Qué espléndidos, qué espléndidos! lo que brindan son finos licores extranjeros.

Y fue al tercer día cuando los novios llegaron de la luna de miel, pero mejor lo escribo de otra forma.

Víctor Llano Alto salió al balcón de la casa y levantó una pantaleta blanca que tenía una mancha roja, todos los invitados comprendieron: Almita era virgen.

Y los comentarios sobre el general se apagaron entre tragos de una y otra bebida y en el banquete que duró tres días con su noche, en los cuales hubo que relevar a los mozos que servían porque

-No aguantamos más, doña Carlota.

-¿Carlota? mi nombre es doña Clotilde, no se equivoque.

-Perdone, doña, pero búsquese un relevo.

Y la gente

-Fiesta, fiesta y mañana gallo.

Y al tercer día cuando los novios, acabados de llegar de la luna de miel, se dispusieron a partir el puding, fina obra de repostería de doña Miriam de Gautreaux, a quien mandan a buscar de Nueva York y Puerto Rico para que haga pudines y enseñe a las mujeres el arte que ella llama "La Magia del Azúcar", pero nadie como ella para hacer unos pudines que llevan planos y cálculos estructurales como los que tienen que hacer los ingenieros y los arquitectos para hacer sus construcciones.

Porque uno no se explica qué pasa pero en las bodas hasta que no parten el puding y en los cumpleaños también es así.

La gente se fue comentando

-Esta fiesta terminó como debe ser el amor: dulce, suave, cariñoso.

Don Enrique tomaba aún el desayuno, a la espera de Pascual y el resultado de la diligencia del viaje, cuando Domitila le informó la llegada del síndico.

-Me enteré por el Comandante de Armas que usted va para la capital a ver al Presidente y quiero que me le diga al Comandante de Comandantes que aquí no hay novedad, que todo el pueblo lo sigue, que la situación está bien, que siga esa política porque al pueblo le gusta sentir que hay un hombre en la presidencia, que hay batuta, que ese estar hablando disparates se acabó, que aquí se le seca la lengua a los enemigos porque no tienen saliva para hablar, además, los tenemos bien, sabemos dónde se reúnen, con quién hablan, dónde viven, dónde trabajan, qué hacen y hasta les tenemos gente dentro de su propio grupo. Aquí nada más hay uno peligroso: el dentista Gonzalo que cuando voy

-Ven. Aquí es donde me vas a pagar las verdes y las maduras.

-Doctor tengo un dolor de muelas terrible y mire lo hinchado que está.

-Ah no, tu tienes la boca podrida. ¡Mira esos dientes, eso es lo último!

La boca abierta del síndico parecía formar un círculo de la sorpresa con la que le llegó el dolor a lo último.

-Lo sentí, don Enrique, desde la punta de las uñas de los pies hasta el último pelo que me queda, porque ese maldito quiere desquitarse todo el odio que le tiene al gobierno con mis dientes.

-No. Yo no tengo anestesia para ti.

-¿Y esas inyecciones?

-Están pasadas de tiempo ¿aguantas o te vas? Es muy fácil darle golpes a los presos amarrados como ustedes tienen por costumbre. Es muy fácil estar azuzando a la guardia vestida de civil para que persiga a uno. ¿Ustedes creen que uno no se da cuenta?

-Lo que pasa, Gonzalo, es que ustedes no respetan.

-¿Y que es respetar?

-Bueno, respetar las órdenes, las instrucciones del Superior Gobierno.

-Si, tu quieres que cuando el gobernador se robe las reses y les cambie la estampa uno acepte que le roben porque es el gobernador, que cuando aparezcan los platanales sin racimos y al otro día tus peones los pregonen por en pueblo, uno calle porque es el síndico, que cuando los gallos de don Enrique pierden, uno pague en la gallera porque son de don Enrique y él trae las espuelas de España.

-No, Gonzalo.

-Que cuando uno enamora una hembra pregunte antes, no vaya a ser que pueda resultar que por una casualidad antier paso por ahí el Comandante de Armas y dicen que él dijo que pudiera ser que le gustara esa muchacha y por eso nadie la puede mirar.

-Es que para eso es la autoridad, Gonzalo y la autoridad hay que respetarla.

-Pues aguanta ahora, que la autoridad soy yo y va sin anestesia.

-Y me le cuenta, don Enrique, al Comandante de los Comandantes, que el fotógrafo Carlos Lassis está insoportable, yo no sé qué vamos a hacer con ese hombre, todos los días hace una reunión frente a su fotografía.

-¿A su fotografía?

-Si, a su estudio, a su negocio.

-Si, allí hay una tertulia de los solterones.

-¿Quiénes son?

-Usted sabe que Lassis tuvo que salir huyendo de la Capital porque aprendió con Mon

-¿Fotografía?

-No, las dos cosas: la fotografía y la política.

-Fíjese que una vez juntaron a todos los fotógrafos de la capital y ninguno quiso retratarme, ninguno de ustedes, sirvengüenzas, gritaba el presidente. ¿Por qué, qué pasa, ya no se respeta a la autoridad? gritaba el presidente mientras tenía a todos los fotógrafos frente a sí, desnudos, ateridos del frío de la madrugadita.

-Pero es que, se atrevió a comenzar Carlos Lassis y estalla la orden:

-¡Cállese, carajo, que está hablando el presidente! Dígame, dígame ¿cómo es posible que yo no encuentre un fotógrafo si aquí hay tantos?

-Usted perdone, don presidente, pero es que hay muchos problemas, sus ayudantes dicen que usted quiere

-Que me saquen indiecito clarito, no color noche oscura.

-Toñito Lassis es un fenómeno retocando negativos. Después quieren que me le busquen al general el lado bueno, el positivo, porque el es fotogénico de un lado. Ustedes son que siempre están, pero si a usted no hay por donde agarrarlo. Luego lo meten preso a uno porque...

-El general salió feo. El general salió blanco.

Golpes, interrogatorios

-Esa fotografía no sirve. El general no es tan prieto, aquí tiene la boca torcida. Porque lo sacaste, maldito ¡toma! con esos ojos como de loco.

-Después no le pagan a la gente.

-Esta gente del gobierno, comentaba Lassis en su tertulia de Barahona, quiere que le hagan trabajos y luego se molestan cuando les mandan a cobrar.

-No me digas nada, comentó Aroma, el sastre anatómico que hace unos trajes igualitos que los que aparecen en los figurines que trajo Almita de su viaje a Europa después que el general la invitó a visitarlo en su casa de Najayo bello sitio ideal. El otro día el Comandante de Armas me mandó a confeccionar un traje, hecho a la medida, con adornos recamados en oro y me salvé porque aquí no hay los materiales. Todos los uniformes que tuve que hacerle cuando tomó el pueblo, y luego cuando uno manda la factura el guardia le dice en la puerta del cuartel o en la de la casa...

-El general no está.

-¿Y quién le discute? aunque lo oigas hablar tu le dices, pues vuelvo otro día.

-También me le dice, don Enrique, que los estudiantes son una vaina, y usted perdone la mala palabra, pero ahora resulta que dos arabitos que llegaron aquí el otro día, se fueron a estudiar para la Capital y de allá han venido virados.

-Quienes ¿Nosín y Jottin, esos muchachitos?

-Si, ya los tuve que meter a la burra, porque es que las escuelas y las universidades tienen que ser nada más que para la gente del gobierno, para los hijos de los guardias y para los ricos. Ahora estos arabitos se juntaron con un tal Freddy Valdez, ese dizque quiere organizar a los trabajadores.

-¿No sería ese...?

-Ese mismo, fue quien organizó la huelga de los panaderos que el presidente tuvo que mandar a los solteros para el batallón El Fijo.

-¿Y los mandó?

-No, era una treta para acabar la huelga.

-Pero sí nos confinó...

-Le doy el pueblo por cárcel y si me sale ¡ay papá!

-Todos los días voy a la Comandancia a que sepan que estoy aquí y que nunca salgo y que cumplo con lo prometido.

-¿De dónde vino ese hombre?

-El se estuvo juntando con los hermanos Ducoudray y Tulito Arvelo, en Cuba y Venezuela.

-¿Y qué hacían por allá? preguntó Chichi Chapman a quien le gustaba contar sus aventuras.

-En el viaje que hice por Sudamérica de donde tengo muchas historias, pero mejor las hago otro día porque ahora es la hora de la política.

-No don Chichi, haga el cuento.

-Fue que cuando me iba a trasladar a un punto del Brasil veo que el auriga sube un rifle de alto poder y me respondió que lo usaba

-Porque en ocasiones tengo que eliminar alguno que otro tigre que se cruza en el camino.

-Y ahí acabó mi viaje.

-Pues nosotros lo que andábamos era buscando fondos para venir en la expedición del Fanita, con Juan Isidro Jiménez, porque un país no puede tener como ley la voluntad de un hombre, decía Freddy, ¿quién dijo que el país es de Santana, o de Báez, o de Lilís, o de Trujillo?

-O de Balaguer, siguió. El país es de todos y entre todos tenemos que conducirlo. Aquí estamos jartos de dictaduras y

tiranías, de abusos y de falta de reconocimiento a la ley y a los derechos de los hombres.

-Por eso fue, dijo Lassis, que el pueblo parisino

-No mi hijo, tú no sabes lo que es París, le dijo don Enrique. Recuerda que mientras los franceses disfrutaban de los derechos del hombre, mantenían la esclavitud en Haití, porque todo es cuestión de intereses.

-Pero no siempre será así, decía Lassis, fíjese que los haitianos se rebelaron y quemaron todas las plantaciones.

-¿Eso es lo tú quieres hacer aquí? le preguntaron a Freddy en la tertulia de Carlos Lassis.

-No, dijo, yo estoy poniendo un ejemplo histórico.

-Los vigilamos siempre don Enrique. Lo que viven es teorizando. Ellos no van a prender fuego a nada, ni van a dejar tierra arrasada como la revolución haitiana.

-Usted sabe Comandante que la fuerza esta para proteger la propiedad.

-La propiedad es una ficción ¿a quién le dijo Dios ésto es tuyo y ésto es del otro? Son los hombres quienes se apropian de la tierra y de las vacas y de los frutos y atesoran dinero que total, cuando se mueren, no he visto que a nadie lo entierran, le comentaba el cura a don Enrique, ni con las vacas, ni con todas la ropa, ni con zapatos, ni con el dinero que atesora.

-Por eso, padre, siempre coopero con la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, y con todas las obras de bien, dijo doña Clotilde.

-Estos ricos piensan que con dar dos cheles de limosna a los infelices que encuentran en el atrio de la iglesia van a resolver los problemas espirituales.

-Aquí la gente no tiene trabajo, decía Nosín, algo peor, por lo que yo estudio medicina es para curar a la gente del pueblo, por lo que me den y si no tienes nada, toma la medicina, cúrate y que Dios me lo pague.

-Lo que pasa, don Enrique, es que usted tiene que decírmele al Comandante de todos los Comandantes que el tal Freddy Valdez como que piensa al revés de uno, parece que le cambiaron la mente cuando se juntó con esa gente por allá. Mire uno entiende que a la gente hay que tenerla metida en cintura, él protesta

porque dice que el hombre es y nace libre y si no es así tiene el deber de reclamar. ¿Y entonces, para qué es la autoridad? para ejercerla. Imagínate que el otro día supe que protestó porque uno de mis soldados le dio un pescozón a un limpiabotas que, de fresco, le quería cobrar una limpia. ¿Usted sabe qué irrespeto. Quién dijo que la autoridad tiene que pagar? Ese hombre le va hacer mucho daño al pueblo, todos los días va a la tertulia de Carlos Lassis y se le oye decir cada cosa.

-Que a la guardia no hay que regalarle lo que se come, qué porqué don Jorge tiene que seguirme fiando las mejores telas si yo no le he pagado las primeras, las que me llevé el primer día que tomamos el pueblo, que quién dijo que los muchachos hablan cuando las gallinas mean.

-El protesta hasta porque se secaron todos los árboles y cuatro milpas tan sólo han quedado de aquel rancho que era mío, y si don Pablo les paga poco a los trabajadores Freddy Valdez, se queja, porque dice que los está explotando.

-Ustedes tienen que unirse para pedir una paga más justa.

-¿Cómo es posible, Dios mío, que les paguen tan poco?

-¡Eso es un abuso!

-Comandante, ese hombre me tiene al volar, ahora todos los días llega uno

-Patrón, usted sabe que la cosa está dura, que lo cuarto no alcanzan, lo muchacho piden pa l'escuela, pa lo librose, para todos y uno no tiene nunca ni en qué caerse muerto.

-Es que para morir sólo se necesita estar vivo, ¿cuál es el problema?

-Lo que usted me paga...

-No me venga con la misma solfa, ustedes si son mal agradecidos, cuando no tienen trabajo

--Patrón, yo hago cualquier cosa. Usted me da lo que sea. Yo soy un buen soldado. Yo trabajo en lo que usted me diga.

-Recuérdese de aquel hombre a quien María Cristina gobernaba y él hacía todo, que súbete a una mata me subo, desyérbame todo el postrero y lo desyerbo, túmbame los cocos de la playa y aquí están, pero, don Enrique, hace un mes que no bailo el muñeco.

-¿Hace un mes que usted trabaja conmigo?

-Si y no me dan la comida, no me dan donde dormir y ahora me dice que tampoco me puede aumentar.

-Esas son las cosas del Freddy Valdez, don Enrique, se lo digo, ese hombre piensa al revés. Aquí en el pueblo todo el mundo se está quieto, todo el mundo, pero ese hombre ha venido a desarbolar las avispas, si señor, a desarbolar las avispas, a eso es que ha venido.

-Y dígamele al general, don Enrique, que el más peligroso no es, como dice el síndico, el tal Freddy Valdez, no, el más peligroso es el licenciado.

-¿Cuál?

-Don Heriberto Núñez.

Las denuncias corrieron como los chismes, subieron las veredas hasta llegar al cementerio, doblaron hacia la Virgen, de allí bajaron por Villa Estela y subieron hasta el horno de cal y todo el pueblo sabía que habían hecho trampas, que se robaron los votos y los cambiaron.

-Se perdió un delegado que se puso a discutirme comandante y le dije:

-Guárdame eso ahí.

-¿Y qué le diste?

-Una sola puñalada que le dejó la bayoneta calada en el corazón.

Don Heriberto oía, anotaba, hasta que se impugnó la elección y él haciendo acopio de toda su sapiencia jurídica anuló las elecciones mediante una sentencia en la cual señalaba:

“Los militares no pueden participar en la política porque les está expresamente prohibido por la Constitución de la República, Ley de Leyes que todos tenemos que respetar”.

El fallo era claro y preciso, corto y fácil de entender: el general no puede ser presidente porque los militares no pueden ser candidatos, de acuerdo con la Constitución.

Don Enrique comentó cuando se lo contaron:

-Por eso es que Balaguer dice que la Constitución es un pedazo de papel, porque con todo y la sentencia de don Heriberto, muy bien motivada por cierto, el general gobernó durante 31 años.

Don Heriberto de pasó la mayor parte de esos años estudiando.

-¿Y no era un licenciado, un juez?

-Sí. Era, por eso es que Melquiades decía que tengo mató a tenía, él era un licenciado.

-Abre la puerta de tu bufete, le decía doña Nona y el licenciado Núñez veía a la gente pasar y mirar para el otro lado, para no saludar. Es que nunca se quita de la esquina ese hombre que manda el Comandante de Armas a vigilarlo.

-Pues abro y abro hasta que un día el licenciado se quedó pensando que mejor es no abrir, para que ni vean, porque cada vez que pasa uno de los del desgobierno me meten en la cárcel, porque me ven...

-Qué bueno que volviste, Heriberto. Creí que de ésta te mataban porque tanto tiempo sin verte.

-El tirano no perdona que haya hombres libres, ahí está Angel Liz, que ni trabaja, ni vive, cuando no está preso lo están buscando.

-Pues está como tú.

-Sí. Amiro Cordero y los otros se van para el extranjero, me lo dijeron en la cárcel que ellos se van a una embajada.

-¿Se van a asilar?

-Sí, dicen que si se quedan en el país lo van a matar a todos y son unos muchachitos.

-¿Y nosotros?

-Yo me voy. Aquí el usurpador es el tirano, que es presidente en contra de la ley.

-Si, pero tiene la fuerza.

-Y yo la razón, vamos a ver quién puede más si la fuerza o la razón.

-Es que él tiene la fuerza y tú la razón y yo tengo la razón y no la fuerza.

-El mejor gobierno es el que auna la razón y la fuerza y las maneja las dos en un equilibrio tal que el pueblo no sienta al gobierno, que parezca como si no hubiera fuerza porque todo se hace por la razón, con razón y para la razón.

-Eso está muy bonito pero mientras tanto sólo queda esperar y callar, serenamente.

-Si, no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista.

-Es cierto, pero 31 años son muchos. Lo que pasa es que hay

muchos traidores. ¿Tu sabes cuántas conspiraciones se han desbaratado?

-Muchas, es cierto, desde la de los estudiantes de Santiago, hasta el complot del 14 de junio, son muchos, ¿eh?

-Sí ¿y las invasiones?

-Bueno, vino la del Fanita, las de Maimón, Constanza, Estero Hondo. No se pudo cuando Cayo Confites, vino otra por Luperón.

-No creas, siempre le hacemos la lucha, pero nos han descubierto. Tu veras, que el día menos pensado...

-Hablaban de eso, don Enrique, dígaselo al general que aquí las cosas están buenas, que sólo hay un grupito y que me diga si se lo amarro o le doy chicharrón.

-¿Qué?

-Chicharrón, don Enrique cuchillo, matarile.

-¡Ahhhhh! veremos lo que ordena el presidente.

-Yo creo que el presidente los va a mandar a fusilar, provisionalmente, como hace a veces.

-¿Cómo provisionalmente?

-Si, el otro día yo tenía preso a Lassis, Aroma, Nosin, Jottin, Guaroa Vásquez, ese grupo y entonces

-¿Sacarnos a esta hora? dijo Guaroa.

-Si, caminen, que venga el grupo de los enemigos de la patria y del gobierno, que venga, pronto.

Los empujones y los ayes, los golpes y los maltratos despertaron a todos los presos.

-¡Cuidao quien se acerca a los barrotes!

-En medio del patio de la fortaleza esos malditos habían hecho un ron con velas, aparecía el círculo perfectamente iluminado, nos amarraron las manos a la espalda

-Desnúdense, ¡carajo, rápido!

-Nos llevaron a empujones.

-Dale ¡Coño, camine!

-Cuando comenzaron a ponernos las vendas pensé que había llegado mi última hora pero no dije nada. Hay que morir como un hombre.

-Quien se mete a redentor termina crucificado, pero después muchos seguirán la lucha por la libertad.

-¡Cállese, carajo!

-No he hablado.

-Pero le leo los pensamientos.

Nadie pudo aguantar a los presos en la celdas. Todos. Silenciosos. Sin hablar entre ellos, se colocaron en las ventanas, en las puertas, buscaron

-Cualquier resquicio que me permita ver cómo van a fusilar a esa gente.

-Póngase en línea, rápido, pronto.

-¿Para qué nos vendan?

-¡Cállese, cumpla órdenes.

-A mi no me dio ni frío ni calor.

-Pues yo no sé ni lo que siento.

-¡Qué calor!

-¡Qué frío!

-El seco caminar del cerrojo de los fusiles, cuando preparaban las armas, me dio un frío en el alma. En un momento pasó por mi mente, como en una película muda, el rostro lloroso y avejentado de mi madre.

-Siempre te digo hijo, que por qué tienes que ser tú el único que se mete en esto.

-¿No ves que todo el país se somete. Por qué tienes que ser tú el único?

-Y el rostro adusto de mi padre a quien seguro que se lo llevan preso del entierro porque el viejo no se va a quedar callado. Ya lo dijo el abuelo que cuando muriera le dieran el sable al viejo porque sé que mi hijo nunca será cobarde. No se sabe si los muchachos tendrán el coraje de ir al entierro, después se hacen los desentendidos, porque nadie quiere...

-El frío de la noche se hizo más fuerte mientras los cerrojos de las armas llevaban a la recámara de los fusiles un tiro, sólo uno, de un pelotón de diez hombres, diez tiros y nosotros éramos menos.

-Eramos, yo y Aroma y Jottin, y Nosin y Freddy Valdez. Pensé ¿qué hará mi novia cuando me muera? No pude ni siquiera decirle adiós a los muchachos, pero más tarde se lo dirá Daniel, el Anacobero, o puede que Gardel, el Morocho, sí, pero ni siquiera sabrá nadie, nunca, que aquí murió un grupo de hombres que sólo

quería la libertad para su pueblo. Ni siquiera epitafio tendrá mi tumba, porque ponerle a un pedazo de mármol el nombre, la fecha de nacimiento y la fecha de muerte, no basta. Hay que enterrar a los hombres, como hombres y decir de uno como de los niños héroes de México: murió por la Patria ¿quién se atrevía, en esos tiempos, a hacer una cosa así? Moriremos y nadie lo sabrá, les convendrá no saberlo, para no tener que ir al entierro.

-Te comprometes, marido. Deja eso, después que esto pase.

-Parece que nunca va a pasar. El cura dijo en la Siete Palabras, todo pasa, todo se acaba, pero esto es interminable.

-Mi amor, todo comienzo, tiene su final.

-O nos tiran al mar, para que nos coman los tiburones. El hijo del tirano tiene un sitio, camino de Boca Chica, donde alimenta a los tiburones con los presos políticos.

-¿Y son tantos?

-O puede que entreguen el cadáver a la familia.

-Para que sirva de escarmiento que aquí no se puede estar con cosas porque aquí le partimos el pescuezo a cualquiera y ¡viva el Jefe! dijeron los soldados al llevar el cadáver a la casa.

El comentario se desmayaba entre las verjas que separaban las casas y no quería subirlas para caer en el otro patio pero, de todos modos, atravesó el pueblo de punta a punta. Al mediodía el hijo del Comandante de Armas preguntó que si era verdad que la galleta sonó que todo el pueblo se preguntaba si comenzó de nuevo la revolución, pero nadie preguntaba dónde, cómo, qué pasó, pero pareció un cañonazo, una salva.

-Mira que decirme a mi que nos vayamos, que dejemos esto, que el pueblo no me quiere, ¿usted sabe, carajo, el esfuerzo que costó ésto?

-La mano duele todavía, duele, porque las galletas de los papás se quedan ardiendo en las mejillas mientras uno tiene recuerdos.

La noche tenía estrellas y como no había luna la iluminación de los presos lo hacía aparecer alargados, fantasmagóricos. La luz venía de abajo, ninguno proyectaba sombra que no fuera un confundirse de sus cabezas con el infinito. Los presos que se acercaron a los barrotes los sentían fríos, mojados. El aire cortaba las rejas de la fortaleza y sonaba como

una música de muertos, ululaba como los perros cuando anuncian una desgracia.

-Igualito, pensaba Aroma. Igualito que el día que al general Zenón Obando le preguntaron si había matado a Juan Valdez, y respondió:

-No. Yo no fui. Huela, y le puso el cañón del Parabelo en la nariz al interlocutor

-Y yo lo vi cuando le disparó.

-Le volé los sesos para que no esté dudando de los hombres guapos como yo. ¡Cuidao quien se mueve!

El perro parecía aullar al compás del ulular del viento. La peor premonición fue el vuelo, a ras de cabeza de los presos, que hizo la negra lechuza que acababa de despertar a Juan Basanta quien estaba en su horno de carbón sereneando en lo que Virgilio y Juan Ortiz y Manolo Justo dormían en el rancho de Julio Heberto. Los guardias estaban tensos. A pesar del frío de la madrugada sudaban. Sus ropas se fueron mojando. El sudor de los presos era frío. La brisa se encargaba de mantener el frío sobre la piel desnuda, con los bellos crispados por el miedo. El sudor, el frío, la expectativa. Llegó el capitán. El sargento que comandaba el pelotón mandó.

-¡Atención! todo el mundo firme.

-A los presos nos dolían las manos, ateridas de frío por la falta de circulación.

-Queríamos soltarnos ¡ay si uno pudiera!

-Si me suelto le vuelo a estos hijosdelagranputa y así terminan con uno.

-¿Y se van a atrever a fusilarnos a esta hora, en el patio de la fortaleza, sabiendo que el pueblo se va a dar cuenta?

-¡Qué pueblo, los pueblos tienen los gobiernos que merecen!

-Pues este tiene un gobierno que no sirve y ha luchado para que no sea así.

-Por eso es que se joden, por estar hablando porquerías.

-Pero es verdad.

-¡Ah pero éste es de los guapos!

-El aire y la respiración entrecortada por el miedo eran los únicos sonidos audibles en el fondo de una noche en la cual uno, después de tanto luchar por la libertad y conspirar y hablar y

querer arreglar el mundo, va a terminar como todo el que se mete a redentor: crucificado.

Ni siquiera le dan a uno la oportunidad que tuvo el poeta Eugenio Perdomo a quien le permitieron despedirse de la novia, antes de ir al patíbulo, al ser descubierta la conspiración para el inicio de la Restauración. Ya no hay hidalguía, el mundo se ha dividido entre los buenos y los malos.

-¿Cuándo no ha sido así?

-Recuerda que en el Paraíso comenzó el lío y se inició la lucha hermano contra hermano.

-Sí, pero cuando el pueblo quiso unirse y hacer la más grande obra de la humanidad: la torre de Babel, el Señor introdujo la división entre los hombres al crear idiomas, dialectos, jergas.

-Eso no tiene que ver con la maldad.

-Ni con la bondad, tampoco. Ahora los malos acogotan la libertad. Nosotros no somos los buenos, nosotros somos los presos. Calle que como quiera nos vamos a joder.

-Pues ¡para qué callar!

-A Freddy le dieron el pueblo por cárcel y comenzó a caminar las calles sin conocer a nadie, a nadie, hasta que un día llegó a la casa de Virgilito y le dijo que si doña Nieves estaba ahí, que él la conocía, que se la llamara y Virgilito la llamó.

-Mamá Nieves, este señor,

-Pasa.

Todos los días le guardaba un plato de comida del cual Clodo tenía que sacar la cuchara colocada verticalmente adivinando entre los alimentos.

-Toma este real, también, para que te defiendas.

A veces Freddy se iba donde doña Herminia. Ahí fue donde conoció a Carlos Lassis y sus inquietudes. Comenzó a frecuentar las tertulias del café de las cuatro de la tarde en el estudio fotográfico Lassis, al lado del teatro Unión donde primero fueron presentados María Montez, Pepe Echavarría y don Chichi Damirón daba unos conciertos de guitarra...

-Nunca escuché que tocaran mejor el concierto de Aranjuez, decía Frank Rodríguez cuando estudiaba en Venezuela.

¿Y Morito Sánchez?

-Después dejó de tocar el violín que sonaba en sus manos como una música tocada por los dioses del Olimpo, comentaba Nosin.

-Ahí lo conocimos todos, a Freddy, digo, decía el maestro Aroma quien cruzaba a tomarse el cafecito que manda doña Titín.

-¿Usted que hace aquí amigo? Freddy movió la cabeza y con la mirada vimos al chivato que no le pierde pie ni pisada.

-Usted tiene que saber qué hace, con quien habla.

-¿De qué hablaba usted con ese hombre. Usted no sabe quién es ese hombre?

-No, señor, el me estaba preguntando cómo se llega al río.

-¿A qué río? aquí todo el mundo.

-¿Qué pasa?

-¿Usted no sabe que ese es el enemigo del gobierno?

La voz se corrió como el agua cuando busca salida y crea caminos, manantiales y deja huellas en la tierra y en el recuerdo de la gente. Aunque Birán se halla secado queda el recuerdo de sus aguas frías y claras, caminando sobre un lecho de blancas piedras que le daban un sabor especial, así corrió el rumor de que le dieron el pueblo por cárcel a ese señor.

Porque cree que el pueblo tiene derecho a vivir en libertad.

El presidente le dijo a don José Gabriel

-¿Qué invento es ese, cuándo usted ha visto la libertad? El día que usted pueda presentármela, tráigamela aquí y entonces hablamos.

De esos días y de esa conversación data el apriete de muñeca del gobierno con la oposición. Antes de eso el presidente se llevaba del general Hermida, el viejo, quien decía:

-Déjenlos hablar, que hablando no se tumba gobierno.

-Pero ya el general Hermida no estaba en eso y ninguno de nosotros sabe, nadie tiene idea, ni la más remota, de quién fue que chivateó al grupo porque un día se llevaron al maestro Aroma quien cuando llegó a la puerta de prevención de la fortaleza vio que ya Freddy era introducido en la cárcel. Luego trajeron a los estudiantes, Nosin, Jottin, Guaroa y después a Carlos Lassis y a Padillita.

-Conque hablando vaina ¿no?

-Sonó la primera galleta del comandante antes de que nadie

podiera balbucear una respuesta, inventar una mentira, decir que sólo nos reunimos para... Nadie terminó una sola frase porque todos fuimos interrumpidos por la patada del guardia que nos habían colocado detrás y que interpretó, fielmente, la señal de los ojos del capitán quien se acerca ahora y el

--Pelotón ¡firmes! Las armas con un proyectil en la recámara y el mando de apunten fue bajo, callado, como para que un soldado debiera decírselo al compañero o para que con el movimiento del que estaba situado al lado del capitán, los demás, automáticamente, realizaran la acción de apuntar.

-Al pecho es donde se apunta cuando uno forma parte del pelotón de fusilamiento.

-Pero en la cabeza el tiro mata de una vez.

-Las cabezas se mueven y son más difíciles de hacer blanco.

-Es al pecho, que es donde hay más bulto y más oportunidad de hacer blanco.

-Todos los soldados apuntaron al pecho, al lado del corazón.

-Yo apunto al centro del pecho, para no fallar. Con estos fusiles a quien tu le das un tiro en el centro del pecho a esta corta distancia lo traspasas como los muertos transfijos por espadas del poema de Julio Gautreau.

-Es cierto, al pecho y al centro.

El bisbiseo que escuchábamos no se sabe de dónde salía, pero se confundía un

-Padre Nuestro que estás en los cielos,

-Santa María,

-venga a nos

-ahora y en la hora

-perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos

-¿A quién? Yo no perdono a nadie

-Pues no rece. Entonces, que la doctrina.

-¡Carajo! pero hasta la hora de morir discuten ustedes.

Los mayores veían a sus esposas con las rodillas peladas de rezar, de pedir al Señor

-No los maten, Señor. Sólo quieren el bien para el pueblo.

-El pueblo no lo sabe y sólo cuando el pueblo se da cuenta de que los tiranos son cobardes, vulnerables, que nadie puede contra la unión del pueblo es cuando los tiranos desaparecen.

-O los matan.

-Pero mientras, el pueblo tiene miedo. Unos a otros nos tenemos miedo y por cualquier cosa vamos a decir a la autoridad que Fulano dijo esto o que Zutano dijo aquello porque no sabemos si Fulano o Zutano va a ir a la autoridad con el chisme y entonces quien pierde es uno que va a dar con sus huesos a la cárcel.

-Así es, Dios mío, ayúdame los.

-Y pensar que voy a dejar mis hijos pequeños, sin educación, sin mi calor, que Radhamés no me a comprar los dulces donde David la Pelota, esos dulcitos de coco que tanto me gustan después de la comida.

-¿Y los helados de Lillico?

-No, nada, adiós a mis buenos y viejos amigos. Adiós muchachos compañeros de mi vida, se acabó la poesía, no, podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía.

-¿Y cómo reportaría Fusick un acontecimiento así? pensó Jottin.

Quizá comenzaría destacando el frío de la madrugada, o el estrellado cielo que se confunde con las lágrimas de nuestras madres que ruegan día y noche porque nada les pase a nuestros hijos y a sus amigos porque nada han hecho.

Juan Lockward, en este momento, pensó en su guitarra bohemia

-Que tan fiel me ha sido.

-Esto es de verdad. El capitán abrió la boca, va a dar la orden de que disparen.

-¿Qué pienso?

-¿A quién le dedico mi último pensamiento? ¿Quién lo va a saber? nadie sabe, sí, nadie lo sabrá, porque luego a uno lo entierran y nadie se entera.

Después, la guardia amaneció tirada a la calle. Primero allanaron las casas de los políticos de los tiempos de antes, de los viejos generales valetudinarios que mezclaban sus anécdotas y sus mentiras con retorcerse los blancos bigotes de largas puntas, buscaron debajo de las camas, detrás de los armarios.

-Siempre busquen en el soberado y en los aljibes, porque dicen que aquel poema del cuello de mi amada pende un Cristo lo escribió Fabio Fiallo una vez que lo escondieron en una guindola

improvisada dentro de un pozo de agua en la casa de una de sus novias, y aunque los guardias no hablaban uno sabe que buscaban algo, alguna persona, eso es, una fuga.

-¿Quién se fugó de la cárcel?

Buscaron todo el pueblo y nadie vio que llevaron preso a nadie, ni siquiera a los ríferos con sus listas, ni a los vagos de los alrededores del mercado que el comandante buscaba para mandarlos en cuadrillas a recoger café y cobrar él la paga que les daban.

-Es que no es tiempo de café.

-¡Ah bueno, fue por eso!

Después fue cuando se supo que el hijo del maestro Quezada lo mataron por político.

-No. Eso fue en La Romana, en el 1946, cuando la huelga de los azucareros, eso fue otra cosa.

-¿Qué pasó entonces?

-Aquí no mataron a nadie, fue que se fugaron unos presos y los están buscando.

-¡Ah bueno!

-Luego ni se entera la familia que a uno fue que lo fusilaron en el mismo patio de la fortaleza, en su mismo pueblo.

-Luego me lo entierran allá, en el fondo del patio, que ahí voy a plantar una hortaliza.

La voz del capitán sonó firme, seca, redonda, llenó la madrugada y acalló el silencio, se robó la tranquilidad y muchos ni siquiera escuchamos cuando dijo:

-¡Fuego!

-Porque ya nos habíamos cagado en los pantalones cuando escuchamos, porque eso si lo oye uno, el momento en que el dedo apretó el gatillo del fusil y se crispó, con fuerza, para hacer el disparo mortal que, necesariamente, troncharía los amores, los sueños, las maldades, las virtudes y los pensamientos y obras de este grupo de hombres que tenía que morir gritando un ¡Viva la Libertad! pero eso sólo se ve, después que el grupo de uno triunfa, en los libros de historia. A la hora de la verdad uno se caga en los pantalones y nosotros no teníamos ni ropa ni quien pudiera escribir la historia. Aún así, aunque pensamos que en esos tiempos no sobran pantalones, que en esos tiempos los hombres

obedecían las órdenes de la política, aquella de "méntanse las lenguas por donde no les quepan pero déjense de estar hablando vainas", pues como dijo el general Hermida, el Viejo, hablando no se tumba gobierno, es mejor callar porque en boca callada no entran moscas. Pero uno siempre está de cabeza dura.

-Muchacho que te lo estoy diciendo desde que eras muchacho, no te metas en esa vaina de la política que la política es muy sucia.

-No, mamá, los sucios son algunos políticos.

-Pues, da lo mismo.

El silencio de la fría madrugada se quebró como el tranquilo espejo de un remanso, cuando sonó el canto del gallo que no anunciaba la aurora sino un canto que servía como clarinada sobre el territorio que dominaba.

-No se sabe. Nunca se sabrá que pasó porque unos dicen que sí, que el capitán llegó a pronunciar la terrible y fatídica palabra, la orden que se llevaría de este mundo, de este valle de lágrimas del que nadie se quiere ir, dicen, algunos, a mi no me lo crean porque yo no recuerdo haber oído nada desde que aquel maldito dijo con voz estentórea

-Preparennnnnnnnn armas.

-Con una voz fuerte y seca que sonó cortante como filo de bayoneta, ahí comencé a soñar y pensar, a pensar que uno no sabe cuando sale de eso si está vivo o muerto, si está en este mundo, si es cierto que lo que le dicen a uno uno lo está oyendo, porque a veces uno no sabe si sueña, si vive o sencillamente, como no tiene experiencia, está muerto y habla con alguien a quien uno se le ha metido en el sueño. Recuerdo, sí, eso sí, que escuché durante un rato que no puedo determinar, poco antes del canto del gallo, un deslizarse lento, torturante, fatal, de hierro sobre hierro, de hierro aceitado sobre hierro aceitado, como si el percutor del fusil corriera hacia el proyectil para disparar, pero no hubo disparos, hubo ese sonido que no terminaba de pasar, lento, aceitado, fúnebre, un frío infinito que recorrió primero mi espina dorsal y luego se fue apoderando de todo el cuerpo hasta terminar levantándome todos los pelos del cuerpo y entonces, cuando uno esperaba escuchar, como último sonido de su vida el ruido del disparo de la fusilería ¿sería unísono o alguno dispararía

primero? lo que se escuchó, no sé si mezclado con la orden fatídica de fuego fue el grito de Aroma, que secundamos todos:

-¡Viva la libertad!

-Y luego, a seguidas, el chasquido del percutor golpeando en seco, buscando un proyectil inexistente y el kikiriquí del gallo del capitán, cantando su soberanía física sobre todo el territorio que alcanzaba su canto, que no fue respondido por el de ningún otro gallo que hubiera por los alrededores. No sé si en un momento se confundieron el *fue* con *viva* y con el *ki*, del canto del gallo, porque estaba confundido, yo lleno de miedo porque a nadie le han dicho cómo es la muerte, porque nadie sabe y es posible que alguno se cagara en los pantalones pero lo que es seguro es que todos gritamos

¡Viva la Libertad!

-Impulsados por el ejemplo del sastre Aroma, que fue el primero que colocó una puerta grande de cristal, con un maniquí vestido de hombre para que todos vieran que él era "*Aroma, sastre anatómico*" como rezaba el letrero que pintó Negrito Alix con dibujadas letras que permitían a los caficultores de las lomas de Polo decir que ese es el mejor sastre del mundo fíjate que hasta letrero tiene con unas letras que tienen como rayitas de más.

El capitán nunca diría que hizo el aguaje del fusilamiento para que supieran que la guardia es la guardia, pero coincidió el perdón y la posterior liberación de la mayoría de los presos políticos con la primera visita que hizo don Enrique al Presidente, cuando fue mandado a buscar en el vapor Independencia, que permitió a Rubén Suro escribir "un barco fuma pipa" por el humo que nublaba un pedazo del cielo.

-Pues sí, presidente, esos son unos muchachos buenos y Carlos Lassis y Aroma son hombres de trabajo, a quien no pudo salvar fue a Freddy Valdez porque no lo conozco, presidente. Ese hombre llegó confinado, con el pueblo por cárcel, no sé quién es.

Meses después llegó la noticia.

-Mataron a Freddy Valdez, lo hallaron tirado por los potreros de Venturita, al norte de la capital.

Desde entonces el pueblo tomó como termómetro político que cada vez que pasa algo, no sé dónde, algo, mandan a buscar presos a Carlos Lassis, a Osvaldo Padilla y Aroma

-Y yo creo que también meten presos a Guaroa y a Jottin y a Nosin, en la capital, pues ellos estudian en la Universidad.

-Doña Titín, no se apure, que el Gran Ciudadano y Muy Magnífico Combatiente de la Independencia y de la Restauración, Pacificador de la Patria y compadre de mi padrino el general Miches, el señor Presidente me dijo que lo mandó a soltar porque está convencido de que sólo el tal Valdez sabe lo que está haciendo.

-Don Enrique muchas gracias.

Don Enrique presidía el Comité Pro Fiestas Patronales y también la Hermandad de la Santísima Cruz, buscaba a Dora Gautreau y a César Brea para que le dirigieran

-Y me hagan la mejor comparsa para el baile del carnaval y en el jurado alguien comentaba:

-No se equivoquen que aparte de la calidad, esa es la comparsa de Dora Brea, apoyada por don Enrique, la cual gana todos los años el carnaval de La Romana.

-Porque también, presidente, hay que estar en la cultura y en las diversiones.

-Si, don Enrique, la parte del guante de seda. Así se gobierna, don Enrique.

-Así, presidente y también me ocupo de que los campesinos traigan muchas ofrendas al cura para el día de San Isidro.

El pueblo se llena de caballos y jinetes, gallinas, becerritos, ovejos, algunos marranitos, canastas de huevos, sacos de maíz, racimos de plátanos y de guineos, frutas de todas las clases que formaron un cerro en el patio de la casa curial.

-Le traemos, padre, para San Isidro.

Don Enrique tiene ojos por todo el pueblo, manos en todas las casas, pies en cada rincón. Don Enrique lo sabe todo. No pasa nada que no pase por sus ojos, no pasa nada que no pase por sus oídos.

-Creo, mujer, que tenemos que hablar quedo, bajo, para que no llegue a los oídos de don Enrique.

El hombre traía polvo de todos los caminos cuya huella estaba marcada por gotas de lluvia que se secaron sobre su camisa, sobre su pantalón, sus cabellos tenían el color indefinido de la tierra de distintos lugares, había salido de San Francisco con el tren y llevaba sus funciones a cada uno de los pueblos donde se detenía la locomotora, pero ya la gente estaba ahíta de ver las mismas películas. Entonces Heberto Martínez resolvió buscar nuevos mercados para sus cansados personajes.

-Me dijeron que usted, don Enrique, era un hombre sabio que sabía gobernar por el libro del guante de seda y la garra de metal.

-¿Y cuál usted prefiere?

-La de seda, por supuesto.

-¿De dónde viene usted, quién es?

Martínez sacó unos papeles arrugados, sucios, habían pasado por las lluvias de la bahía cuando atravesó de Sánchez a Sabana de la Mar, se secaron cuando tomó la larga y árida cadena de montañas para llegar de Azua a Barahona, caminó por los bosques de Miches y sacó los papeles arrugados, uno de los cuales decía que Heberto era sobrino de Toña Martínez, fundadora del club de Damas de San Francisco y un papel por cada pueblo en el cual exhibió sus películas tantas veces que la gente se las sabía de memoria, hasta que inventó el procedimiento de proyectarlas al revés.

-Porque aquí como que la vida anda al revés y por eso la gente entiende y la guardia lee como quiera, al derecho y al revés.

-¿No es cierto?

-Si y de cada pueblo trajo una recomendación.

-El licenciado Alcibíades Roca ex-presidente de la Honorable Cámara de Diputados, certifica que las películas de Heberto Martínez son muy buenas y que él es persona conocida en La Vega; el licenciado Mario Ramis, vicepresidente de la fábrica de pinturas, da fe de que las películas de Heberto Martínez sólo han sido pasadas 234 veces en la plaza de Pimentel y su contribución a la cultura producirá escritores, locutores, poetas y otros inspirados hijos de este hermoso sitio, pero después que muera el tren; el capitán Sergio Caamaño y el señor Abelardo Vásquez, Comandante Militar y Colector de Aduanas, certifican que fue en Sánchez donde Heberto Martínez colocó una luz a la puerta del lugar donde iba a ofrecer una función de cine, era una noche fría, neblinosa y con viento, la mujer llegó a la puerta y dijo:

-Peliculero, se le va a apagar la luz con la brisa

Y se acercó a protegerla con sus manos y cuando vio más luz que la de mil animitas juntas, como apresadas en un potecito con forma de pera, la mujer gritó:

-¡Abrenuncio, Satanás! ahora aquí dan las películas fuera de la pantalla.

Fue la primera vez que se vio aquí en Sánchez el invento que hizo famosa a París como la Ciudad Luz: la luz eléctrica.

Don Enrique también revisó el documento firmado por Salomón Seguí Kair, dirigido a César Bobadilla, en el cual

-Presentó al distinguido joven de la sociedad francomacorisana, Heberto Martínez, quien se dirige a esa con el propósito de ofrecer cultura, esparcimiento a la sociedad a la que das brillo con tus ejecutorias.

También había una carta dirigida al escritor Angel Augusto Suero en la cual Julio Gautreau explicaba:

-Negro, el portador es el papá de la novia de mi hijo K y atiéndalo que lleva el invento del cine de los hermanos Lumiere y recuerda cuando estudiábamos francés con aquel músico haitiano que tocaba el trombón como después sólo Glen Miller y Antonio Almánzar llegaron a producir suavidad y amor salidos del metal, aquel Francois Turenne.

Don Enrique vio todas las cartas de recomendación y le pidió que se vaya a ver el maestro Totí, porque aquí no nos gustan las funciones de morisquetas y le contó la vez que vino un mimo francés a quien vi actuar en uno de los más afamados teatros de París, Marcel Marceau, y la gente no entendió nada, hubo que explicarles dos o tres de las actuaciones del gran mimo y el francés se encojonó y se fue para el carajo con sus mímicas geniales y sus afeites que lo hacían parecer una mujer pintada para día de fiesta.

-Búsquese, Martínez, al maestro Totí para que la función no sea a secas, porque el maestro Totí es capaz de sacarle un vals o un pasodoble, un tango o una criolla con la facilidad con que un decimero inventa un carabiné con un acordeón alemán para cantar las desgracias de cualquier hombre del Sur muerto por una bala perdida durante la Guerra de los Seisaños en la cual descollaron Palo Mamá y los Hermanos Ogando, hombres de valor y dignidad.

Y ahí fue cuando hubo que aprender que la creación es y parte del hombre y para el hombre, que el arte es un producto para consumo del hombre.

Aún perduran los ideales antropoplásticos y antropomórficos de la cultura griega, decía Julio Gautreau bajo el laurel de la esquina noreste del parque Barahona, en la esquina de la farmacia Fiallo, de Don Lico, en la peña que formaban Gaía Ramírez, Negro Suero, Nosin Hazoury, Carlos Lassis y otros. El cine es obra de hombres para hombres, en el cual, también, el hombre es el objeto y el sujeto de la creación. Así es la pintura, en la escultura, en la escritura, en la música. Toda manifestación del hombre tiene como meta al hombre mismo.

-Se pueden reducir, decía el maestro Totí Gautreau, a tres tiempos los aires musicales que tenemos que tocar: allegro, andante y largo, porque las escenas, las situaciones, se pueden encuadrar en calmas, borrascosas y medias, para eso es que hay que tocar.

La gente se arremolinaba ante el improvisado salón de cine para ver

Esta noche *La Pasión de Cristo*, anunciaba el cartel colocado en la esquina del parque central: 10 centavos por persona.

Y la gente pedía:

-Pasodoble, pasodoble, cuando Cristo entraba al templo a dar latigazos a los fariseos, impíos que usan mi casa para otros fines, mi casa es casa de oración, gritaba el hombre a quien puso Martínez a contar la película mientras uno la veía.

-Pero a mi me gusta más cuando hay música y dejan que uno se identifique, se invente la película, porque hay una parte que pone cada espectador en una película muda, la parte de la comunicación efectuada mediante el gesto, la mímica o la situación difícil.

Al llegar al viacrucis a veces los músicos estaban tocando un vals y la gente gritaba:

-Música de muertos.

Y le gustaba escuchar lo que después se impondría en la Semana Santa, una música sacra y clásica europea que fue desplazada por la salsa, el merengue, la charanga y los tragos, que cambiaron la forma de guardar esos días santos, de recogimiento.

-Donde más se gozaba era en esas películas de vaqueros o indios.

-¿Viendo a los vaqueros siempre ganar, los blancos aplastando a los indios?

-No me refiero a eso.

-¿Y a qué vas al cine?

-A divertirme.

-Pues así es como nos tienen jodidos dándonos su ideología envuelta en papelitos de celofán y nosotros pagamos para que nos convenzan y nos engañen.

-Tu siempre con tus cosas raras. A mi me siguen gustando las películas de vaqueros aunque ganen los americanos, al fin y al cabo quién se quedó con los Estados Unidos, ¿los indios?

La película estaba en un momento romántico que aprovechó el maestro Totí para introducir el *Sobre las olas* del inspirado maestro mexicano Juventino Rosas y sólo minutos después, cuando aún no se habían encrespado las olas como para llevar ni siquiera una hoja en su lomo, la escena cambió violentamente y se dejó escuchar la obertura de Guillermo Tell que luego se convirtió en la música preferida por todo el mundo para el momento en que un tropel de caballos rompe el silencio de las vastas llanuras o la quietud de un pueblo somnoliento del oeste norteamericano.

Martínez buscó

-Un hombre fuerte que se quiera ganar unos pesos trabajando conmigo en el cine y Tirso Peña pensó que él podría ganarse el dinero y, además, ir de gratis al cine y se fue adonde Martínez quien examinó su musculatura y pensó en José Vinicio Grau quien también tenía los brazos gordos, pero contrató a Tirso cuyo problema fue

-Por estar viendo la película, ingeniero, es que a veces me retraso.

-Ninguno sirve, Miriam. Ninguno. Estos trabajadores son un problema y lo que quieren es mejor sueldo, mejor sueldo, aumento pero ¿cómo les voy a aumentar si no se lo ganan?

-Papá, pero cámbielos.

Martínez le explicó a José Vinicio que si la película se detenía se quemaba el cuadro con el carbón que producía la luz que permitía la proyección.

-Además, esas películas tienen una banda que si un sólo cuadro coge fuego corremos el riesgo de que se incendie toda.

-¿Eso fue lo que le pasó a la Pasión de Cristo?

-Si, pero logré empatar los pedazos y ahora damos los principales actos de la película, en lo que llega una copia del extranjero.

-Bueno, como aquí nunca la han visto. No importa.

-Pero tú tienes que darle vueltas a la manigueta al mismo ritmo, para que la película corra pareja.

A veces José Vinicio se dormía y aunque continuaba dando vueltas a la manigueta lo hacía más lento o más rápido y la gente gritaba. ¡Cuadro, cuadro!

Despertaba y retornaba el ritmo rítmico y acompasado.

-Como un danzón, José Vinicio. Como un danzón.

-Es que yo no soy músico, ni mi papá tampoco.

Las funciones eran nocturnas. Martínez colocaba una sábana blanca que fijaba de la pared con cuatro tachuelas de cabeza ancha. Ponía el timbre que anunciaba el comienzo de la venta de las localidades y a poco el pequeño local estaba lleno. Olía al sabor rancio del café mojado y vuelto a secar en el almacén donde se clasificaban los granos antes de ser embarcados para la Europa de los sueños de don Enrique.

-Allí sí hay teatros. Recuerdo al gran Caruso, a Tito Gobbi, Marian Anderson, Lili Pons, Napoleón Dhimes, Henry Eli, Fausto Cepeda, al bajo negro norteamericano Paul Robertson quien deshelo las cúpulas del Kremlin con sus notas graves y profundas.

Y comenzó don Enrique la construcción del que sería famoso Teatro Unión donde actuarían Morito Sánchez, el violinista a quien el presidente Cáceres mandó a estudiar al Conservatorio de París; Pepé Echavarría Lazala, llamado el Ruiseñor Dominicano porque sacaba de la flauta sonidos que ningún mortal podía interpretar con la dulzura y la tristeza, la melancolía y la viveza que sólo los pájaros tienen para alegrar el rocío de la mañana. Chichí Damirón tocó el concierto de Aranjuez y de la RCA Víctor le pidieron una grabación pero no pudo hacerla porque Trujillo, que gobernaba entonces, no le permitió salir del país después que Damirón no quiso que su hija Quisqueya fuera a bailar con Trujillo. María Montez hizo pininos como actriz en obras de teatro como aquellas en la cual Nievecita Piñeyro estrenó un cuplé que le escribió Julio Gautreau especialmente para

la ocasión. Allí comenzó su carrera de concertino Hugo Toyos, quien paseó su arte por los mejores teatro de México y Nueva York, para luego dejar el piano por la política. La Soberana, Casandra Damirón, comenzó a bailar con la gracia y el salero que le cantó después el maestro Luis Rivera. La orquesta del maestro Clodomiro Gautreau acompañó a todas las compañías de bufos cubanos y a la María Félix de Cuba y al terremoto que tenía María Antonieta Pons en las caderas con un movimiento rotatorio tan rápido que en un momento uno como que piensa que es su cabeza la que da vueltas y no la cintura de María Antonieta.

-Cuidado si le pasa como a Marisabel.

-¿A cuál Marisabel?

-A la del poema, aquella a quien le cantaron: le diste tanta sandunga, a tu cintura, Marisabel, que ayer se rompió el resorte de tu cintura, Marisabel.

Por ahí pasó el Anacobero, Daniel Santos, que uno nunca sabe si halló a Linda o no halló a Linda, porque siempre dice: Yo no he visto a Linda, parece mentira.

-¿A cuál Linda Buscaría?

Y Kiko Mendibe bailó enredando los pies en unos como arabescos físicos que luego sólo Práxedes Gómez era capaz de imitar. Por el Teatro Unión también pasaron compañías de óperas a las cuales el Super les hacía la escenografía como si hubiera vivido en Europa.

-Don Enrique me presta su enciclopedia y yo hago los ambientes igualitos a los paisajes que hay en los libros, explicaba luego Negrito Alix.

-Ahí fue donde Orestes García aprendió todo lo que sabe de colores y pinturas, de perspectiva y claroscuro.

Don Enrique promovió la primera muestra de arte fotográfico que se hizo en el país y se montó la exhibición en el Teatro, ocasión que sirvió para que Carlos Lassis atrapara la belleza del amanecer en la bahía de Neyba, los tímidos rayos del sol de los muertos, en los atardeceres, y se llevara todos los primeros premios en rostros, amaneceres, atardeceres, eso sirvió para que Pedro Vargas quisiera ser fotógrafo. El Teatro Unión, decía don Enrique, es la historia de la cultura en la región porque resulta más barato traer una compañía de ópera que llegue a La

Habana o a San Juan. La gente responde cuando el espectáculo es bueno. Y si en Europa van tres gatos a la ópera ¿cómo quiere usted que aquí se llenen los teatros? esa es la creación de ellos, a nosotros sígannos dando lo nuestro, mezclemos el Credo con piedras.

Martínez siguió viajando con su cine ambulante hasta que en los pueblos se fueron instalando salas para exhibir películas y él dejó ese negocio porque se graduó de ingeniero eléctrico y le gustaba ver, con la infantil inocencia que conservó toda la vida, cómo la gente de los pueblos se asombraba de que hubiera luces que no fueran las velas, lámparas o faroles y que esa iluminación no fuera barrida por el viento. Y se dedicó a instalar la luz eléctrica en todos los pueblos para seguir desarrollando su temprana y frustrada vocación de mago que llevó primero, los secretos del cine y de la fantasía, atrapados en la cinta de plata y luego desentrañó los secretos de la oscuridad para alejar las consejas, los espíritus nocturnos y arrinconar el miedo, más allá de la última luz de las orillas del pueblo.

El comentario corrió como el agua, se metió por todos los vericuetos del pueblo y a poco, sin que Pascual hubiera roto su deber de

-No repita lo que usted oiga o vea en esta casa, o pueda leer.

-Don Enrique yo no sé.

-Por si aprende.

El pueblo sabía del viaje y de que don Enrique se propone ver al Presidente.

El cura llegó a la mesa de don Enrique con un rostro de beatitud, con un gesto de profeta, con un andar tan santo que cualquiera no pensaría que algún día sería enviado a las selvas de Colombia, en penitencia, por haber sucumbido al pecado de la carne después de haberle dicho a una hija de María

-Albita, me gustas de los hombros para abajo.

Nadie sabe en qué oculto recodo de la antigua Iglesia, construída por indios y negros esclavizados, comenzó el pecado del cura y aunque nadie lo quiso creer, al principio, hubo que convenir en que la lengua de Roselia no estaba tan mal informada cuando dijo:

-Con este cura no me confieso más. Después hay algunas muchachas del coro que comentan lo que uno confiesa y lo que ellas y el pueblo agregan a todos los cuentos y dichos que caminan por las calles, suben las jaldas, bajan los cerritos y se pierden en la maraña del nuevo chisme que surge como la neblina de las mañanas.

-Don Enrique, usted sabe cual es la situación de la parroquia, si los buenos hijos no contribuyen ¿cómo pueden celebrarse los cultos? No hay aceite para encender los pabilos para colocar las luces a los santos, el otro día hubo que improvisar un vino para la consagración, el sacristán, está más pobre que un ratón de iglesia y para colmo ahora el agua está llegando al atrio y no quiero que pase como la otra vez, cuando el agua llegó

tan alta que se llevó el coro de la Iglesia y las muchachas desaparecieron para que algunos comentaran luego que se habían convertido en peces por bañarse en Viernes Santo y otros dicen que no, que lo que pasa es que se convirtieron en sirenas.

Ahora le vienen a uno con el cuento del Viernes Santo y las sirenas, cuando la verdad verdadera es que todas se fueron a vivir con Milcíades por las vueltas de Puerto Alejandro, cuando se perdió sin que pudiera terminar los cálculos para llegar al final antes de que el arcoiris se borre del firmamento.

-Imagínese don Enrique la preocupación que tengo ¿cómo nos haríamos en la Iglesia?

-La Iglesia permanecerá, padre, si cae el edificio no desaparecería la Iglesia.

Cierto, pero ¿no cree que hay motivo para preocuparse?

-Por el edificio sí, por la Iglesia no, ninguno. Creo que la casa curial debía ser separada porque ahora es muy corriente que lleva adentro y escampe afuera, padre, pero ahora hay agua por donde quiera.

-Sí, y una plaga de mosquitos que ni siquiera las oraciones la acaban.

-Enciéndale un cigarrillo de tabaco negro.

-No, eso es para los mimes.

-Esté seguro de que transmitiré sus preocupaciones a la Superioridad para que continúe este matrimonio entre la Iglesia y el Presidente.

-Salí de la misa sin que terminara el sermón ¿qué tiene que estar diciendo el cura que el presidente es bueno y que el presidente es espléndido y que los enemigos del presidente son los enemigos de la Patria?

-No se preocupe, padre, yo le hago la diligencia pero si la situación está así, y le pasó un sobre donde chocaron algunas monedas que Domitila pensó

-Deben ser morocotas.

El síndico llevó un informe verbal completo sobre la situación política del pueblo. Aquí el presidente no tiene problemas. Aquí la mayoría somos del gobierno, pero hay que tener cuidado con la mala yerba que ya está sembrada. Aquí no le perdemos ni pie ni pisada a uno de los pocos enemigos que hay: el

dentista Gonzalo.

-Síndico, lo que pasa es que usted no paga por los servicios.

-Es que me trabaja sin anestesia, don Enrique.

-¿No será que usted cree que la autoridad es dueña del pueblo?

-¿Y cómo es, don Enrique, el pueblo es dueño de la autoridad?

-Eso es anarquía, Síndico, ningún ningún, pague por los servicios que reciba.

-Después están Jottin y Nosin, los dos arabitos.

-Esos son unos muchachos estudiantes, muy serios y muy queridos de la sociedad.

-Si, don Enrique, pero, les zumba el merequetén.

-Yo hablé con el Presidente por ellos y esos muchachos son protegidos míos, síndico, ¡mucho cuidado!

-¿Y qué me dice de Lassis? Todos los días arma una tertulia en su estudio fotográfico.

-Es que allí van todas las mujeres a retratarse y la tertulia más que de palabras es de ojo, síndico.

-¿Quién y cómo es que le informan a usted? don Enrique. Ahí se hablan cosas. Ahí se planeó lo de Freddy Valdez.

-No síndico, ¿usted no conoció a Mon, el fotógrafo?

-Don Enrique, Mon estuvo preso aquí.

-Pues él fue quien conquistó a Carlos Lassis para que fuera enemigo del Gobierno.

-También está Aroma, el sastre anatómico, quien canta las medidas a un operario de una manera muy rara.

-¿Cómo así?

-Pues me tomaba la medida para un traje y le gritó al muchacho 28 a babor y luego 28 a estribor, habrá querido ser un marino, o puede que se acostumbre al lenguaje marino porque estén planeando atacar el crucero Independencia, en el que viaja el señor Presidente. No don Enrique, aquí en el pueblo no hay problemas, pero hay una o dos personas que me preocupan.

-¿Quiénes?

-Aquí los más peligrosos están en la cárcel y se lo recuerdo porque en estos días me dijeron que el presidente dijo que podía ser que dijera que hay que soltar a los presos políticos dizque por una

amnistía.

-¿Quién dice eso que ni siquiera a mi me ha llegado?

-No sé, pero puede ser

-Don Enrique se quedó pensando eso es un embuste, señor síndico, usted se está inventando eso porque ni siquiera yo lo sé y aquí no se mueve una paja que yo no lo sepa. Eso debe ser una intriga de este cabrón para que no pongan en libertad a esa gente, pensó, porque nunca falta un politiquero que se dedique a chismotear, a dejar caer aquí una piedra en un ojo y allá un poco de plomo derretido en los oídos para que los asuntos lleguen más distorsionados a las autoridades y uno termina creyendo lo que no es y actuando conforme a los intereses de cualquier carajete que cubre su incapacidad con la tremenda inventiva de su lengua sucia de mentiras.

-¿Cómo es eso, señor síndico?

-Usted recuerda que cuando las elecciones para que el Muy Magnífico Pacificador de la Patria fuera ungido con el voto mayoritario del pueblo hubo un opositor, que nunca falta un pelo en un sancocho, como decía doña Zaida Ginebra. hubo un opositor, repito, que dijo que hubo fraude electoral e impugnó las elecciones ante el tribunal.

-Si, lo recuerdo, fue cuando el licenciado Heriberto Núñez dijo que ni el brillo de las bayonetas, heridas por el sol de la mañana, podría hacer que su imparcialidad de juez y su probidad como hombre dijeran una mentira y sentenció invalidando las elecciones por irregularidades graves en el proceso comicial y en estos días el licenciado Angel Liz engrosó la lista de los presos.

-¿Por qué?

-Porque se negó a escribirle una carta al tirano para que dispusiera su libertad.

-¿Y Amiro Cordero Saleta?

-Ese es un muchachito, pero ¡ay papá, qué muchacho más guapo!

-¿Y qué hizo?

-Regó panfletos en el parque de los Chachases, en Santiago, en los cuales se respaldaba el movimiento de los obreros de la caña en La Romana y a los estudiantes de la Juventud Democrática de la capital.

-Pero esa gente está presa, síndico ¿cuál es el peligro?

-Que hay gente que presa hace mucho daño, mucho, don Enrique, fíjese lo que hicieron con Caamaño.

-No síndico, Caamaño murió peleando en las lomas de Nizaíto.

-Don Enrique, ni a mi me hace creer usted que usted cree lo que dijo el gobierno.

-Síndico, usted tiene que acostumbrarse a pensar que las paredes oyen, los horcones ven y la gente repite lo que es y lo que no es.

-Caamaño no, Caamaño fue fusilado, fue muerto agarrado, estaba herido y lo llevaron ante los jefes militares quienes consultaron. ¿Quién iba a tener un preso tan pesado en la cárcel? Mítines, protestas, telegramas del extranjero, editoriales de los periódicos, un hombre que había sido el Comandante en Jefe y Presidente de la República en Armas contra la invasión de Estados Unidos, un hombre que había comandado a miles de combatientes que tenían experiencia en que no importa que el pueblo no tenga armas, las armas las tiene el enemigo y cuando venga nosotros las conseguimos como en la muy estudiada, discutida, analizada y ponderada batalla del Puente Duarte, el martes 27 de Abril.

Ese hombre preso, decía después el Pacificador y Héroe de la Independencia y de la Restauración, Luchador por la Soberanía Nacional durante la Guerra de los Seis Años, un hombre así preso pesaba demasiado para el gobierno.

Síndico, pero no hable de esos que asuntos mayores, no compare, no hay comparación posible, Caamaño preso era más peligroso, infinitamente más, que... Por casualidad yo estaba en el Despacho del Honorable señor Presidente de la República, el Excelentísimo Pacificador de la Patria, Héroe de la Restauración, de la Independencia y de la Lucha por la Soberanía Nacional durante la Guerra de los Seis Años, ganador de la Batalla del Cabao, peleador de primera línea de la Batalla de Palo Hincado, en 1808, contra el poderoso y bien organizado Ejército de Napoleón.

-¿En 1808, don Enrique?

-Síndico, el Presidente no muere, es el mismo, hasta ahora,

hasta que cambien los vientos después de la muerte de Trujillo, y llegó un parte del frente de las montañas según el cual Manolo Tavarez está preso y piden las instrucciones.

-¿Preso? El informe que tengo dice que Desiderio Arias cayó peleando en las montañas, como una fiera. Un hombre tan aguerrido como él nunca es capturado prisionero, muere en combate.

-Muy bien, señor.

-El resto de los guerrilleros escuchó cómo el cielo se llenó del ensordecedor ruido de millares y millares de fusiles descargados en una ola de disparos que parecían hechos por un niño jugando con los dominos. El tiroteo comenzó en las lomas, en el centro, donde fue capturado el coronel, donde estaba el comando y siguió por el firme de las lomas, continuó bajando de pico en pico, de valle en valle, de hondonada en hondonada, por la carretera, por los trillos olvidados de los madereros hasta que llegó a Constanza y se perdió entre los bulbos de ajo y los grandes repollos cultivados en las laderas de las montañas. Así fue, síndico y deje de estarse metiendo en los asuntos de alta política para que no amanezca un día de estos con la boca llena de hormigas y los ojos comidos por los cangrejos.

Domitila arreglaba la ropa para el viaje de don Enrique a visitar al Muy Magnífico Pacificador de la Patria, Héroe de todas las Batallas Importantes, Luchador por la Soberanía Nacional cuando Báez.

-¿Y qué fue eso?

-La Guerra de los Seis Años.

-¡Ah bueno!

-Todo el pueblo está desfilando, enviando mandados al Señor Presidente, porque el presidente siempre es el mismo.

-No es verdad. Hay algunos presidente que no han actuado con las manos enguantadas porque tengan garras y las bocas sin sonrisa porque tienen colmillos afilados para maltratar el pueblo, no es verdad.

-Lo que pasa es que la gente olvida, dijo la vieja lavandera, Rosa, la que lavaba la ropa de K. en la Estrelleta

-¿K. estuvo el batalla de la Estrelleta?

-No, vivía en la calle Estrelleta y Rosa le lavaba la ropa.

-¿Cómo? Sí, Rosa le lavaba la ropa, como ahora Rosa lava la ropa de don Enrique.

-Menos las camisas de estopilla y las camisas de lino irlandés que traje de Europa, cuando ocupé las legaciones de París y Berlín, como Ministro Plenipotenciario del Ilustre Gobierno del Muy Magnífico Pacificador, cuyo retrato permanecerá en la sala de mi casa, para que todos sepan que el Presidente está en todas partes, en todo momento, por los siglos de los siglos.

-Pues sí, don Enrique, ¿usted no sabe que yo lavaba la ropa del Muy Pacificador y Gran Magnífico?

-Rosa del Muy Magnífico y Gran Pacificador.

-Si señor, como usted quiera don, yo le lavaba la ropa, recuerdo aquellas fiebres que le dieron en los tiempos de la influencia, influenza,

-Rosa, influenza.

-¡Ajá! influencia, cuando la influencia al Muy Soberano y Luchador por la Pacificación.

-Rosa, al Luchador por la Soberanía y Gran Pacificador.

-Al mismo, al Presidente, porque es que inventan tanto que uno se equivoca.

-Es cierto, ¿dónde conociste al Señor Presidente?

-Era teniente aquí, él se enganchó con Paris Goico y Pedro Bastardo, pero estos eran gente decente y no siguieron la carrera del Pacificador, pues era la época de la influencia y al Teniente Trujillo le dieron unas fiebres terribles.

-Vieja, me dijo, la ropa está ahí, entre,

-Entré, la habitación tenía un vaho a cerrada, a fiebre sudada, a pócimas de olor desconocido.

-¿Lo vio el doctor?

-Se fue para Azua, me dijo, allá está muriendo la gente como moscas.

-¿Y quién lo atiende?

-Me atendía el papá de un raso, pero murió ayer después de dos días de agonía en los que sólo sabía cantar una canción que dice "se van todos los muchachos y las muchachas se quedan, se van todos los muchachos y las muchachas se quedan y nosotros los viejitos haremos lo que se pueda".

-Las sábanas tenían un sucio que confundían el color de la

sombra de la habitación, busqué hojas de guanábana, agua de no me olvides, hojas de rompezaragüey, compré una cola de bacalao, aguas de vente conmigo, unas cuantas flores de ilang-ilang y le preparé un baño al teniente Trujillo, que lo salvó de morir de la influencia, para que hoy se convirtiera en el Muy Pacificador y Gran Magnífico, o como usted quiera decirle, don Enrique, porque el Muy Pacificador era teniente aquí y como se olvidó la influencia y sus pleitos en contra de los americanos.

-¿Cuáles americanos?

-Don Enrique, el teniente se salvó con tes, 7 ensalmos corridos que le dio don Pablo.

-El siete en un número mágico.

No, lo que pasa es que los ensalmos se dan nones, para que surtan sus efectos.

-Tomó tes de todas las yerbas buenas de la región, y también, para no equivocarnos, buscamos a don Porfirio para que le preparara las medicinas, después don Porfirio se metería a promotor de cine, cuando ya nadie recordaba las atrocidades de los americanos que trajeron el tortor, un aparatico que tenía dos pedazos de madera que se colocaban junto a los cojones y lo iban apretando hasta que los presos decían lo que habían hecho y lo que no vieron, también lo usaban para apretar las sienes. Trajeron, además el suplicio de la gota de agua.

-¿De qué americanos hablas, Rosa?

-Don Enrique no conocía las dotes de Rosa quien describió la llegada de los americanos en unos barcos de metal que nunca habían llegado al pueblo, doblaron por Puerto Alejandro y se vio el casco apuntar de El Curro hacia el pueblo, partiendo las aguas y dejando tras de sí la espuma envuelta en miles de pequeños círculos concéntricos, entonces fue cuando el pescador Cara de Cachimbo vio a Jan Van Goyen a bordo del barco, vestido de blanco, convertido en oficial de la Ocupación Americana, aunque usted no lo sepa, don Enrique.

-Porfirio no es farmacéutico.

-Pero lo será. Y será uno de los hombres más progresistas del pueblo, aunque no lo comprenderán y dirán muchísimos disparates de él porque su visión lo llevará a soñar un pueblo donde los cines no fracasan.

-Pero fracasarán.

-No, Rosa, aquí no, aquí no fracasan los cines, aquí la gente gana y se divierte.

-¿Y este no es el pueblo de don Porfirio?

-No Rosa, aquí el farmacéutico es, también, un gran hombre, don Lico mi compadre y muy amigo que es la única persona en el mundo que, ¿Pascual no ha regresado con las píldoras de la reuma?

-No, don Enrique, pero le tengo el té de mala madre

-Pues pásalo

-Don Enrique tomaba el té y miraba a Rosa. Entonces los americanos no tenían, aún, tantos intereses sobre el país, la deuda externa estaba en manos de europeos y los americanos no habían comprado los bancos, acción que les permitió cambiar los amenazantes barcos europeos que venían a cobrar la deuda por América para los americanos, como dijo Monroe, sí, pero para los americanos del Norte.

-Lo que yo quiero es que el Muy Magnífico Padre de la, no, todavía no, si, Padre de la Patria Nueva, Primer Maestro y Luchador por la Soberanía Nacional, me regale una borona para hacer mi casita, porque él es presidente porque yo lo sané de la influencia que mató a gente como moscas y usted me se lo dice, don Enrique y no se preocupe que su ropa va a estar mañana, antes de que usted aborde el barco para ir a la capital a visitar al señor Presidente.

-Eso sí, no pelee porque la ropa huele a mocato o si le salen manchas verdosas, porque esta lluvia tiene hartos a todo el pueblo, si, pero, hay que hacer como los mocanos.

-¿Qué hacen?

-Dejarla caer.

-Si, pero fuñe, fuñe, sólo sirve para ahogar las reses, llevarse los mojonos que delimitan las propiedades.

-Cristino, aprovecha las lluvias y llévate las cercas de nosotros más allá de los linderos.

-¿Cómo? que mudes la cerca hacia la propiedad del vecino.

-Ah, si, patrón, así nos ponemos grandes.

-Cristino, Cristino, estás aprendiendo mucho. Para eso es que sirve el agua, Rosa, para llevarse las casas de los pobres y

entonces Domitila, vienen a molestar aquí.

-Don Enrique regáleme unas tablitas para volver a levantar el rancho. Sí Rosa, el agua está haciendo daño.

-Es que don Enrique.

-Si, Rosa. Los excesos, ni siquiera la ropa se puede poner sin darle una nueva planchada y todo se arruga y se humedece, no importa que el armario tenga forro de cedro, la ropa huele mal y todo está mojado, húmedo, con un horrible olor a sacristía de iglesia, a fondo de cofre de jamona, a macuto de pescador, o a pañuelo de viuda reciente, no me traigas las ropas así, Rosa.

-No señor, pero antes de que se vaya le voy a contar porque fue que la burra parió tres.

-¡Rosa!

-Digo, don Enrique, cuando me llevaron la ropa de los recién casados fue cuando me di cuenta de lo que pasó la noche de bodas, porque la gente no se da cuenta de que deja huellas y dónde las deja. En la ropa sucia hay muchas huellas que uno se da cuenta de si la gente hace o no hace, porque las huellas están ahí y hay mujeres que ni siquiera lavan su ropa interior y por eso dejan huellas terribles. a Carmen la devolvieron porque ninguna de sus pantaletas tenía sangre.

-¿Y por qué no hizo como Matildita, la que envainó el sable lilisiano de Peña y luego la casaron con Gustavo?

¿Y qué hizo Matildita?

-Casó cuando tenía la luna y así Gustavo creyó que él...

-Es que esta sociedad está perdida, dijo Rosa antes de retirarse mascullando que yo y sólo yo salvé al Muy Presidente y Gran Magnífico y ahora don Enrique me le lleva el mandado y tengo que ponerle la ropa bien bonita para que el Muy Presidente me mande la borona para hacer la casa, don Enrique, porque yo también lavo la ropa de la bella Almita, a quien el Muy Magnífico Presidente y Pacificador había casado con Víctor después que la usó tantas veces como un domador que domina a un potro cerril hasta que pierde el deseo de montarlo porque ya no le opone resistencia, ya no es un reto y, don Enrique, lo que no le he dicho es que la ropa de ella tenía un hermoso rosetón rojo, la más fina bata de noche que he visto desde que murió doña Clotilde, que Dios Guarde, don Enrique.

Miguel el barbero, llegó con su maletín de madera, pintado de azul de bolita, del color que le gustaba a Manuel del Orbe quien le pintó la maleta y luego le dibujó un paisaje que cada vez que los borrachos de Ciudad Nueva lo veían cantaban:

-Ya yo me voy.

-Pégame uno,

-Al puerto donde se halla

-Pásame la botella

-La barca de oro.

-No me eches tan chin

-Que viene a conducirnos, ya yo me voy

-Es que aquí las botellas se acaban de dos tragos.

-Adiós mujer.

-Aquí no hay mujeres, pero vete, así dice la canción.

-Miguel entró a la casa luego de limpiar bien sus zapatos en un limpiapiés que Domitila cambiaba constantemente.

-Estos pisos de caoba quien los pule y encera somos nosotros y si estos pendejos vienen a ensuciar se equivocan, partía de vagos y sucios, zarrapastrosos.

La calva de don Enrique reflejaba la luz de la vela colocada inmediatamente detrás de él, sobre su cabeza. Tenía pocos cabellos ya, entrecanos, la cabeza estaba rodeada de pelos, o mejor, la calva estaba rodeada de un casicírculo que se rompe en la frente, arriba, ni un solo pelo.

Miguel sacó su equipo y luego de saludar comenzó un torrente incontenible de informaciones.

-Que si el general nuevo quiere que le alisen los moños porque los tiene duros y entonces él quiere tenerlos suaves, lacios, como la mayoría de la gente de aquí.

-¿Quién le dijo que aquí la mayoría tiene el pelo lacio?  
Miguel

-Bueno, don Enrique, eso es lo que

-¿Usted sabe cuántos gorros de medias tapan las cabezas, Miguel?

-Me doy cuenta cuando los recorto, don Enrique.

-A poco llegó el médico quien le informó que ahora vamos a tener menos problemas con los viejos y con la gente que no se le

-¿Qué?

-La gente a quién no se le, porque el cura anda en la búsqueda de un árbol que siempre han dicho que sólo se da en la Cordillera Central.

-¿Y usted cree en eso de palos?

-Don Enrique, dicen que el pega-palo resolverá hasta el problema de Trujillo cuando siendo el más poderoso varón sobre la tierra comience a no poder y a tener que desvirgar a las niñas con las manos.

-¿Cómo?

-Sí, cuando ya no se le... comenzará a querer funcionar con las manos, pero sólo sentirá una cosquilla en la planta del pie y ningún estímulo en donde quisiera sentirlo. Así es que vamos a desear suerte al cura por ese aporte científico que quiere hacer a la humanidad.

-No sé si usted sabe que los chinos usan chifles de buey y cuerno de hipopótamo, hojas de maguey y algunos hasta emplean las aguas milagrosas del célebre laboratorio de Collado, algunas de las cuales tienen el color del arcoiris.

-Ese palo será muy difícil de hallar ¿Cómo se distingue uno de otro, donde hay tantos?

-Después del comentario comenzó el desmonte. La búsqueda del pega-palo y la codicia de guardias, políticos y corrompidos, acabó con la floresta de la cordillera con el pretexto de que buscamos la fuente de la eterna juventud, porque al fin y al cabo para qué es la juventud si uno no tiene con qué, o tiene con qué y no puede porque no se le...

Don Enrique tomó la navaja con la mano izquierda, haló la correa de cuero que le compró a Pedro Castro, cambió la navaja de mano y recordó que fue un regalo de doña Clotilde

-Para que te afeites bien y los pelitos de tu barba no me piquen cuando tengas la cara como una nalga de niño.

-Esta es nuestra segunda luna de miel y ahora que sé como es

tengo que disfrutar porque la otra vez, la primera, quien sabía eras tú y yo no gocé como ahora.

-Esta empuñadura tiene motivos mexicanos, Clotilde.

-Si, pero, no importa, aquí en España parece que no la fabrican, motivos y plata mexicana.

-Es que tu sabes que España siempre quiere aprovecharse de América, con el cuento de la Madre Patria.

Don Enrique comenzó a pasarse la navaja sobre la superficie de la correa de cuero y dejó la puerta abierta mientras realizaba la operación, siempre cerraba para evitar que

-¡Felipa, Felipa, fuera de aquí, fuera!

La mona salió corriendo y don Enrique cerró la puerta.

-No quiero que esta mona me vea afeitándome para que luego no quiera imitar.

Don Enrique tenía negocios con los Mauriz y en uno de sus viajes a Montecristi se enamoró de la mona. Don Domingo Mauriz mandó a buscar a Buche, al zoológico de la capital, pero aún no habían llegado ni Chichí Cocco ni Nassin Hued y no había zoológico en la capital y Buche no había nacido para desdicha de los niños de entonces que tenían que conformarse con esperar a que cada tres o cinco o diez años apareciera un barco que traía un circo, para deleite de grandes y chicos, aunque los grandes eran tan hipócritas que decían que iban al circo a llevar a los niños y quienes mas gozaban con los chistes trasnochados de los payasos y las ocurrencias y suertes de los malabaristas eran ellos que los estaban viendo desde cuando Buenaventura Báez trajo el primer circo a la República.

-Para que estos guanajos se entretengan y decretó

-Cuchito Alvarez, Director de los Deportes, para que me le dé circo al pueblo ya que el pan está por las nubes.

Don Domingo mandó averiguar

-Al Listín y también en el periódico Hoy, el nuevo, que ese está muy bueno y saben muchas cosas. Pregúntenmeles si viene un circo porque hay que encastar a Felipa con el primer mono que aparezca para que podamos regalarle un hijo a don Enrique, nuestro primer comprador de arroz y el mejor pagador, pero ahora se ha antojado.

Las noticias que llegaban de la capital no eran alentadoras:

ninguna compañía de circo había anunciado que pasará por Santo Domingo.

-No importa. Llaman a La Habana, por el cable francés, y averigüen si hay algún circo para que se desvíe.

Todas las diligencias fueron en vano porque no había ningún circo que fuera a pasar por el Caribe, ya que estábamos en verano y los circos recorrían los polvorientos caminos de Europa y Estados Unidos haciendo las delicias de grandes quienes como aquí, decían que llevaban a los chicos.

-Ya a mi no me interesa esta vaina.

-Pero eran quienes más reían con las payasadas y con las focas que brincaban en el centro del aro.

La gran preocupación de don Enrique es que

-El día que la puerta se quede abierta se va a morir la bendita mona por estar de mona imitando lo que no debe. Domitila ciérrame la puerta.

-¿Qué puerta, don Enrique? jaula abierta pájaro muerto.

-Muchacha, que te oye la gente. Ciérrame la puerta que me afeito y no quiero que Felipa vea lo que hago.

Aún no se había descubierto la radio ni Petán había creado la Voz del Yuna para que el cuadro de comedias de Macario y Felipa trabajara en el romance campesino y el personaje de Felipa se hiciera famoso sin que la gente supiera que

-El nombre se lo puso Heberto Martínez, como decía luego don Domingo Mauriz haciendo el cuento de la mona en el fuerte Resolí, en Cambita, donde estaban las extensas propiedades agrícolas y la industria de Chiro Urbáez, un hombre que contaba las historias por millares.

Nadie sabe qué pasó con Felipa.

-¿Cómo fue? no sé decirte cómo fue, no sé explicarte qué pasó...

Tenía un solo tajo en el cuello.

-Ni siquiera gritó, ¡qué animal más noble! comentaba muchos años después don Enrique, en cuya casa jamás hubo otro animal.

-Don Enrique que le traje este periquito...

-Mándeselo a tía Gloria, Domitila.

-Pero ella se fue para Nueva York.

-Y le traje esta pollita blanca para la Nochebuena

-¿Tendré yo ceguera?

-Don Enrique, dijo el doctor Veloz, ahora le dicen conjuntivitis a esa enfermedad. No vaya usted a la capital a salirle a la gente con ceguera.

-Después se ponen a decir que uno es un anticuado, doctor...

-Ciertamente, don Enrique, ciertamente.

-Tenía un solo tajo en el cuello. Uno solo, decía Domitila tiempo después, cuando se pudo hablar en la casa o donde fuera de Felipa, la mona de don Enrique, con la que él salía, en muy contadas ocasiones, a pasearse por la plaza.

-No necesita cadenas. Es que ustedes son unos salvajes que no saben de animales domesticados. Recuerdo que en Europa...

Y comenzaba los cuentos de aquel zoológico

-En el que no había rejas.

-¿Y cómo estaban los animales?

-Suelos, sueltitos.

-¿Sin jaulaaa? Ese don Enrique si es... comentaban en voz baja algunas damas de alcurnia.

-La mamá de Almita me dijo que ella vio un zoológico en Nueva York

-¿Y cómo es, doña Catalina?

-¿El zoológico?

-Si señora.

-Pues hay muchos animales de esos que se ven en la enciclopedia que tiene don Enrique. tigres, leones, cebras...

-¿Y los tienen todos juntos?

-No. Separados. Hay jaulas. Hay algunas jaulas que parecen un barrio de los tantos animales y casitas y bosquecitos que les han inventado.

-Es que los americanos son unos diablos.

-Sí, dijo otro, hasta a los animales los tienen en jaulas.

-Eso es para tenerlos bajo control.

-Si, pero del enemigo.

-Y se ven bonitos esos animales feroces, salvajes.

-Que como están bien comidos.

-Se portan bien, dijo Almita al finalizar el cuento del zoológico.

-Que disfrutamos todos en la terraza trasera de la casa cuando nos hacían los cuentos de su viaje pagado por el Muy Magnífico y Gran Pacificador, Luchador por la Soberanía Nacional durante los Seis Años de Báez, el único hombre que no se le dobló a los europeos cuando vinieron a cobrar la deuda externa.

-¡Qué presidentazo, tenemos! Ni siquiera los cañones franceses pudieron cobrarle.

-Pues los de Europa están sueltos, insistía don Enrique, por eso es que a Felipa sólo la encadenó cuando no voy a estar, porque ella es muy obediente.

-Enrique y también cuando te acuestas a dormir la siesta quiero que me encadenes.

-Si me mascas la soga.

-¡Enrique, qué falta de respeto! gritó doña Clotilde.

-Fue, diría don Enrique muchas veces, el día que Aliro Paulino invitó a su fiesta de Mundo Diplomático, con frac, uniforme de gala y condecoraciones.

-Domitila, bríllame las condecoraciones.

-¿Y cómo se hace eso?

-Con agrio de limón verde y ceniza.

-Quedaron, don Enrique, que si usted las ve.

-Me afeitaba apresurado. Se me hacía tarde y no cerré la puerta. Creo que fue así. A veces como que los recuerdos se me nublan.

-O se le entrecruzan.

-Y entonces cuento lo que pasó, o digo lo que yo quería que fuera y no fue.

-O lo que pudo haber sido y no fue.

-Hay que saber que la vida se aleja, se aleja y nos deja llorando quimeras.

-¡Quién sabe si después, me ven llorando un día!

-No lloré, pero me dolió.

La muerte de Felipa fue comentada por todos.

-Era una mona tranquila, decían algunos.

-A mí no me gustaba porque era muy fea y quedaba en el camino para la escuela.

-¡Muchacho, bellaco, quítese de ahí, gritó don Enrique.

-Porque yo estaba aprendiendo a amarrarme

-Anudarme

-Amarrarme el nudo de la corbata

-Después Felipa quiere aprender y no se va a poner una corbata sino un lazo. ¿Se imaginan?

-Así fue como aquel día, mejor dicho, aquella noche fue

-La última noche que pasé contigo, prefiero olvidarla

-Domitila, compórtate, no me maltrates la memoria de Felipa. Te recuerdo como eras, eras la boina azul...

-Tampoco así, Enrique.

-Clotilde, recuerdo a Felipa como me dé la gana

-Bien.

-Al regresar de la fiesta encontramos a Felipa en un charco de sangre.

-No valió que llamamos a Nassin Hued, don Enrique

-Y mire que ese hombre sabe de pájaros y animales.

-Si, don Enrique, pero ya era tarde. Vino con doña Ramonita y todo, pero fue inútil.

-Consumatum est, dijo Juan Báez.

Y saltó Roberto Marcallé.

-Señores, esto es lo último, ahora Juan Báez quiere hablar en latín.

-Lo peor de esta lluvia, Domitila, es el frío comentaba don Enrique en la mañanita, antes de que comiera o tomara algo caliente.

-Mire este tecesito de gengibre, don Enrique, que le va a levantar el ánimo.

-No es cuestión de ánimo, Domitila, es cuestión de vejez, de dolamas, de problemas de achaques.

-No hay que ser tan pesimista

-Es que lo siento. Siento un frío que me penetra hasta los huesos. Creo que no tengo tuétano entre los huesos sino pedacitos de hielo.

-Esa es una exageración.

-Y que me corre una bebida helada por las venas.

-Pues hay que ir donde el doctor Norman de Castro para que le revise la circulación.

-Deja. Ningún Norman de Castro. ¿Ese quién es?

-¿Será hijo de don Ercilio y de doña Martina?

-¿De qué Ercilio, Ercilio de Castro?

-Sí.

-Ese es enemigo del Muy Magnífico y Gran Pacificador de la Patria. Luchador por las libertades públicas y defensor de la soberanía nacional durante los Seis Años de Báez.

-No señor, don Ercilio será enemigo de Trujillo.

-Da lo mismo. El que no está conmigo está contra mí.

-Pascual, dijo Domitila, apura lo del viaje. Dile al capitán que prepare La Julia, el hombre quiere irse para la Capital. Lo llamaron por el teléfono, por el telegrama.

Pero no le pudo decir Domitila a Pascual que don Enrique estaba insoportable. Se quejaba de todo, del agua, de la falta de sol.

-De que tienes que sobarme por aquí y por allí y rascarme un poco la espalda por allá, mami, digo, Domitila. Y pegárteme como si fueras una lapa para sentirte toda, durante toda la vida, porque así, Domitila, toda una vida estaría contigo, no me importa ni cómo, ni cuándo, ni dónde, pero junto a tí, pegadito.

La mañana estaba extraña. Desde hace un rato no se escuchaba el monótono ruido del agua que no era, ya, un motivo secreto para alimentar la melancolía de algunas jamonas de las que se quedaron con sus telarañas porque el general...

-De bruto

Le dijo a los soldados

-Nada con las señoritas del centro del pueblo. Todo con las mujeres de la orilla.

-Y yo me quedé esperando que hubiera un guardia que se atreviera porque dizque los guardias son valientes, osados.

-Pero ¿quién se atreve a desoír una orden del general?

Un silencio profundo, extraño cruzó el aire. La llama del café se cortó en dos cuando el silencio se extendió por todo el pueblo.

Nadie sabe qué pasaba. De pronto el silencio, profundo, presente, cortó la mañana y una tímida claridad abrió un hueco en el cúmulo de nubes grises y pareció posarse un rayo de luz sobre la torre del campanario de la iglesia. De pronto fue como si le hubieran sacado un aire de los oídos a cada uno en el pueblo. Cristino dejó de remar para llegar con la leche a casa de don Enrique. Pascual se detuvo en la punta del muelle y no llegó a llamar al capitán de La Julia. El cura aguantó la marcha, que iba a casa de don Enrique

-A mandarle a decir al presidente, pero...

El Comandante de Armas no había llegado a la Fortaleza, iba por el sitio donde el infame Mon Pastor remató al bravo soldado, seguidor de Horacio Vásquez, Secundino de la Cruz. El síndico pensó que algo extraño estaba ocurriendo en el pueblo que el silencio se había impuesto de esa forma tan rara, tan rápida, tan total, tan

-Al mismo tiempo, diría años después Alejandro.

Todo se calló. fue como cuando se rompe un plato que sigue un

silencio extraño, profundo, total, que precede a cualquier exclamación de sorpresa o de cólera. El pueblo suspendió todas sus actividades para escuchar el silencio que se impuso por primera vez desde que comenzaron las lluvias. Hubo una como sorpresa colectiva

-¿Qué pasa? llegaron a preguntarse algunos.

Y antes de que todos se percataran de lo que ocurría una gaviota cruzó hacia El Curro, azotando el viento con la belleza de sus alas recortadas contra el gris celeste. El vuelo caprichoso, como la lluvia tornadiza, serenamente gris, fue acompañado por otras aves que navegaban en un aire que se respiraba nuevo, aún frío, pero con esperanza de que calentara, como si el calor fuera a bajar por el rayo de esperanza y de luz del sol que se colaba a través del hoyo formado entre las nubes.

El fuelle de los Arriaga sopló un aire semicaliente que encendió la fragua. Don José Oller pudo mandarle el cacao a Pancho Morales para que hiciera

-De ese cacao especial que baten todas las tardes para que luego les podamos dar a los muchachos el chocolate de agua.

El molino de don Giuseppe Cavallo mordió los granos de maíz y Mi Turquilla movió sus poderosos brazos para que girara la piedra que caía sobre los dientes para producir harina o

-Casquitos, esos son los que me gustan, dijo una cibaña.

Joaquín Toyos abrió la puerta de la oficina de don Luis E. Delmonte y notó

-El agua va bajando.

Juan Antonio pudo llegar a casa de don Carlos Ruiz

-A pagarle el arrendamiento de la panadería porque después no quiero problemas.

-Melchorcito Gautreau fue adonde Julio

-A que me preste el solarine que si no el helicón va a estar muy sucio para el próximo baile.

Aroma comenzó a desenmohecer el maniquí que tenía en la primera vitrina de sastrería que se abrió en toda la Banda Sur, incluyendo la capital.

Carlos Lassis mandó a Cheíto

-A que me le digan a doña Titín que me mande un cafecito que volvió la tertulia de los solterones.

-Esa es la de don Emilio Rodríguez Demorizi.

Cristino se devolvió a la farmacia de don Lico

-Que dice don Enrique que le mande la reuma que usted le prepara para las pastillas.

-Mire Cristino, le he dicho que... pero mejor, pensó don Lico le mando las pastillas porque total, Cristino no va a entender.

Pascual siguió su ruta hacia La Julia y el capitán le contestó:

-Vuelva y pregúntele a don Enrique, que yo sé que esos jefes son muy enredados.

Miriam Gautreaux resolvió

-Seguir con estos enrejados porque este trabajo que va a ser tan lindo lo puede dañar la humedad, pero ahora...

Las reuniones y las invitaciones. Los comentarios y las consejas volvieron al pueblo. Las campanas de la iglesia tocaron a rebato. El silencio fue roto por la iglesia, como en los días de Semana Santa cuando el sacristán tocaba la matraca para dar las horas. De pronto todos salimos de las casas sin darnos cuenta de que podíamos caminar. Las calles estaban mojadas. Había infinidad de charcos en los cuales los muchachitos comenzaron a ver sus caras reflejadas en la medida en que

-Mira uno.

-Otro.

-Aquí se rompió el cielo.

Y sólo quedaban algunos negros lamparones de nubes oscuras en un cielo que se aclaró a una velocidad que algunos, sorprendidos, sólo entendieron cuando las campanas de la iglesia rompieron el silencio.

-El agua ha cesado, dijo el cura con la misma voz ceremoniosa con la que pronunciaba las palabras ininteligibles al momento de alzar la hostia.

-El agua ha cesado. Terminaron las lluvias.

-Por los menos, por ahora, gritó alguien desde el fondo de la iglesia.

-El Señor ha escuchado mis ruegos, dijo el cura sin atender el grito del fondo. El Señor ha escuchado nuestros ruegos, porque las rogativas no sólo las realizó este hijo del Señor, siervo de Dios.

-Todas las hijas de María tuvimos que venir a nado hasta la

iglesia, porque el cura nos decía:

-Hija qué bien te ves con ese traje ceñido

-No es ceñido, padre, es el agua.

-Te marca

-¡Padre!

-Lo que es natural es de Dios, hija. Te marca la curva del seno, cae sobre tu maravilloso regazo y delimita el triángulo más dulce que hay en el mundo.

-¡Padre!

-Te he dicho, Albita, que me gustas de los hombros para abajo.

-Y uno venía a rezar para que San Isidro el Labrador quite el agua y ponga el sol.

-Domitila ¿tu oyes? No se oye nada.

-Nadita de nada.

-Nada. No se oye nada, Domitila. ¿No te choca?

-No me doy cuenta, don Enrique. No me doy cuenta ¿qué quiere decir?

-No se escucha ningún ruido. En un momento así debe haber sido que se escribió "El vuelo del Moscardón".

-¿*Moscardón*?

-Sí. Sólo en un silencio tan redondo, tan completo, tan profundo, tan palpable, tan cierto, sólo en un silencio así pudo haberse escuchado el vuelo del moscardón para que se escribiera tan hermosa pieza musical.

Apresuradamente Reloj avisó a la músicos

-Que dice el maestro Julio que hay que tocar un entierro.

K. Bito sacó el bombo y comenzó a pasarle ceniza y limón verde para limpiarle las partes de metal, antes de templar el cuero.

Melchorcito y Rafael Bambana pensaban que el muerto era más importante pero llegó José Gorgola y les dijo:

-Se murió Conchita, la vieja bonita.

¡Que Conchita del carajo! dijo José Tavarez, se murió Felipa, la mona de don Heberto.

-Esa mona no era de mi abuelo, dijo Juan Gabriel.

Y salió Ikralin,

-Esa mona sí era de mi abuelo Domingo Mauriz que se la

regaló tu abuelo.

-Y Nononcito Díaz Morales aclaró

-Yo no sé cómo fue, no sé decirte qué pasó, pero la mona la regaló mi abuelo, don Elpidio Morales a don Enrique y pese a que mi abuelo le dijo a don Enrique que tuviera cuidado con dejar la puerta abierta

-No fui yo, Domitila, no fui yo. Tu sabes, como nadie, de qué forma cuidaba a Felipa. Tú lo sabes.

-Aquí no hay cementerio para animales. Usted no puede pretender que el cadáver de su mona sea enterrado junto a los difuntos del pueblo.

-Es que yo la quería mucho ¿cuál diferencia hay padre?

-La diferencia es que los animales no tiene alma.

-Y tuvimos que enterrarla en el cementerio de pobres, Domitila... Por eso no quise que fueras. Pomó hizo el hoyo. Los músicos se negaron a tocar. Sólo el maestro Julio Gautreau y dos o tres de sus músicos fueron al cementerio.

-A estos jefes si se les ocurren cosas. Dizque enterrar monos ¡y con música!

-Es que los músicos de pueblos estamos hasta para cuando la autoridad se

-¡Calle, plebe!

-Es verdad.

Aún había mucha agua en las calles. Cristino dejó de remar cuando vio a don Enrique encabezando el cortejo fúnebre.

-Se murió Domitila, pensó.

Juan Antonio mandó a Juancito a casa de don Carlos Ruiz

-Para que me pagues la mensualidad de la panadería porque yo no quiero problemas.

El capitán de La Julia mandó a preguntar de nuevo a la casa de don Enrique cuándo se iban para la capital.

Pascual mandó a decir:

-Don Enrique está para el cementerio que se suicidó Felipa, la mona.

-Ven, Domitila, consuélame. Consuélame, Consuelito, para siempre.

-¿Qué Consuelito, ni Consuelito?

-Consuélame Domitila. Pégate de mi para que me des tu

calor y tu juventud. La frescura de tu piel y el aroma de tus cabellos. Ven. Ven, Domitila. Ya no me queda ni Felipa, para jugar.

-Espere, don Enrique, pueden vernos, aún no ha llegado Pascual del muelle y usted sabe que entra sin preguntar.

-Ese es Cristino.

-Cualquiera de los dos, actúa igual.

-¿De dónde viene esa claridad?

Un tímido rayo de sol penetró en la penumbra de la habitación y se quedó prendido en el pelo de Domitila. Don Enrique se quedó mirando las invisibles partículas de polvo que subían por el rayo de luz que bajaba hasta el pelo de la muchacha.

Después de comida llamó a Pascual.

-Dile al capitán de La Julia que venga por aquí

Y mientras Pascual se alejaba comentó:

-Domitila, prepárate el féretro que voy a dormir la siesta y no quiero que me interrumpan por nada.

El alegre tañido de las campanas, tocando a rebato, despertó sobresaltado a don Enrique. El pueblo entero festejaba:

-San Isidro el Lavador, quitó el agua y puso el sol.

-Ven, Domitila, ayúdame. Así, así, pegadito, ¡cómo te siento! Ven, Domitila. Vamos a sentarnos en la terraza a ver si ya hay sol.

-Si, don Enrique, ¡hay sol en la terraza!

-¿Sabes? No voy para la capital, total, allá el jefe es el Muy Magnífico Paladín de la Restauración y yo sólo me quería ir para salirme de esta maldita lluvia.

Esa tarde el vuelo de los querebebés llenó el crepúsculo del ruido alegre de los pajarillos.

1985-86

Esta publicación de mil ejemplares se terminó de imprimir en el mes de octubre del 1993, en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, bajo la dirección de Andrés Ant. Mercedes Z.; composición: Frank Mueses Martínez; fotomecánica: Gabriel Javier de la Cruz; impresión: José Ant. Tavárez y Bartolomé González; terminación: José Bello, Domingo Suero y Wilgen Linares.

Bonaparte Gautreaux Piñeyro nació en La Romana en 1937. Estudió Periodismo y Derecho y ha ejercido como profesor de alfabetización y política, entre otras disciplinas. Además de ejercer activamente el periodismo, Gautreaux Piñeyro se distingue también como novelista y ensayista.

Gautreaux Piñeyro viene participando en política desde la muerte de Trujillo. Durante la guerra de abril, en la que tuvo una destacada actuación, ocupó el cargo de viceministro de la Presidencia y secretario particular del coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó. Fue también secretario del ex-Presidente Juan Bosch, en cuyo gobierno fue cónsul en La Guaira, Venezuela. Presidente de Radio Televisión Dominicana durante el gobierno de Jorge Blanco, ha ocupado además altas posiciones en la banca privada, los seguros y otros sectores financieros.

Hasta el presente ha publicado las novelas "Al final del arcoiris" (1982) y "La muerte de Raquel Martínez" (1991); los libros de cuentos titulados "Cuentos del abuelo Julio" (1980) y "La ciudad clandestina y los secretos del general" (1985); "El gobierno de Caamaño" (1989), recopilación de todos los discursos pronunciados por el Presidente del Gobierno en Armas de 1965, así como de los decretos emitidos por el mismo; y "Memorias de medio tiempo: la guerra de abril de 1965", obra que obtuvo el Premio de la Cámara Dominicana del Libro en el género testimonio, correspondiente a 1992. "Atisbando" recoge además, en dos tomos, los artículos de su columna periodística del mismo título.

